

CARLOS SILVA VILDOSOLA

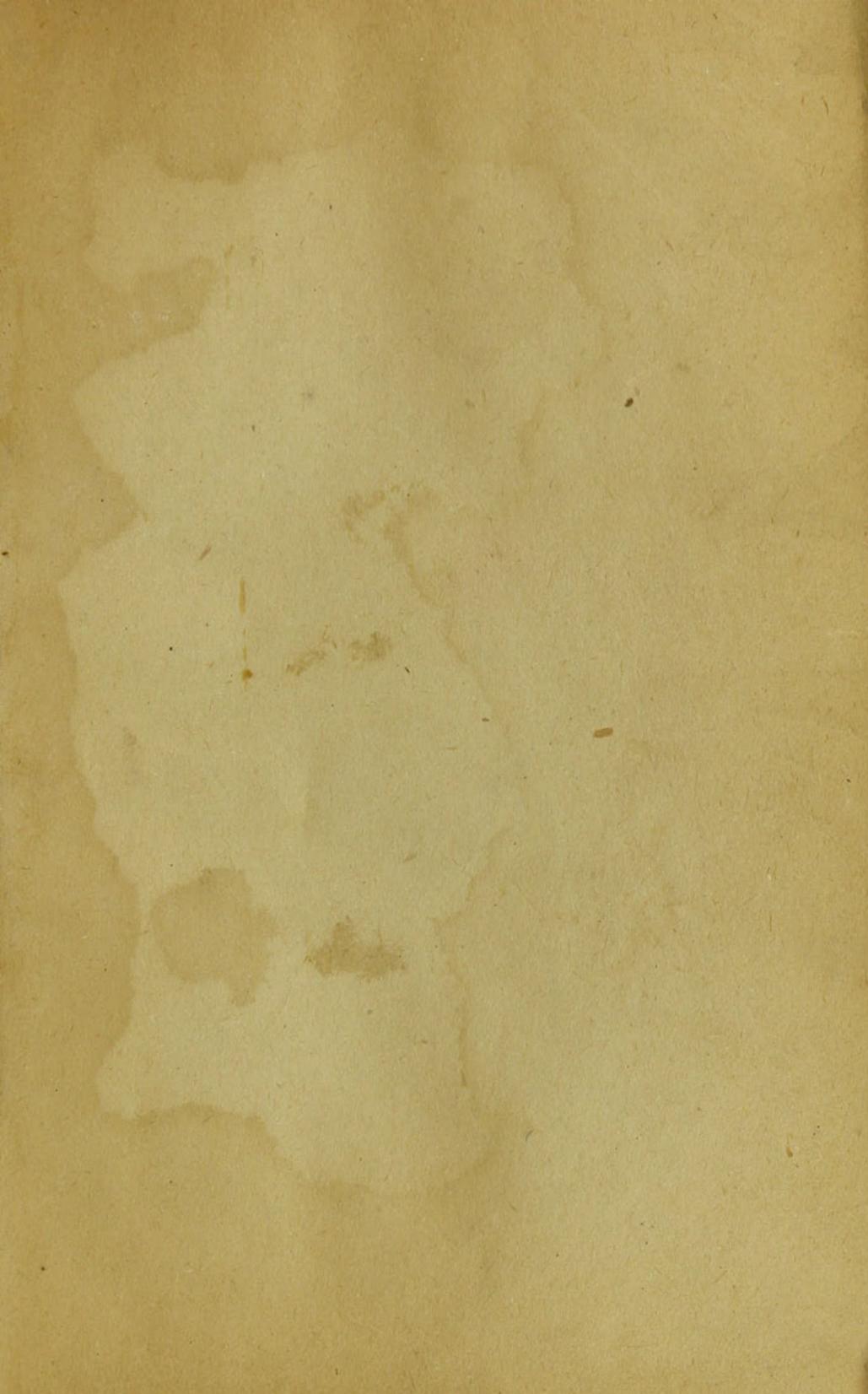
M(527A-9)

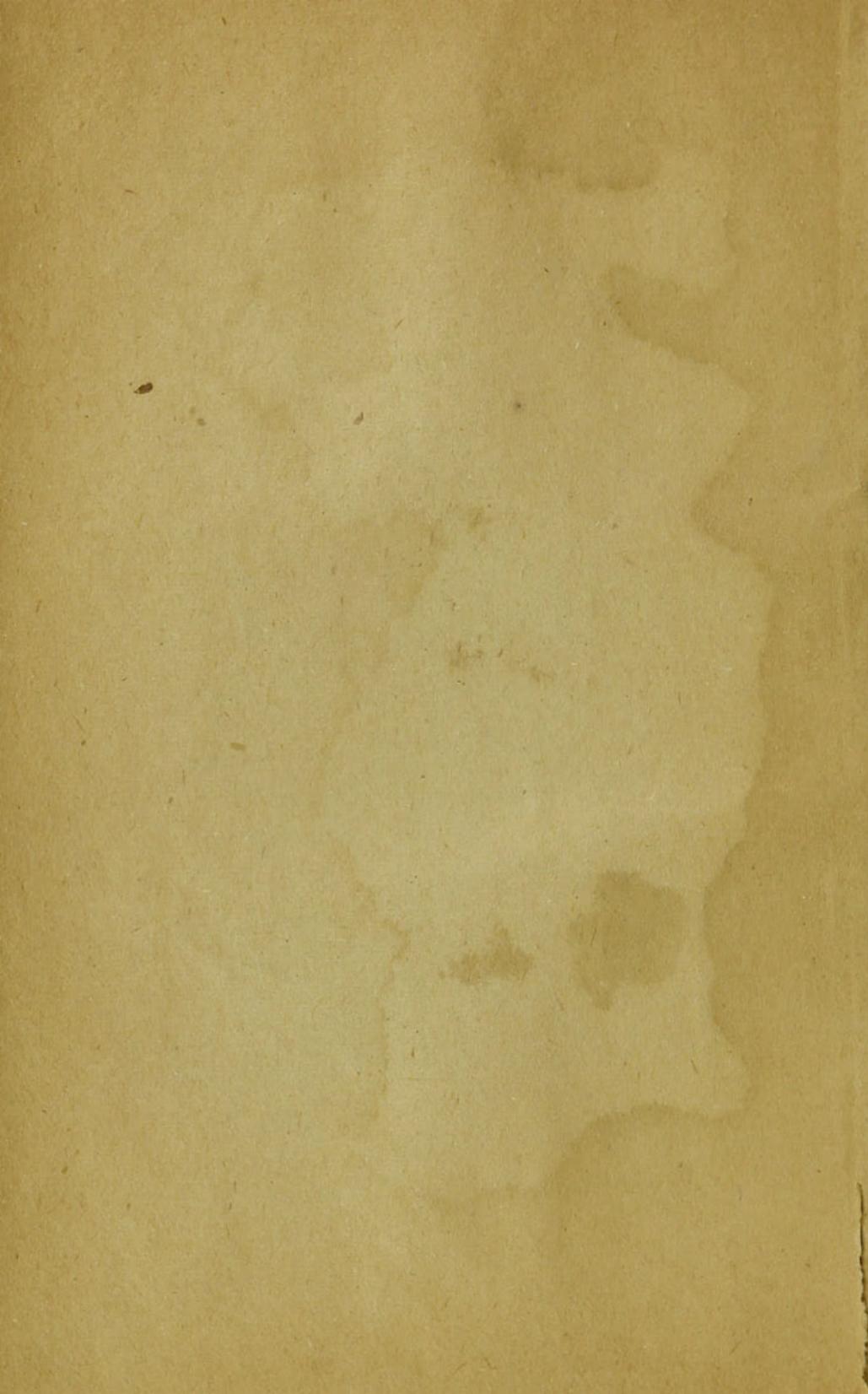


A Bustos



**RETRATOS
y RECUERDOS**





RETRATOS Y RECUERDOS

JANUARY 1880
NEW YORK

AUTORES CHILENOS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

C. SILVA VILDOSOLA

RETRATOS Y RECUERDOS



EDICION ZIG-ZAG

1936

INDICE

	Págs.
Advertencia del autor	11
Andrés Bello	13
Eusebio Lillo	27
Benjamín Vicuña Mackenna	37
Crescente Errázuriz	57
Alberto Blest Gana	71
Diego Barros Arana	85
El Arzobispo Casanova	93
Hermógenes Pérez de Arce	109
Pedro Montt	117
Jorge Montt	151
Paulino Alfonso	157
Joaquín Díaz Garcés	171
Rebeca Matte	199
Lily Iñiguez y su "Breve Canción"	209
Ramón A. Laval	223
En la muerte de Salvador Nicosia	237
Vicente Blasco Ibáñez	245
Santiago Ramón y Cajal	261

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Muchos de los capítulos de este libro son artículos publicados en diarios o revistas. Otros son conferencias y discursos leídos en ocasiones académicas. Algunos se publican ahora por la primera vez. Todos han sido retocados, sea para quitarles las alusiones a la actualidad inmediata o para agregarles opiniones en que el autor expresa su pensamiento con mayor libertad que dentro de las restricciones del sitio o periódico a que estuvieron primitivamente destinados.

El autor no les atribuye valor histórico, ni tiene fe en su mérito literario. Los sabe superficiales como todo lo que se escribe de prisa, más o menos improvisado. Tal vez puedan servir como testimonio de lo que pensaba un contemporáneo sobre algunos hombres y mujeres que vivirán en la historia.

Teme el autor que sus trabajos estén pasados de moda, porque son casi siempre elogios, y hoy se usan biografías que escarban la vida íntima y prefieren extraer de ella lo más vergonzoso y humillante para el héroe. La biografía al gusto del lector de hoy es iconoclasta y, si puede tocar los linderos del escándalo, tanto mejor.

Podrían estas páginas, sin daño para nadie, haber quedado sepultadas en la montaña de papel amarillento de las colecciones de periódicos en que las malas tintas van desvaneciendo lo escrito como va el tiempo borrándolo de la memoria de los lectores de un instante. Se habrá de perdonar a un hombre que ha pasado la vida escribiendo para el público, en algunos largos períodos a razón de dos y tres artículos por día, la vanidad ingenua de pretender salvar algo en forma de libro, que viene a ser como cambiar de sepultura, de la fosa común de la colección de un diario, al nicho del libro con nombre, fecha y epitafio.

ANDRES BELLO

Un diccionario europeo dice al comenzar la biografía de don Andrés Bello: "Político y literato chileno nacido en Caracas". Esta definición es hoy desconcertante para los ciudadanos de estas naciones definidas, delimitadas, poseídas de un afán de distinguirse unas de otras. Pero no lo habría sido para los contemporáneos de la Independencia, porque podía bien haber nacido en Caracas el chileno Bello, como había nacido en Chile el venezolano Madariaga.

No habían adquirido aún estas repúblicas, ni se les despertó sino más tarde, el vicio de pelearse por fronteras geográficas, y no veían, cuando todas luchaban por un ideal de libertad, fronteras morales entre pueblos unidos por tantos vínculos de raza, de lengua, de tradición, de aspiraciones, de historia, antiguas provincias todas de un mismo glorioso imperio español.

Chile en nada contribuyó a la formación de ese grande espíritu, al desarrollo de esta enorme personalidad única en América y en su época no superada por otra alguna de origen español y por muy pocas de cualquiera otra raza. Vino a nuestro suelo cuando ya bordeaba el medio siglo. Fué privilegio de Chile recibir todos los frutos maravillosos de este ingenio singular y tener al servicio de su progreso el suntuoso bagaje de meditaciones y experiencia, de saber y de sensibilidad, que había recogido en una vida de concentración en sí mismo, con los ojos y el entendimiento muy abiertos a

todas las visiones de la realidad objetiva y a todos los vientos del espíritu, en una de las épocas más agitadas de la historia de la civilización.

Y es tal la personalidad de Bello, tan varios sus aspectos, tan extraordinaria su acción en más de ochenta años de una vida activísima, que es menester grande audacia para hablar de ella y mucha benevolencia para escuchar lo que se diga. Bello se desborda por encima de los elogios convencionales, invade todos los campos del entendimiento humano y todos los de la posible actividad de un hombre en la tierra. Para hablar de Bello con autoridad, fuera menester el conocimiento de las diversas ciencias que practicó y divulgó, de la historia americana durante todo el final del siglo XVIII y más de la mitad del XIX, de los movimientos filosóficos en esa larga etapa del camino de la humanidad civilizada, de las evoluciones de la literatura europea, y de la psicología compleja y poco accesible de este hombre completo, si jamás los hubo.

Los chilenos nos hemos familiarizado con su nombre desde niños. Tuvimos en las manos su gramática, conocemos sus tratados de Derecho, le rendimos homenaje reverencial como autor de nuestro Código Civil, aprendimos su labor en la inspiración de la política exterior de Chile, sabemos de memoria sus versos.

Pero sólo la reflexión tardía nos hace ver las proporciones de esta figura más grande mientras más se aleja, más viva mientras más desaparece el medio social en que se movió, más inmortalmente gloriosa mientras se alzan como montañas sus obras, su acción, su personalidad al hundirse tantas otras de su época.

Don Andrés Bello está vecino a los treinta años en la fecha heroica de 1810. Una Providencia sabia lo ha suscitado como un árbitro entre dos períodos esenciales de la historia de América que pelean desesperada batalla.

Tiene la misión de recoger del pasado todo lo que no debe morir, y de dar al futuro normas definidas para la vida del entendimiento y la realización de la justicia y del orden en las nuevas sociedades.

Sus gustos y la orientación de su cultura, honra de Venezuela, que pudo en aquellos años procrear este espíritu, lo inclinan a la filología, porque siente que en la lengua que hablamos estamos recogiendo cada día, a cada instante, la herencia de los que nos engendraron y forjando el instrumento de la civilización que viene tras nosotros. Ha ido a buscar en las fuentes latinas y griegas, en los viejos fondos de la lengua castellana que nace con el Arcipreste y con el Cid, en el estudio comparado de las literaturas de toda la Europa, el agua pura que brota de las rocas.

Muestra desde la primera juventud una capacidad portentosa de trabajo, de esfuerzo mental, y al mismo tiempo, un eclecticismo metódico que va desde las Pandectas al teatro de Calderón de la Barca, desde Anacreonte a los enciclopedistas franceses, de Horacio y Virgilio a Berceo y Garcilaso.

Sus servicios a Venezuela en cargos militares y civiles, su función de Comisario de Guerra en 1810 no le impiden iniciar los célebres estudios sobre los tiempos de la conjugación castellana que debe proseguir durante treinta años. Y un accidente, por decirlo así, lo lleva a

Inglaterra, modesto secretario de la misión de Bolívar y López Méndez que van a buscar en la nación liberal y parlamentaria un apoyo simpático para la insurrección americana.

Este viaje decide su porvenir. Londres lo retiene. Su alma latina, enamorada de la grandeza de la Roma antigua y de sus instituciones, encuentra allí otra Roma con el sentido del derecho, con el poder y la grandeza, con un imperio colonial que se extiende por todos los continentes y las islas de todos los mares. Allí el Parlamento puede evocarle el Senado de los días gloriosos. Los monumentos milenarios, vivos, habitados, en uso diario, le dan la impresión de la inmortalidad. Y los recuerdos de la dominación romana en Gran Bretaña lo hacen sentir que aquellos trescientos años de unión con la capital del mundo antiguo han dejado en la isla algo más que restos de murallas, de carreteras y mosaicos. Londres es la Roma rediviva, centro del mundo, señora de tierras y mares, prolífica engendradora de pueblos, que pone sobre todo su amor a la libertad política y al derecho.

Bello tiene pocas necesidades materiales. Fuerte, sano, en la juventud como en la madurez y en la ancianidad, hay en él un perfecto equilibrio entre las facultades físicas e intelectuales. Se acomoda su organismo a todos los climas y su entendimiento comprende sin esfuerzo todas las formas de expresión. Pero es tan vigorosa su personalidad, que puede vivir en los medios más interesantes y más absorbentes sin que se modifique la esencia de su alma.

Esta larga residencia en Inglaterra influye honda-

mente en Don Andrés Bello. La escuela filosófica escocesa, entonces dominante, impresiona sus meditaciones. Las bibliotecas acumuladas por ese pueblo navegante que, como el romano, se ha llevado a su tierra todo lo grande y lo rico y lo útil que encontró en el mundo, le abren tesoros. La vida británica libre, de un individualismo soberbio que estimula la personalidad, favorece su propia tendencia a la autonomía del espíritu.

Y caminando por la City, donde todas las razas se mezclan, a lo largo del Támesis que recibe barcos de la India y de América, del Africa y del Oriente remoto, en una babel de lenguas y afiebrada lucha por la riqueza, dentro de los muros del viejo Parlamento que todavía guarda como reliquia amenazante la sala en que Cromwell dispuso de la vida del monarca, mirando el manuscrito de la Magna Carta y oyendo los nombres de los barones que la impusieron, Andrés Bello prosigue sereno su ascensión.

Para vivir enseña, y aprende así el arte de guiar las inteligencias. Y enseñando estudia, ante todo, su lengua castellana que es como un objeto precioso, cuyas bellezas defiende, cuyos orígenes busca, cuya estructura desea aún pulir y perfeccionar de acuerdo con los tiempos y las nuevas ideologías. Y después estudia el Derecho, los sistemas políticos, los regímenes administrativos del Estado, la sociología, las reglas que las naciones van dictando para hacer más humano y fácil el trato entre los pueblos. Desde aquella altura todo se ve en amplitud, en grandeza de extensión. Y Bello respira ese aire que le trae emanaciones de todas las culturas antiguas y modernas para robustecer la suya propia ya de-

finida, individualizada, estrictamente personal. Allí se hace el venezolano un grande humanista, que ama y conoce las letras humanas, toda la ciencia de su tiempo, las artes puras y de inmediata utilidad, las que elevan el entendimiento a regiones suprasensibles y aquellas cuya aplicación puede hacer más fácil y grata la existencia del hombre. Y siempre en un equilibrio pasmoso, Bello no cae en el utilitarismo absoluto, que en su tiempo invade las escuelas, ni se pierde en las nieblas de un simple idealismo trascendental. En medio de influencias que estudia, que discute consigo mismo, que juzga y escudriña, permanece robusto, sano, independiente, defendida su personalidad y su propio juicio por un gran vigor de doctrina.

Se produce el milagro del hijo de la "Virgen del mundo, América inocente", nacido al borde de la selva tropical y frente al llano infinito, crecido entre el fragor de batallas y el horror de la guerra civil, que trae a Chile, a la Última Thule americana, la civilización europea más alta, asimilada por un espíritu fuerte, que ha pensado mucho en los destinos del mundo nuevo en que nació.

Era tiempo de que llegara a Chile. La nación pobre y esforzada terminaba el proceso doloroso, por suerte más corto que el de otras hermanas, de la expulsión del virus de la revuelta.

Llegaba Portales a imponer silencio a la anarquía. Un trabajo sordo preparaba la organización constitucional y el régimen de libertad en el orden. Cuando en 1829 don Andrés Bello desembarcó en Valparaíso de un bergantín inglés, había fuerzas en Chile que estaban despejando el campo de los escombros de las revoluciones

para que el gran venezolano ayudara a construir la nueva nacionalidad y le diera un espíritu culto, refinado, con amor a las ciencias y las letras, con un sentido del derecho y la legalidad.

Han pasado 48 años de su vida, pero quedan todavía 36 en el libro en que Dios había escrito el destino de este hombre. Y este largo período es todo para la nueva patria, para Chile, para su educación, su cultura literaria y científica, su vida política y sus relaciones con los otros pueblos.

Apenas nos es posible imaginar lo que ese pasajero del bergantín "Grecian", procedente de Londres, significa en la historia de Chile desde el día en que se varó en la playa de Valparaíso la chalupa fletera que lo desembarcaba. Pero se puede afirmar que, sin él, no es concebible el progreso de nuestra patria en el siglo XIX, y eliminada por un esfuerzo de imaginación su obra enorme, sentimos que el desarrollo de la República se retrasa de muchos años y sólo con dificultad logra alcanzar la madurez.

¿Qué no ha hecho Bello en Chile en el orden intelectual, político y social, jurídico y literario? Toma, al llegar, la dirección de un periódico en cuyas páginas siembra la semilla de la cultura europea. Funda un colegio en que por primera vez se enseñan en Chile el Derecho Romano, las humanidades basadas en el griego y el latín, la ciencia política y el derecho internacional. Nace de allí la Universidad de Chile y el sabio venezolano ocupa el cargo de Rector y llega a ser el mentor, el guía, el inspirador de la educación pública y privada. Publica sus poesías de juventud y escribe nuevos poemas; tra-

duce a Víctor Hugo, o para ser más exactos, vierte en un vaso castellano rico, majestuoso, con sabor castizo, el vino espumante y embriagador de los románticos. Da a luz su Gramática Castellana, cuyas novedades audaces, fundadas en un pensamiento mucho más filosófico y en una lógica mucho más evidente que las rutinas de sus contemporáneos españoles, no alcanzaron ni podían alcanzar la difusión que merecían. Publica un tratado de Derecho Internacional y una Teoría del Entendimiento en que la escuela escocesa ha tomado parte principal al fijar los criterios de verdad. Somete el Poema del Cid a un trabajo crítico no igualado hasta entonces por escritor alguno. Hace la crítica de los libros nuevos de diversas lenguas y fija normas para los jóvenes literatos que están formándose a su lado. Investiga los orígenes de la novela de caballería y determina las relaciones entre la poesía germánica y las de origen latino.

Pero hay dos monumentos que don Andrés Bello se erigió a sí mismo en el camino que conduce a la nación chilena hacia el cumplimiento de los designios providenciales. El primero es el Código Civil, que ha redactado y ha inspirado a la luz del napoleónico y con el espíritu romano que necesita claridad, precisión y medida. Bello dió a Chile en el Código la columna vertebral de su existencia civil con raíces que penetran profundas en la sabiduría de los siglos y que a un tiempo revelan observación del carácter, de las costumbres, de la tradición. Todas las relaciones entre los individuos y de éstos con la colectividad, quedaron allí sujetas a normas prudentes y previsoras. Y es acaso el mérito más evidente de esta obra su redacción tan clara, tan

precisa, imposible de torcer en interpretaciones antojadizas, que resulta como un bronce inflexible, resistente a la acción corrosiva de la malicia humana y el oleaje del tiempo.

Don Andrés Bello, multiplicando sus actividades en forma que hoy parece imposible para un solo hombre, para una sola vida más allá de los cincuenta años, o sea, en la vejez, fué por largo tiempo Subsecretario de Relaciones Exteriores. Allí construyó el otro monumento perdurable de sus servicios a Chile. Se sabe hoy que fué el inspirador muchas veces y siempre el colaborador de la política externa de nuestro país. Y fué, por cierto, el que dió a esa política su forma. La inspiración tenía un acento americanista, no en el lirismo hueco que después se ha empleado en esta tendencia, sino en el buen sentido, en el conocimiento de las analogías entre los países del continente y de sus diferencias esenciales, en el estudio de sus intereses divergentes y de los que son armónicos, en un idealismo, en suma, basado sobre realidades y posibilidades. Y luego, la forma nobilísima de toda nuestra documentación de entonces: lenguaje claro y correcto, gran dignidad sobria y sencilla, tono de nación pequeña y pobre, pero soberana y consciente de sus derechos, elegancia clásica y distinción de raza. Allí probó Bello, como en su labor en el Senado, menos visible porque la agitación partidista no le interesaba, sus grandes cualidades de político en el sentido más alto de la palabra.

Y es que el entendimiento de Bello no era libresco, sino de aplicación práctica, no se alimentaba sólo de doctrinas y opiniones, aprendidas en autores venerables,

sino de la vida y de sus afanes, de la lucha y de sus dolores, de la ambiciosa aspiración del progreso de un pueblo joven y de sus triunfos y reveses.

No. Este erudito investigador de filología y jurista sapientísimo, este maestro de gramática y filósofo, era una personalidad humana completa, cálida de vida generosa, con sangre abundante en las venas, con pasiones y sentimientos. Nada había en él seco y rígido. Todo vibraba con los sonos del mundo exterior, todo bullía dentro de su temperamento fuerte y rico con humanidad entera.

Siempre renovado espiritualmente y con un organismo que había vivido en un ritmo normal, potente y generoso, don Andrés Bello no envejecía ni en el entendimiento ni en el poder de trabajo y producción.

Todas sus facultades matrices, así físicas como intelectuales, se conservaron hasta edad muy avanzada. No tuvo decadencias, no ofreció el espectáculo de un crepúsculo mental o una ruina física.

Es difícil penetrar en su psicología íntima. Nuestros grandes hombres parecen de ordinario acartonados porque los descendientes, con una estrecha concepción de estas personalidades superiores, se niegan a publicar sus cartas o a dejar que de cualquier modo se penetre en el santuario de la vida íntima, único que puede revelar al individuo completo. Sabemos de los héroes y los escritores, de los artistas y los políticos, sus obras, sus escritos, sus hechos externos. Un pudor de tribu que defiende la herencia vela todo lo demás.

Sólo cuando algún día se recojan y publiquen las cartas de don Andrés Bello, sabremos un poco más de

lo que hoy adivinamos, de sus pasiones, de sus amores y sus repugnancias, de sus gustos individuales, de su sensibilidad apenas asomada ahora a algunas de sus poesías.

Tenía, sin duda, un profundo sentimiento de la vida de familia y un culto de la amistad. Hasta cuando traduce a Víctor Hugo, no puede impedir que su propio dolor y sus amores propios tomen en la versión el sitio de los del poeta francés, y entonces vemos pasar por la estrofa cincelada en mármol, la figura de aquella que “sufre la pena y devora en silencio su dolor”, la que tuvo “a muchos compasión y a nadie envidia”; nos arrodillamos en la oración de la tarde, sobre el suelo donde duermen segados en flor los hijos condenados a partir en la mañana de la vida; nos inclinamos al borde de un abismo de amargura que lleva en el alma y se nos pide que roguemos también por “el que en vil libelo destroza una fama pura y en la aleve mordedura escupe esquerosa hiel”. Estamos lejos de Víctor Hugo. Hemos entrado en la vida de Andrés Bello, alzado rincones del velo de su intimidad, muchas veces la visión de aquel cortejo de jóvenes que mueren amados de los dioses y dejan en soledad a los progenitores, reaparece en las poesías de Bello. Y en la estupenda traducción del Miserere hay un acento humano, un desgarramiento que convierte el salmo de David en un grito del poeta moderno que muchos siglos después lo toma como expresión de su propia angustia, arrepentimiento, fe en la divina misericordia y horror de la vida consagrada sólo a sufrir.

Este destino extraño y prolongado por generaciones sucesivas en que los hombres y mujeres llegan a la

cumbre de una juventud brillante, para unos por el talento, para ellas por la belleza y el ingenio, y luego desaparecen como sombras, como figuras misteriosas que en medio de un sarao se deslizan tras una cortina y salen a perderse en la noche helada, golpeó sin cesar el alma de don Andrés Bello.

Su sentimiento religioso fué siempre muy hondo, y se hizo más fuerte con la serie dolorosa de estas despididas de sus hijos e hijas, muertos prematuramente. No era un deísta a la manera de los románticos de su época. No necesitaba como Víctor Hugo decir en su última hora "Creo en Dios", para dar a la divinidad esta satisfacción de que un gran poeta creyera en ella. Había creído siempre y siempre practicado la religión católica en sus preceptos de disciplina, en los dogmas y en los sacramentos. La Catedral de Santiago guarda en sus piedras seculares el recuerdo del grande hombre que sobre ellas se arrodillaba y absorto en meditación pedía al Eterno inspirador para sus labores múltiples, consuelo para sus dolores íntimos y perdón para sus humanas debilidades. Cuando ya los años le impedían salir con frecuencia de su casa, un fraile dominicano (1) llegaba cada semana a recibir su confesión y la noble cabeza de pensador que había sido laboratorio de ideas atrevidas y de creaciones geniales, se doblaba humildemente bajo la mano monacal que trazaba sobre ella el signo redentor.

Desde la juventud había tenido Bello una tendencia mística. Su imaginación poética se asociaba a su creencia robustecida por la razón. Cuando un nuevo golpe

(1) *El R. P. Aracena, de la Recoleta Dominica.*

caía sobre su hogar tan duramente herido, solía don Andrés Bello repetir melancólico y sombrío esta frase: "Ya me lo dijo el Cristo de Caracas". Un día su amigo don Manuel Antonio Tocornal le preguntó curioso el sentido de aquel estribillo, y Bello le contó: "Cuando era muchacho un día entré en el dormitorio de mi madre y oí una voz que salía del gran crucifijo, colgado sobre el lecho. La voz extrahumana anunciaba gloria, renombre, honores; y luego decía: Pagarás todo eso con la muerte de los que engendres, que serán también espíritus nobles y dignos de alcanzar la gloria". El joven Bello cayó en un desvanecimiento al oír la siniestra predicción y allí lo hallaron los que en la casa lo buscaban, rígido, sin sentido. Sólo en sus últimos años contó la visión que había flotado durante tantos y tantos sobre su alma, como una doble promesa de luz y de sombras, como un estímulo y una amenaza.

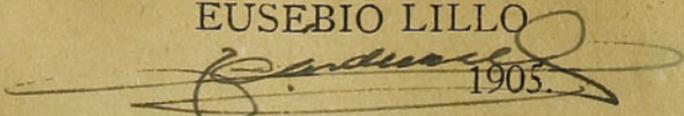
Queda esta obra para un artista literario: analizar la documentación seca y muerta de las biografías hasta ahora publicadas, obtener las cartas de Bello, comparar sus escritos con su vida, rastrear en sus poesías su temperamento, y darnos la fisonomía de este hombre integral en quien nada falta de lo que hace grande a la humanidad, en quien adivinamos tras la obra de jurista y literato, de político y de filólogo, un temperamento potente.

La antigüedad le hubiera erigido un templo de semidiós como ministro de la justicia y de la belleza, y lo hubiera puesto en una montaña muy alta desde la cual la imaginación pudiera creer que divisaba de un lado la Europa, cuya civilización había bebido a grandes sor-

bos, y del otro la América, que había fecundado con su genio creador. Y su estatua habría tenido una antorcha en la mano alzada muy en alto.

Es la antorcha que arde todavía y arderá a perpetuidad en nuestra legislación, nuestra cultura literaria y filosófica, nuestra enseñanza y la orientación de nuestra vida internacional.

EUSEBIO LILLO


1905

Tocamos con temor el timbre eléctrico de la puerta. A lo lejos sonó la campanilla como en un convento vacío, y ningún eco respondió durante largo rato. Hasta nosotros llegaban apagados por la distancia los gorjeos de algunos pájaros, y mirando al través de la mampara con vidrios de colores, se veía el follaje de los viejos naranjos y las enredaderas.

De pronto una cerradura sonó cerca de nosotros, y un señor de caballeroso aspecto, algo así como un veterano de la guerra en traje civil, se adelantó llevando en una mano sus anteojos y levantando la otra en amistoso saludo:

—Supongo que ustedes me buscan a mí — dijo con voz musical y entera—, en esta casa no vivo sino yo...

× Era don Eusebio Lillo. Un caballero que bien podía vestir el frac de los románticos, alto de cuerpo, cabeza llena de vigor, echada atrás en ademán algo altivo, pero con la más franca y amable mirada de anciano. ×

Fuimos introducidos a un amplio salón; por la abierta ventana se colaba un rayo de sol en cuya faja luminosa bailaban su zarabanda las pelusas y el polvo levantado en la alfombra. Un viejo salón de esos que hemos visto visitando a los abuelos los domingos en la tarde.

Ningún mueble frágil, ningún *bibelot* moderno, ningún candelero con contorsiones enfermizas, ninguna estatua de celuloide o de papel *maché*... Algunos gran-

des cuadros antiguos de escuela italiana, varios sillones mullidos con los brazos abiertos en hospitalaria actitud, y un silencio de abadía, mejor dicho de sacristía.

Alargamos una carta de introducción. El señor Lillo la llevó a sus ojos, con un ligero temblor en el pulso, y después de leerla, nos quedó interrogando con la mirada. Seguramente registraba sus recuerdos y torturaba la memoria para tratar de saber qué podía llevarnos a su asilo.

La explicación fué larga. Se trataba de entrevistarle. Se hizo repetir la palabra. Apenas abarcó nuestro proyecto, extendió la mano como para detener un peligro inmediato.

—Caballeros — nos dijo —. mi casa toda entera es de ustedes. Mis libros, mis cuadros, mis papeles, son para ustedes. Alejen mi persona; si no hubiera pasado los setenta años no sería una curiosidad como parezco ser ahora para ustedes. Yo he muerto, entiéndanlo bien, he muerto. Deseo que todos me olviden y no necesito poner gran esfuerzo en esto, porque realmente me han olvidado. Deseo que me olviden..., hasta las mujeres, caballeros. Mi casa está sola, yo solo vivo en ella, y mis pasos suenan sin eco en el jardín... Pueden venir a toda hora, en todo momento; pero no a ocuparse de mí.

Y tomando calor, prosiguió:

—¿Por qué no hablan de Diego Barros, cuya personalidad se impone como un astro de primera magnitud? Aún ahora escribe con vigor, aún hoy día trabaja como hace cuarenta años... ¿Por qué no van hasta el modesto retiro de... (aquí nombró a un respetable anciano), que ha educado tantas generaciones, que ha hecho

el bien, que ha escrito libros? Sería un rayo de luz en una tarde triste. Nadie lo recuerda, nadie lo rodea, nadie repite su nombre. ¿Por qué no ven a... (otro anciano distinguido), poeta inspirado, servidor público, hombre de corazón y de espíritu? Está hoy día pobre y vive solitario... Esa sería buena obra, santa obra. ¡Pero yo! Me hablan de la Canción Nacional... Antigua historia. Son los setenta años lo que los trae hasta aquí, caballeros. Y en calidad de viejo, no soy el único.

“Pero ustedes me hablan además de mis cuadros. Eso es otra cosa: son mis amigos”.

Y poniéndose de pie, nos guió a través de aquella sala y de otras y otras, en todas las cuales había cuadros al óleo, acuarelas, pasteles, un verdadero museo formado por un *amateur* de gusto exquisito, por un viajero refinado, por un artista con sentimiento profundo del arte, de lo bello, de las plácidas emociones que causan aquellas obras.

Donde la casa hace esquina, hay una salita pequeña contigua al dormitorio y en un rincón, junto a una ventana que mira al poniente, hay una mesa de palo, sin pretensiones de escritorio, cubierta por un tapete verde, semejante a los que se veían en las viejas escribanías, y toda llena de papeles, de libros, con las huellas del trabajo. En otro lado hay un amplio diván..., el de las siestas, pensamos nosotros.

Como le preguntáramos si aquel era su rincón favorito, el señor Lillo, temeroso en todo momento de hacer *pose*, y sinceramente perturbado por aquella intrusión en su vida, dijo:

—Yo no tengo rincón favorito, trabajo a veces

aquí y otras en la biblioteca. Pero no miren ustedes esta mesa, porque está toda revuelta. Es una vergüenza, pero cuando dejo un papel sobre la mesa ya nunca más vuelvo a saber dónde está. Parece que los papeles se esconden solos. Jamás he podido curarme de este mal hábito del desorden.

“Vean este libro que es curioso — añadió cambiando de conversación y resuelto a no hablar de su persona —, es una obra sobre San Martín que acaba de publicar en Buenos Aires, Carranza, el director del Museo. Es una colección de cuanto grabado u objeto de cualquiera naturaleza hay por ahí sobre el general San Martín. A mí me interesa, porque la personalidad de San Martín me entusiasma. Siempre le he encontrado una superioridad moral e intelectual muy grande entre los Padres de la Patria”.

Por la ventana entraba el sol llenando de alegría la salita y los átomos de la luz vibraban en torno de la noble cabeza echada atrás en el sillón de mimbre. El señor Lillo hablaba con entusiasmo de joven, refería sus últimos estudios, sus lecturas de historia nacional. Aquel espíritu vigoroso y en plena actividad vive siempre enamorado de su país, de su historia, de sus glorias pasadas y de sus progresos presentes.

—Véanlo todo — siguió diciendo cuando proseguimos nuestra peregrinación a través de la casa—. Ya les he dicho que tomen posesión de esta casa. No hay más que cosas viejas y mucha voluntad para los amigos.

Y salimos al jardín enmarañado, donde los jazmines se enredan en el tronco de los naranjos cargados de frutos, donde los magnolios y otros árboles que recuer-

dan los antiguos patios santiaguinos, hacen sombra y permiten que brote el musgo en los senderos, donde una fuente de mármol está medio oculta entre el follaje, donde hay ese misterio de los viejos jardines que el jardinero no profana a cada rato con la tijera, sino que crecen exuberantes como la naturaleza misma.

—En la primavera esto es bonito, hay muchas flores y algunos árboles frutales. Ahora no hay nada que ver. Allá está mi gallinero. Es toda mi familia y por cierto que cumple bien sus deberes y proporciona elementos para la mesa. . . — añadió riendo.

Tomando el sol en el jardín, hablamos de la Canción Nacional, tratando de llevar al poeta a los temas que nos interesaban, aun cuando con muchísima cortesía y habilidad se nos escapaba de lo que tenía relación con su persona.

—Yo no quería escribirla — dijo —, pensaba que un Himno Nacional no se debe cambiar. La de Vera era hermosa y representaba el período heroico de nuestra historia. Comencé, por esto, a escribirla sin ganas y esto se nota en la primera estrofa, que es forzada, que no tiene soltura ni movimiento. . . — y buscó en su memoria la estrofa para repetírnosla, como titubeando. . .

—*Ha cesado la lucha sangrienta. . .*, dijimos nosotros.

—Sí, eso es, yo tengo ya olvidado eso. Conservé el coro de Vera, por supuesto. Y después de la primera estrofa, sentí que la cosa iba más fácil y más espontánea. Esto se nota muy bien leyendo la canción. La primera estrofa es la peor de todas.

—Indudablemente, usted escribe poesías todavía.

—No hace mucho tiempo tuve otra vez esa fiebre y escribí algo. Durante quince años creí que la fiebre no volvería, que había pasado para siempre, pero volvió. Yo sentía que aquello no volviera, porque me entretiene, pero por otra parte, es lo propio de la edad que eso pase.

Y como siempre que llevábamos la conversación a su persona, el amable poeta nos hizo movernos y cambiar de conversación.

—Ustedes me hablan de retratos míos, dijo deteniéndose ante un *boule*, sobre el cual había un gran álbum. Aquí hay uno del año 52.

Era una antigua fotografía del señor Lillo con el frac, el cuello alto y el corbatín de la época.

La hermosa cabeza romántica se habría podido tomar por la de alguno de los hombres de la revolución de Julio, por alguno de los amigos de Lamartine. Los entusiasmos políticos y literarios de aquellos días parecían haber impreso en la fisonomía viril, soñadora, aristocrática, un sello peculiar.

—Esta fotografía fué hecha en el primer establecimiento de esta clase que hubo en Santiago. Estaba en la calle de la Compañía, en una casa de la familia Iñiguez, que fué derribada para hacer la plazuela donde ahora está el monumento Montt-Varas, en la esquina de Morandé. Era de un francés.

Hojeamos el álbum lleno de fotografías de aquella misma época y desfilaron los hombres ilustres, compañeros y amigos de Lillo. El poeta nos decía sus nombres, nos refería anécdotas, sacaba del fondo de su memoria, frescos, vivos, animados, llenos de color y de in-

tención, los recuerdos de sus mocedades. Pasaron así Lastarria, los hermanos Amunátegui, Santa María, Taforó, Bilbao, don Andrés Bello, doña Mercedes Marín de Solar, y otros y otros, mezclados con personalidades menos célebres, que tuvieron su boga un día y cuyos nombres no han llegado hasta nosotros.

—Este — decía el señor Lillo señalándonos el retrato de un elegante de ese tiempo — era de los que se dice que tienen el cachito de queltehue. Es una vieja expresión con que designábamos a los que se creen irresistibles. ¿Reconocen ustedes a éste...? A ver..., mírenlo bien..., es Diego Barros. Ha sido siempre el mismo, estudioso, encorvado antes de tiempo por el trabajo incesante, muy alto y delgado. Recuerdo que cuando éramos muchachos nos paseábamos en la Alameda y solíamos verlo pasar, tan alto, tan serio, tan lleno de sus estudios y de su labor. Y le gritábamos: “Apéate, Diego”. ¡Qué obra la que ha hecho este hombre! Es una honra para el país. Aquí están los Amunátegui y, el del medio es Domingo Santa María. Fíjense en la diferencia entre lo atildado, lo rebuscado para vestirse que era Santa María cuando joven, y el aire de los Amunátegui, sencillos, prematuramente graves...

A medida que los recuerdos acudían a sus labios, la fisonomía del señor Lillo se iluminaba, la blanca cabellera nos parecía iluminada por el crepúsculo de sus recuerdos.

Recorrimos todavía otras salas, todas llenas de telas valiosas, cuadros de la escuela holandesa, italianos de la escuela de Tiépolo, franceses modernos, españoles discípulos de Fortuny y algunos chilenos, entre los cuales

recordamos "La Perla del Mercader", obra maestra de Valenzuela Puelma.

—Aquí tengo muchas colecciones de diarios antiguos — dijo el señor Lillo, señalando los estantes de su biblioteca —. Si les pueden servir de algo, están a sus órdenes. Es siempre curioso registrar esas colecciones.

Recorriendo, al pasar, la biblioteca, pudimos cerciorarnos de que el ilustre poeta sigue el movimiento literario contemporáneo y tiene entre sus libros lo mejor entre lo más bueno de nuestros días.

Al fin de la serie de salones que abren unos sobre otros, está el comedor con sus muebles oscuros y en el centro una mesa, donde el amable dueño de casa nos invitaba a servirnos dulces y una copa de vino generoso.

Allí charlamos todavía deliciosamente con el señor Lillo.

—Tal vez estamos quitándole su tiempo...

—¿Quitarme el tiempo? No, señor. Yo soy un ocioso clásico, no tengo absolutamente nada que hacer y nunca he tenido mucha afición al trabajo.

—Sí, eso será ahora, pero su juventud fué bastante agitada por la política.

—¡Oh!, es cierto que durante unos pocos años me vi mezclado en esa clase de emociones. Pero fué muy poco, y sobre todo, nunca he sufrido nada, nadie me ha hecho daño, ni me ha molestado.

—Pero a usted lo desterraron el año 49...

—Sí, en el mes de noviembre de ese año el Gobierno me relegó a Chiloé, es decir, que me mandaron a veranear a esa isla, donde había entonces una tempe-

ratura deliciosa. Me ordenaron residir en Castro, donde me trataron muy bien y pasé muy agradablemente. Recuerdo que tomé una casa en la plaza de Castro; pagaba cuatro pesos al mes por el arriendo. Imagínense ustedes lo que era el costo de la vida entonces en aquella ciudad; después me dijeron los vecinos que me habían hecho lesa, que esa casa sólo valía veinte reales. Los chilotes eran entonces gente muy buena, hospitalaria, y aún los pobres tenían ciertos hábitos de limpieza y de orden en el arreglo de sus habitaciones. Volví a Santiago a principios de abril del 51, precisamente a tiempo para verme mezclado en el movimiento revolucionario del 20 de ese mes. Entonces la cosa se puso un poco más seria y como supe que el Gobierno tenía intenciones de echarme la mano encima, anduve por ahí a salto de mata y logré embarcarme para el Perú en un bergantín, donde hice una navegación malísima, sufriendo mucho a bordo. Fuí condenado a muerte y esto me obligó a permanecer algún tiempo fuera del país. Después puede decirse que no me he mezclado en la política.

—¿Y el Ministerio Lillo, de Balmaceda?

—¡Ah!, eso fué una salida que hice obligado por el Presidente, a quien yo debía amistad y que me pidió con mucha insistencia que lo acompañara en aquel momento. Pero yo no iba allí a hacer política, como que no tenía ninguna significación en ese campo. Se trataba de servir al país y a un amigo por unos pocos meses.

Llegaba el momento de despedirnos. Las horas habían pasado sin sentir las bajo el encanto de la con-

versación de aquel hombre lleno de los recuerdos del que ha vivido mucho, sin perder la frescura de los que comienzan a vivir.

Era una conversación imposible de reproducir, nerviosa, variada, salpicada de chistes, con la voz musical y el gesto amplio, elegante, oratorio del señor Lillo.

Con esa hospitalidad llana y verdaderamente señorial que recuerda otros tiempos, todavía al salir y después de habernos abrumado con sus atenciones, nos pedía excusas y nos hablaba de la soledad de su hogar.

—Tienen mucho que disculpar. En esta casa no hay mujer y hace mucha falta. Se necesita una mujer para que pase su mano sobre todos los detalles y haga agradable el hogar. Pero ya saben ustedes que esta casa les pertenece. Vuelvan cuando quieran, me darán un verdadero placer. Les repito que a mí no se me quita tiempo. Tengo un gusto muy grande.

Y en el mismo zaguán donde nos había recibido, allí nos despidió, y alejándonos por la calle solitaria, donde la primavera está haciendo crecer la hierba entre las piedras, veíamos todavía la silueta del ilustre escritor, de pie en su puerta, conversando con un viejo amigo que en esos momentos lo visitaba, con su espléndida cabeza bañada de sol y en la cual, bajo las canas, hay tanta juventud y tanta bondad.

VICUÑA MACKENNA

Periodista.

Nada más difícil que clasificar a Don Benjamín Vicuña Mackenna, hacer entrar su genio desbordado y multiforme en alguno de los cánones literarios. Este hombre ha saltado por encima de todos los preceptos y rompiendo las barreras de todas las rutinas, se ha hecho a sí mismo un género, una categoría personal y única.

De ordinario se le llama historiador. Pero los depositarios del concepto clásico en su austeridad suprema, suelen negarle en Chile esta clasificación. Vicuña Mackenna escribía libros de historia amenos y pintorescos, en que su imaginación nos permite revivir las épocas y los personajes. Vicuña Mackenna escribía libros fáciles de leer y servía a sus lectores los documentos ya asimilados por el escritor y convertidos en materia viva. Vicuña Mackenna, piensan los clásicos, no era historiador. Y el público lee sus libros de preferencia a los más profundos.

Se olvida mucho que fué periodista y que ningún otro escritor chileno, de cualquier género, ningún otro hombre con fuerte influencia en la opinión pública y capaz de levantar torbellinos en torno suyo, ha hecho un uso más constante y eficaz de la prensa, del diario y de la revista. Cuando Vicuña Mackenna era redactor titular de un diario, llenaba páginas de aquellas enormes de otros tiempos, en columnas que llegaron a tener un

metro de largo. Y cuando no lo era, siempre encontraba modo de colaborar en varias publicaciones con artículos del más variado carácter.

Había heredado de su padre la inquietud periodística, la fe en la prensa, el entusiasmo por la difusión de doctrinas políticas. Don Pedro Félix Vicuña escribía mal; pero sin el ardor apostólico de periodista y su necesidad invencible de escribir, no habría sido el fundador de "El Mercurio", no habría legado a su hijo, don Benjamín, que además poseía el talento y la sensibilidad artística del escritor de raza, el gusto por la imprenta y ese órgano de publicidad ya centenario, en que debía publicar una gran parte de su obra fecundísima.

Cuando en 1849 logró don Benjamín Vicuña Mackenna, estudiante de 18 años de edad, que un periódico titulado "La Tribuna", publicara su primer trabajo, una memoria sobre el sitio de Chillán, es probable que su inquieto progenitor, hombre agitado e inconsistente, no tuviera ya interés en "El Mercurio", el diario cuya fundación sería la única huella duradera que iba a dejar de su paso por la historia de Chile.

Hereda también Vicuña Mackenna de su padre la pasión revolucionaria, los ideales de un liberalismo anticipado a los tiempos y que no se resigna al gobierno fuerte, disciplinado y rudo para los espíritus turbulentos que fué el de Don Manuel Montt. Sus primeros ensayos periodísticos de verdad son artículos políticos. Contra la candidatura de Montt publica un periódico con el nombre de "La Barra", una de esas hojas de oposición violenta, destinadas a agitar a los electores y que, si no son suprimidas por la autoridad, mueren de

muerte natural cuando se terminan los recursos que el apasionamiento de una hora les ha dado.

Perseguido, preso, expatriado, Vicuña Mackenna tendrá que esperar algunos años para reanudar su labor de periodista. Entre tanto, está obligado a viajar y estudiar, conoce el mundo, se familiariza con problemas internacionales y sufre todas las pobrezas y la rabia impotente y la sana conformidad con situaciones mediocres que serían parte principal para formar su carácter.

La fundación de "El Ferrocarril" de Santiago ofrece a Vicuña Mackenna a su regreso a la patria un diario bien dirigido, independiente, aunque buen amigo del Gobierno. Su propietario, don Juan Pablo Urzúa, es capaz de entender a Vicuña Mackenna. El joven escritor no entra muy exactamente en el criterio de gravedad y dignidad periodística, imitado del antiguo "Times" de Londres, de que el señor Urzúa ha hecho una especie de religión; pero "El Ferrocarril" de 1856 no es todavía la hoja rígida, seca, fosilizada que conoció nuestra generación; tiene vida, se sacude con los sucesos del día, es con "El Mercurio" lo único que en Chile se puede llamar diario moderno, y acaso por su publicación en la capital influye en el rumbo político y social del país más eficazmente que el diario porteño. Y "El Ferrocarril" hubiera seguido siendo el primer diario de Chile, como lo fué mientras vivió don Juan Pablo Urzúa, si no hubiera tenido la mala suerte de caer en manos de excelentes personas que carecían del espíritu del periodismo, que vieron en la publicación un simple ne-

gocio industrial y no tenían ni criterio para elegir sus redactores ni la autoridad intelectual para dar un rumbo acertado. Desde entonces y con intervalos breves de colaboración en otros periódicos, de vida efímera y más o menos ocasionales, Vicuña Mackenna distribuía la gigante masa de sus escritos, principalmente entre "El Ferrocarril" y "El Mercurio", más arraigado en este último, al cual lo atrae el buen trato que recibe de sus editores y la tradición del gran diario fundado por su padre.

El revolucionario reaparece apenas despiertan de nuevo en Chile, bajo el manto de plomo de la autoridad del Gobierno de Montt, los atrevidos intentos de libertad política. Vicuña Mackenna está en buena compañía. Los escritores más eminentes, los jóvenes Barros Arana, Lastarria, Bilbao, se agitan y buscan un periódico donde les sea posible predicar la doctrina liberal. Se funda "El Liberal". Vicuña Mackenna escribe nerviosamente en favor de la libertad de cultos y se asustan hasta sus propios amigos liberales. El joven escritor ha ido demasiado lejos. Un detalle jurídico, de esos tan importantes en un país de juristas y de leguleyos, la carencia del fiador que exige la ley de imprenta de la época, autoriza al Intendente de Santiago para prohibir la publicación, y "El Liberal" muere recién nacido.

Pero al año siguiente, 1858, ya los espíritus exaltados contra el Gobierno no resisten más; Vicuña Mackenna funda "La Asamblea Constituyente" con el programa que indica el título: que se reúna una asamblea de ese carácter para reformar la Constitución. Lo acompañan los hermanos Matta, Angel Custodio Gallo, Isidoro Errá-

zuriz. Sus artículos son una protesta contra la omnipotencia presidencial, quieren reaccionar contra las prácticas de autoridad que Portales ha legado a sus sucesores.

Y cuando Vicuña y sus amigos convocaron a los ciudadanos a un mitin para pedir la reforma de la Constitución del 33, el Gobierno de Montt disolvió la reunión, detuvo a muchos de los ciudadanos que habían acudido al apasionado llamamiento de la juventud liberal, y don Benjamín Vicuña Mackenna, animador del movimiento, fué encarcelado. Tres meses después de una prisión no tan rigurosa que le impidiera preparar en ella algunos de sus mejores estudios históricos, Vicuña Mackenna con Gallo y los Matta salía de nuevo al destierro. El Gobierno de don Manuel Montt le ofrecía una forzada oportunidad de ver mundo, de completar su cultura y de apaciguar sus ardores liberales.

Poco a poco se aleja la sombra pesada de ese Gobierno de Montt, que ha hecho sufrir a muchas gentes, que ha golpeado sin piedad a los perturbadores del orden, pero ha asegurado la paz pública, ha abierto, por fin, un período de progreso material e intelectual sobre bases de sobriedad administrativa y de disciplina social. Los deportados vuelven. Vicuña Mackenna está en Chile en 1863 y Tornero, uno de los más ilustres editores que ha tenido "El Mercurio", le ofrece la redacción principal de su diario.

Don Benjamín Vicuña Mackenna no tenía el temperamento de un redactor de editoriales para un diario como "El Mercurio", que era entonces como ha seguido siendo, como es hasta ahora, un moderador entre las opiniones extremas y órgano de orden y medida polí-

tica, más adecuado para ayudar a los Gobiernos, a poco que éstos no se desmanden, que para hacer brillantes oposiciones o predicar exaltadas reformas.

Sin embargo, su talento se adapta a la necesidad de seguir el rumbo que Tornero vigila cuidadoso. "El Mercurio" es generoso con el brillante escritor. Ha sido publicada su simpática carta al General Mitre, compañero de andanzas políticas y de investigaciones históricas, amigo leal de una vida entera. Le cuenta que, por fin, asegura su independencia económica con el sueldo de 4.000 pesos anuales que le ha fijado "El Mercurio" y que es, agrega, el doble de lo que hasta entonces se ha pagado a un redactor. Y, en verdad, sigue siendo buen salario de redactor chileno setenta años después, si se considera la diferencia de valor de la moneda reducida de 48 peniques por peso a un penique y medio.

Sus editoriales de "El Mercurio" (los escribe con frecuencia, al principio casi todos los días, siempre un término medio de 20 cada mes), tratan todas las cuestiones del día. Salvo su longitud, a veces excesiva para el diario moderno, puede servir de modelo a los periodistas de hoy. Escribe Vicuña Mackenna con nerviosidad, con entusiasmo, con esa vibración de artista sin la cual no puede haber periodismo que llegue al público y lo arrastre. Nada le es ajeno. Escribe sobre problemas internacionales, político-religiosos, económicos, industriales, históricos, literarios, geográficos. La revelación del genio periodístico indudable de Vicuña Mackenna está en esos dos caracteres: en su sensibilidad y entusiasmo de artista y en que no rehusa asun-

to alguno de cuantos pueden interesar al público. No es de esos periodistas que con el pretexto de especializarse se encierran cómodamente en una materia tratada con meticoloso cuidado, apoyándose en cifras y en citas, disimulando tras una falsa erudición su impotencia y la dificultad con que trabajan sus artículos. Vicuña Mackenna se desborda por todos los campos y en todos fecunda la opinión, la impresiona, se apodera de ella, influye.

Pero no estaba destinado a durar mucho en la redacción principal de "El Mercurio", que había comenzado con tantas esperanzas para su presupuesto doméstico, eternamente en déficit. Pocos meses después, la deja. De las cartas publicadas o aludidas en las biografías de Vicuña Mackenna parece resultar que el señor Tornero, arrastrado por su admiración sincera del talento, había ido demasiado lejos en la remuneración. En este país, que perpetuamente se balancea entre períodos de esplendor y derroche y épocas de crisis y alarma y economía, no hay salarios seguros.

La separación del redactor principal no importó, por suerte para "El Mercurio", la pérdida del colaborador. Desde entonces Vicuña Mackenna no ha permanecido ausente por largo tiempo de las páginas del diario de Valparaíso y en algunas épocas ha sido su más brillante, más activo, más fiel colaborador. Un gran número de los trabajos históricos de Vicuña Mackenna ha aparecido en periódicos antes de ser reunidos en libros. Algunos de sus volúmenes históricos más importantes fueron publicados como folletines. Y se puede decir que desde 1863 hasta su muerte, esta colabora-

ción se reparte entre "El Ferrocarril" y "El Mercurio", aunque es mucho más abundante y de superior calidad en este último diario, donde halla Vicuña Mackenna una acogida más afectuosa, más simpática, más de su agrado. Los propietarios y editores de "El Mercurio" cambian; a los Tornero, padre e hijos, sucede como propietario don Rafael Larraín Moxó, con don Camilo Letelier como director, y de éste recibe el diario don Agustín Edwards Ross. Cambian los redactores, pero Vicuña Mackenna sigue colaborando con artículos históricos, estudios sobre cuestiones internacionales o de política interna, disertaciones de divulgación científica, biografías, necrologías, relatos de viajes, correspondencia del extranjero. Todo lo abarca, todo lo siente, todo lo entiende, todo se lo hace sentir y saborear a un público que crece cada día y que al llamado de la firma de Vicuña Mackenna lee con la certidumbre anticipada de que habrá en esas largas columnas de párrafos separados por números romanos algo ameno, agradable, útil, inspirado en una noble idea de bien público, impregnado de humorismo criollo, con un sentido hondo y espontáneo de la tierra natal.

En su tercer viaje a Europa Vicuña Mackenna tiene sus credenciales de corresponsal de "El Mercurio" y comienza la serie asombrosa de esas cartas de San Val entre cuyas páginas hay algunas de las más bellas que ha escrito en su vertiginosa carrera. El diario le paga con generosidad. Lo sabemos por él mismo: al escribir la historia de los primeros cincuenta años de "El Mercurio" ha dicho que "San Val recibió por su trabajo un salario no de corresponsal, sino de rey:

“25.000 francos por 50 cartas, a 100 francos por San Val”; y era en verdad buen salario para esos tiempos y para los nuestros. “El Mercurio” seguía entendiendo el valor de su colaborador y los editores sabían la afición apasionada del público a los escritos de Vicuña Mackenna.

Las descripciones de batallas de la guerra franco-prusiana que observa en los años de 1870 y 71 desde los preliminares ocurridos en los días de su arribo a París, se entreveran en sus correspondencias con las más brillantes narraciones de viajes, comentarios de la política y las letras europeas, análisis de la crisis continental, útiles lecciones para su patria, deducidas de la observación de la vida francesa, inglesa, española, italiana. En viaje tiene más serenidad, no sufre el asalto continuo de los amigos, de la política, de las preocupaciones domésticas, de las deudas y de la familia que más parece tribu que familia. Vicuña Mackenna logra en sus correspondencias una elegancia y corrección literarias que no superan sus escritos de otro género.

En los años de 1878 y 79 colabora con cierta asiduidad en “El Ferrocarril”, pero no abandona “El Mercurio” y ni siquiera interrumpe su labor en el diario porteño, cuando la guerra del Pacífico engendra “El Nuevo Ferrocarril”, su periódico genuino, su obra personal, primer ensayo de un diario ilustrado que publica en su primera página el retrato de algún oficial caído en los combates del norte en litografías de aquel don Luis F. Rojas, ilustrador fiel y esforzado, no siempre de buen gusto, pero con honrada voluntad, de casi todos sus libros.

“El Nuevo Ferrocarril” no tiene otro objeto que sacudir el alma nacional con la guerra del Pacífico y formar opinión para presionar a un Gobierno que Vicuña Mackenna encuentra perezoso, tímido, desconfiado de las energías nacionales, vacilante en sus resoluciones. Ahí desahoga su estro lírico y su fe guerrera que no hallan cabida en el grave “Ferrocarril” ni en el ponderado “Mercurio”. Lo que en esos diarios asustaría, el grito de guerra, el estímulo para proseguir la campaña sin buscar soluciones de paz, la lucha sin armisticios ni conferencias de parlamentarios, he ahí el programa de “El Nuevo Ferrocarril” donde trabajan con Vicuña Mackenna escritores jóvenes y de gran talento literario, cronistas, poetas, fogosos intérpretes del alma popular.

El apasionado escritor, poseído de una fe viva en los destinos de su raza y asistido por sus conocimientos históricos, entona el himno guerrero para estimular a los que van a entrar en el combate y azota con su látigo desde el periódico, como desde su asiento de senador, a los gobernantes pusilánimes que retardan la expedición a Lima, y dice a las multitudes como un rapsoda la gloria de los que han muerto por la patria. No sé que Vicuña Mackenna escribiera versos, pero, sin duda, en todo el período de la guerra no hay otra poesía auténtica y todavía vibrante de emoción, sino esos artículos suyos, sobre generales y soldados, sobre la estrategia y la táctica, sobre el heroísmo y la tradición. Mientras en los desiertos del norte los hombres marchan al sacrificio, este prodigioso poeta popular, con el alma toda llena de amor a su pueblo y compren-

sión aguda de su carácter, canta para aliviar la jornada, canta para sostener a los que se han quedado atrás, canta para fulminar a los perezosos jefes y para consolar a los que sufren y para honrar a los que van cayendo sobre una tierra extraña. Cada hombre que muere recibe en la frente como una prenda de amor y gratitud de su madre, la patria, el beso del escritor que consagra unas líneas a su memoria.

Mencionemos todavía otros dos diarios, de muy pasajera vida, en que Vicuña Mackenna escribió con ardor político y patriótico: "La Nación" de Valparaíso, fundada en 1881 para defender la candidatura del General Baquedano a la Presidencia de la República, y "El 21 de Mayo", que al año siguiente era en Iquique el órgano de la ocupación chilena de Tarapacá, el diario chilenzador.

Sin negar la importancia de su colaboración en "El Ferrocarril", ni el brillo deslumbrante de la que guardan las páginas cálidas de "El Nuevo Ferrocarril", es indudable que el diario de Vicuña Mackenna fué "El Mercurio", por el volumen de su obra y porque es fácil advertir que sus trabajos de mayor valor prefería siempre enviarlos a Valparaíso. Y "El Mercurio" puede sentirse orgulloso de haberlo tenido en la legión que a lo largo de un siglo le ha permitido aprovechar el esfuerzo de algunos de los más vigorosos cerebros de este país.

No nacen todos los días hombres como éste en un país como Chile, ni tendrá "El Mercurio" muchas ocasiones de exhumar de sus páginas labor tan noble y tan

bella y con tantos caracteres de duración. El genio ha sido escaso en Chile, donde hay un alto promedio de inteligencia práctica. La útil y consoladora facultad que se llama la imaginación apenas ha aparecido en casos excepcionales en la literatura chilena. Vicuña Mackenna es lo que más se acerca al genio, facultad capaz de crear cosas nuevas y admirables, que hayamos tenido en Chile. Y no sería difícil probar que es el único chileno de cuantos sobreviven en la historia nacional que ha mostrado una fuerte imaginación. Ha dicho un pensador que el genio se caracteriza por la facultad imaginativa y creadora, unida a una ardiente sensibilidad y a la capacidad de realizar con voluntad y perseverancia. ¿Hay otro escritor chileno a quien se pueda aplicar esa definición?

Todos los aspectos de la colaboración de Vicuña Mackenna en "El Mercurio" susceptibles de sobrevivir a la hoja diaria, están en un libro titulado "Páginas Olvidadas", que la dirección de ese diario publicó en 1931 al cumplirse cien años del nacimiento del gran escritor: sus correspondencias del extranjero, sus estudios históricos, sus violentas disertaciones políticas, sus ensayos literarios, sus relatos pintorescos de la vida criolla del pasado y del presente, sus vibrantes arengas guerreras, sus previsiones geniales sobre urbanismo.

Quedan fuera muchas materias, y entre ellas es sensible que haya sido forzoso dejar las biografías, esos larguísimos y de ordinario muy amenos artículos que consagró a personalidades vivas o muertas. Era imposible reunirlo todo. Había que resignarse a dar apenas una muestra de cada género y aun sólo de algunos géneros.

Vicuña Mackenna es ilimitado, es un océano, es una fuerza de la naturaleza.

Hemos señalado las correspondencias de Europa de los años 1870 y 71 como uno de los trabajos periódicos más felices del gran escritor y hemos dicho que, libre de preocupaciones, en un viaje de observación y de placer, acompañado de su esposa, a quien lo unió una de las más exquisitas ternuras conyugales que es posible concebir, Vicuña Mackenna escribía en reposo, podía cuidar su lenguaje y su estilo y dar mayor vuelo a su imaginación.

Su visita al campo de batalla de Waterloo en aquel año de guerra y desastre para la Francia, podría publicarse hoy en cualquier gran diario y haría una página brillante. En esta correspondencia, como en casi todas ellas, Vicuña Mackenna observa como artista, hace entrar en su cuadro animadísimo la historia, los sucesos del día, la filosofía política y social. Y todo lo describe y narra para sus compatriotas. Siempre está colocado en un punto de vista que es el de los chilenos. Para pintar el campo de la gran desventura napoleónica, imagina los de Chile: es el valle de Maipo, Santiago es Bruselas, Rancagua viene a ser Charleroi. Y sobre el humorismo plácido de sus observaciones y la precisión de sus detalles históricos, pone el pensamiento dominante de su horror a la guerra, de su condenación enérgica de estas matanzas en que los pueblos son sacrificados. Con el mismo ardor con que pocos años después se lanzaría a predicar la guerra para defender el territorio de su patria, ahí, al borde de la sima en que se hundió el impe-

rio de Bonaparte, maldice estas violaciones de la doctrina cristiana de la fraternidad.

En la bellísima carta a doña Magdalena Vicuña de Subercaseaux, su prima y suegra, sobre las ruinas de Pompeya, compara las casas de los señores romanos ya descubiertas por las excavaciones con la vieja mansión de los Subercaseaux en la calle de Huérfanos esquina de Morandé, casa de patios con mármoles o con jardines, igual en su distribución general a las que la tradición de Roma, transmitida por España, había construído en Santiago de Chile.

Otro carácter y de mayor valor histórico y literario tiene su carta sobre el estado intelectual de España en 1870. La formación española de la mentalidad chilena, la decadencia de la literatura de la Madre Patria durante el siglo XIX, la pobreza de su producción intelectual en la fecha de la visita del escritor chileno, la influencia francesa de 1848, la mediocridad de los miembros de la Academia Española, la miseria de la prensa diaria, todo lo observa, lo demuestra, lo hace sentir con valentía, sin prejuicios, con una simpática afección por aquel país, del cual salieron sus mayores de la línea paterna. Allí conoció a Santa Ana, el fundador de "La Correspondencia de España", el único periódico de algún valor e independencia que había entonces en la península.

Viaja por el Mediterráneo desde Gibraltar a Malta y su sensibilidad de artista y su criterio ya bien formado de pensador político le descubren la vida precaria de los países que rodean el Mediterráneo, el mar de la civilización latina. Estudia las razas, restos de todos los

pueblos que han vivido en las orillas del Mediterráneo, desde los fenicios, griegos y egipcios, hasta los modernos franceses, españoles e italianos.

Es interesantísimo entre los artículos literarios de Vicuña Mackenna y lo revela como un crítico agudo el que consagró a don José Joaquín Vallejos (Jotabeche) y del cual, es fácil advertirlo, han tomado sus noticias biográficas y sus juicios casi todos los que después han escrito sobre ese célebre humorista e ilustre colaborador de "El Mercurio".

Se podría hacer un volumen sólo con los escritos políticos de Vicuña Mackenna. Los dos de este género que aparecen en "Páginas Olvidadas", dan idea completa de un sólido doctrinarismo liberal, fuerte apasionamiento y gran libertad para juzgar a los hombres. La intervención de los Gobiernos en las elecciones, la designación de individuos mediocres para cargos muy elevados con el objeto de poner instrumentos a disposición de los partidos y de sus jefes, tienen en estos artículos sobre las convenciones presidenciales de 1875 y de 1881 una condenación enérgica, implacable, de la cual salen mal parados personajes que hoy figuran en la historia de Chile. Y ahí se verá cómo advertía Vicuña Mackenna la descomposición del Partido Liberal a causa de la privación de libertad popular, del falseamiento del sufragio y el abuso del favor gubernativo. Su admirable síntesis de lo que eran las convenciones presidenciales en los Estados Unidos contiene ideas que podrían considerarse como una visión exacta del desastre de 1891, no previsto por nadie entonces, pero cuyas causas estaban

ya acumulándose y eran señaladas por Vicuña Mackenna.

Entre los escritos más amenos de Vicuña Mackenna y acaso los que más contribuyeron a su enorme popularidad, deben ponerse sus artículos sobre lo pintoresco de la historia, sobre la tradición y leyenda de localidades, sobre la vida íntima de épocas pasadas y de personajes históricos. Se insertan en el citado volumen algunos de ese género, como el que dedica a la cuesta de la Dormida, la Logia Lautarina, la historia del primer revólver que se usó en Chile, los cometas que se han visto en nuestro país y de que se conservan observaciones, el edificio de las Cajas Reales en la Plaza de Armas de Santiago.

Vicuña Mackenna sabía mucho de las familias de Chile. Las genealogías le eran conocidas. Poseía un archivo estupendo de viejos papeles domésticos propios y ajenos. Asuntos como la fantástica herencia de los Chadwick y las aventuras jurídico-sentimentales de don Florencio Blanco y la princesa Olga Troubetzkoi, nos muestran a Vicuña Mackenna cronista de la vida social chilena y en especial la santiaguina.

No debía faltar en el libro el célebre artículo publicado en "El Mercurio" con el título de *No soltéis el Morro*, en que mucho antes de que nadie hubiera imaginado el sentido histórico de esa frase, Vicuña Mackenna levantaba la opinión chilena a la conciencia del valor de Arica y creaba con el solo esfuerzo de su pluma, con su elocuencia y su pasión patriótica la doctrina que más tarde la opinión pública había de imponer a los Gobiernos de Chile durante medio siglo. A justo títu-

lo está esa frase grabada en el pedestal de su estatua al pie del Morro de Arica.

Mencionemos entre los aspectos del genio de este hombre extraordinario su amor a la ciudad natal, su anhelo de embellecerla, su afán de difundir en Chile nociones de la vida agradable, cómoda, refinada. En el artículo sobre los diversos planos que existen de la ciudad de Santiago, desde el rudo trazado del alarife de Pedro de Valdivia, el futuro creador del Santa Lucía, el hombre que caminó 50 años delante de sus conciudadanos e ideó todos los progresos que, arrastrándonos y con torpeza, hemos ido obteniendo después y los que todavía esperamos, se mueve dentro de esos planos con una fe inquebrantable en los destinos de la ciudad y la ve crecer y la desea bella y sana y digna del prodigioso asiento que su fundador le dió en el valle fertilísimo, apoyada contra las cordilleras. Y bastarían sus visionarios estudios sobre Viña del Mar, entonces una mísera aldea, para entender a ese hombre, a quien en su tiempo las gentes graves inimaginativas y pesadas de sangre que lo rodeaban, consideraban algo así como un loco, porque veía más lejos que ellos. Y hemos tardado medio siglo en realizar a medias lo que Vicuña Mackenna proyectaba y entonces se hubiera podido iniciar con menos esfuerzo.

Escritor desigual en el lenguaje y en el estilo, como todos los de su raza de genios exuberantes, como el autor del Quijote y como Honoré de Balzac, aunque sea comparar lo grande con lo pequeño, improvisador des-

cuidado como todo periodista de verdad, apasionado y combativo como todo el que tiene en las venas sangre caliente y no la nieve derretida de un temperamento egoísta, Vicuña Mackenna no puede ser medido por las unidades convencionales con que hacemos la filiación de los mediocres. No cabe en los casilleros hechos a la medida corriente.

En su tiempo, el pueblo lo entendió; era su cronista, su bardo, su animador. "El Mercurio" tuvo el mérito de retenerlo en sus columnas donde tenía una tribuna popular. Y corriendo los años, su figura ha crecido, ha tomado relieves perdurables. Despojada de cuanto adhiere a la personalidad de un hombre de combate y movimiento incesante, aparece hoy como una de las más interesantes que hayan cruzado esta tierra, en que se diría que al pie de la cordillera demasiado grande todo nos resulta demasiado pequeño.

Entre la masa oscura del pueblo estaba el autor de estas líneas. Oía en la niñez su nombre bendecido, aclamado, evocado como un conjuro contra los peligros de la patria, como la esperanza única de las madres que habían perdido a sus hijos en las batallas, de las viudas y los huérfanos y los mutilados de la guerra.

¡Oh, la casa de la Avenida Oriente que hoy lleva su nombre, la casa de donde salían a centenares las hojas cubiertas de su escritura casi indescifrable, para ir a las imprentas de libros y periódicos, a los hogares, en forma de cartas, a todas partes, portadoras de un aliento, una esperanza, una sonrisa amable, una muestra de humana piedad!

Y un día se derrumbó, porque se había dado todo

a sus semejantes, todo a su patria, todo a sus ideales de libertad, a su sueño de un Chile mejor, y nada había guardado para sí en el sublime descuido de una generosidad que los mercaderes de su tiempo y de todos los tiempos llamaron imprevisión y locura.

Y lo llevamos nosotros, los pequeños, los que lo entendíamos, el pueblo que lo amaba y que lo hubiera hecho su guía y conductor si lo hubieran dejado manifestar su voluntad. Lo llevamos a la roca donde se había labrado su sepulcro y su monumento con una emoción que iba sacudiendo a los humildes desde el Morro, que por orden suya no hemos soltado, hasta el Cabo de Hornos que dobló un día camino del destierro.

Hay un bello artículo de Vicuña Mackenna sobre los primeros cincuenta años de "El Mercurio". Cuando, para conmemorar los cien años exploramos los cimientos de la obra fundada por su padre y en que él mismo fué vida y fuerza de progreso por tantos años, nos deslumbraron las manifestaciones de su genio. Por esa misteriosa transmisión de los impulsos espirituales que son la huella de los grandes, comprendimos que había estado siempre presente en el diario.

CRESCENTE ERRAZURIZ

(El hombre. El escritor)

Hay una vieja fotografía de don Crescente Errázuriz anterior a su ordenación sacerdotal. Es un joven que ha pasado los 25 años. El rostro revela autoridad y tiene algo de austero y prematuramente grave. Ninguna afectación denuncia una postura fotográfica. Hay naturalidad perfecta en la expresión. La cara larga y enjuta, la boca fina, la gran nariz, el bigote espeso, el mentón voluntarioso y enérgico, todo habla de raza española. Los grandes ojos oscuros, coronados por cejas muy pobladas, tienen todavía, a través de la imagen descolorida por el tiempo, un fuego de pasión, intensidad de vida interna. La ancha frente alta y con prominencias en los ángulos da la idea de una fuerte vida intelectual. Es un hombre con mucha raza y tipo de la suya.

La vejez, en particular, una vejez tan avanzada como la que alcanzó el señor Errázuriz, mostraba en el rostro que nosotros hemos conocido, aun mucho más acentuados los rasgos fundamentales. Ocurre de ordinario que los caracteres raciales se marcan con los años, y las modificaciones accidentales se borran. Don Crescente tenía de viejo una expresión bondadosa y casi tierna, que no hallamos en su retrato de juventud; el fuego de sus ojos se ha apagado y convertido en una luz penetradora, en una fuerza nueva que desconcierta a los que se acercan al viejo Arzobispo, cuando un ojo clavado

en el interlocutor con la intensidad del sordo y el otro medio cerrado, parece escrutar el pensamiento. La frente luminosa, surcada por el arado de la vida, tiene huellas de un profundo trabajo de la inteligencia y duras disciplinas de la voluntad. Pero la raza se ha acentuado. Cuando lo pintó el eminente español Ramón de Zubiaurre, vasco muy orgulloso de su origen, dijo del gran Arzobispo, fascinado por aquella fuerte cabeza: "Parece un pescador vasco", y a solas lo dibujaba una y otra vez, poniéndole una boina vasca que le daba en verdad un extraordinario parentesco con los hombres de las orillas del golfo de Vizcaya.

Lo había visto bien Rubén Darío. Con la facultad adivinadora y la singular intuición de los verdaderos poetas, Darío escribió unas cuantas líneas sobre don Crescente, cuando era fraile dominico y ya célebre escritor: "Esta cabeza religiosa, dice, está llena de cordura, de ciencia, de erudición y de sutileza. Es una de las más fuertes de Chile". Y más adelante habla de "sus ancestrales cualidades vascas y sus particularidades del carácter nacional que hacen de él "un hombre incrustado en un ministro del catolicismo".

En esas líneas está todo don Crescente. Es un vasco, pero un vasco de Chile. Representa en su expresión más pura a la raza de los colonos que llegaron a fines del siglo XVII y principios del XVIII, cuando ya los andaluces, extremeños, castellanos, estaban radicados en la pobre colonia austral, Ultima Thule del imperio español. Por su energía, su sobriedad y su buena salud física y moral, lograron los vascos adquirir de los otros las mejores tierras, ocupar las posiciones más venta-

josas y, por fin, constituir lo que se ha llamado la aristocracia chilena.

Estos vascos de Chile, de los cuales tanto se ha escrito, conquistaron su ascendiente y su autoridad porque eran menos aventureros que sus hermanos del resto de la Península, porque no vagaban en busca de minas o empresas guerreras, porque se radicaban en el comercio o las faenas agrícolas, sin ambición de hacer rápida fortuna, pero con voluntad para formarla en dos o tres generaciones. Tenían el sentido del orden, la perseverancia tenaz, el hábito de la organización y un grande amor a la libertad. Individualistas implacables, rechazaban por instinto ancestral la intervención de los poderes públicos, civiles o eclesiásticos, en sus actividades privadas, y traían de sus fueros vascos, de la sombra del árbol de Guernica, el orgullo de su raza y de su familia. En el hatillo con que algunos debieron llegar hasta este último rincón, venían siempre algún papel para probar "limpieza de sangre", y el escudo de armas de la tribu. "Los títulos de nobleza de que algunas familias blasonan en Chile, decía una vieja señora de origen vasco, muy pobre y muy orgullosa, nada valen; solían darlos los Reyes de España por razones poco honrosas y hasta se vendían; pero hidalgo de Viscaya se nace y nadie puede dar la hidalguía ni quitarla". Y este amor a la tradición, mezclado con el orgullo de raza, el sentido del orden y la organización, la conciencia de una autoridad heredada y la pasión por el suelo natal y su historia, fueron las cualidades ancestrales que el gran nicaragüense vió en don Crescente Errá-

zuriz, tal vez en una o dos entrevistas, cuando pasó por Chile en su juventud.

La educación de don Crescente en el Seminario de Santiago prolongó el ambiente familiar en medio de un clero moral, celoso, ilustrado y aristocrático, como era el chileno entonces, y dió a su carácter fuerte las disciplinas eclesiásticas que debían temperarlo. Tuvo entre sus maestros a don Joaquín Larraín Gandarillas, otra voluntad férrea asistida por un austero sentimiento del deber y puro ascetismo. Larraín Gandarillas, en un documento que ha sido publicado, juzgó al estudiante Errázuriz "un joven que revela capacidad intelectual aventajada. Su conducta, añadía, ha sido siempre muy buena, es vivo de carácter y estimado por sus compañeros por lo bondadoso que es con todos ellos". Creía que debía ser admitido en el clero y predecía que habría de ser más tarde "un distinguido eclesiástico".

Pero no era sólo la disciplina moral y castigo constante de la voluntad propia, negación de la personalidad, lo que el Seminario daba a don Crescente. Lo armaba al mismo tiempo de una enseñanza intensa de la filosofía hecha entonces como ya no se hace, lo preparaba en los recursos de la dialéctica, le formaba el hábito de poner en orden sus pensamientos, la inclinación a buscar la esencia de las cosas, le infundía la fe en los principios absolutos y la desconfianza de las novedades ideológicas a que fácilmente llega el que conoce la historia de la filosofía y ha visto florecer y marchitarse y morir y caer en olvido tantas doctrinas.

La educación del Seminario, como la del Instituto Nacional, tenía entonces base humanística, y después

de la Filosofía, era la latinidad el fundamento de la cultura. Don Crescente aprendió en el comercio de sus clásicos latinos la sobriedad, el buen gusto, la elegancia, cimientos del arte literario; y así como los escolásticos le habían enseñado a pensar, el latín le enseñó a escribir y envolver sus pensamientos en una forma bella. Desde entonces supo y practicó lo que le ha distinguido entre sus contemporáneos chilenos: que no hay el derecho de escribir si no es para producir obra bella, para crear una armonía de pensamiento y forma en que las proporciones deben guardarse y el ritmo interno y externo causar deleite en el que lee. Sus lecturas de clásicos castellanos, también entonces en manos de los estudiantes, acabaron de adiestrarlo en el manejo de este noble instrumento que es la lengua.

En sus últimos años decía don Crescente que su primera reputación de buen escritor le vino de que servía de secretario a su tío, el Arzobispo Valdivieso, y el público solía atribuirle artículos que el prelado le dictaba e iban a la imprenta con la caligrafía del sobrino y encargo de guardar reserva acerca de las actividades periodísticas del sabio, enérgico y combativo contendor del Presidente Montt. Alguna verdad había en esto, porque el Arzobispo, formidable jurista, escribió artículos de polémica y aún los escritos oficiales en una histórica disputa con el poder civil; pero don Crescente exageraba por modestia, y si bien muchas veces le tocó moderar la prosa, de ordinario áspera, de su ilustre tío, sus propios escritos, no menos fuertes en la argumentación, aventajan a los otros en la elegancia de la forma.

Escritor por vocación, por instinto, por sentido intuitivo del arte literario y por una preparación humanística completa, don Crescente nada escribió que no tuviera esa cualidad suprema: la elegancia. En medio de agitadas polémicas, a veces próximas a degenerar en disputa personal, como la que sostuvo con el eminente jesuita Villalón, el señor Errázuriz jamás perdía el equilibrio perfecto de la forma, la dignidad del estilo, la distinción de maneras, la cortesía, aunque sus argumentos fueran enérgicos e inflexible su doctrina. Y es este cuidado de la forma y respeto de la persona del adversario lo que hoy permite reconocer su mano en la redacción del "Estandarte Católico" en períodos de apasionadas discusiones político-religiosas.

¿Quién podía disciplinar su lenguaje y su estilo en la labor periodística y doctrinaria, mejor podía hacerlo en los libros de historia, escritos en el retiro del gabinete y hasta en el fondo de un claustro. La primera cualidad de esos libros es la animación del estilo, cosa rara en los historiadores chilenos de esa época, que parecen estar bajo el influjo de la excesiva lectura de los documentos y crónicas coloniales. Son en verdad pocos los escritores chilenos de aquel período que hayan cuidado el lenguaje y poseído un estilo personal. Si nombramos a don Miguel Luis Amunátegui de "Los Precursores", y a don Ramón Sotomayor Valdés, que escribió poco pero muy correcto, será difícil encontrar otro historiador con cualidades literarias, por más que en algunos el valor de la investigación sea muy grande. Y aún esos no aventajan a don Crescente Errázuriz.

riz, más correcto que Amunátegui y más natural que Sotomayor.

Errázuriz hace el relato histórico sin desdeñar los detalles. No es un escritor sintético ni mucho menos. Pero sabe elegir los detalles de suerte que, agrupados y transmitidos al lector a través de su propio temperamento de escritor, dan la sensación de una época, pintan costumbres, retratan hombres, en suma, tienen vida. No es la filosofía de la historia, pero es el resumen en que siglos enteros se caracterizan por unos pocos años, como en "Seis años de la Historia de Chile", o por un nombre, como en su definitivo estudio sobre Pedro de Valdivia, dramática figura de los comienzos de nuestra historia que lo atraía como un símbolo o grande alegoría.

Declara en el prólogo de los "Seis años", que ha tenido como base los documentos acumulados por Barros Arana y Vicuña Mackenna, a quienes agradece el acceso a esas fuentes. Pero lo que en Barros Arana se convertía en una narración seca y fría, lo que en Vicuña Mackenna era el origen de seminovelesca y artística interpretación, en manos de don Crescente Errázuriz conservaba la escrupulosa fidelidad de lo esencial y por una admirable selección de los materiales, producía en el lector, con sobriedad y elegancia, la impresión que el escritor mismo había recibido después de meditar sobre aquellos materiales muertos. En sus libros el documento se anima, se colora, se hace pintoresco; el historiador lo ha asimilado y hecho entrar en su relato. A veces sólo se reconoce por las comillas la cita del documento, viejo papel de archivo o pasaje de un cronicón,

de tal manera el escritor lo ha incorporado a su obra y hecho una sola cosa con ella.

El retrato del gobernador don Francisco de Quiñones, las incursiones de los corsarios ingleses y holandeses, los cuadros de la miseria de Chile en aquel triste fin del siglo XVI y comienzos del XVII, la ruina de las ciudades arrasadas por los indios, la historia del monasterio de las Isabelas en Osorno, la crueldad de los conquistadores y la de sus feroces enemigos, la personalidad de don Alonso de Rivera, gallardo soldado de Flandes y escandalizador primero de la recatada sociedad santiaguina, la figura misteriosa del Gran Pecador, personaje digno de Walter Scott, y tantos otros episodios de ese libro encantador, darían y han dado material para relatos de historia novelesca que no lograrán ser más interesantes que el del señor Errázuriz.

Muestra siempre en sus libros el señor Errázuriz una gran independencia de criterio para juzgar a civiles y eclesiásticos. De nada se espanta. Y cuando los episodios tienen un carácter regocijado, el autor desliza por debajo de su narración una simpática ironía y sentido del humor que son, sin duda, parte de su temperamento personal. En todo lo que escribe parece gozar él mismo con su relato, y la vida y animación provienen de que, antes que el lector, la emoción la tuvo él mismo y no ha hecho esfuerzo ni violencia para comunicarla al que lee.

Nunca salió de su pluma una línea sin esta huella de una creación artística, producto de sensibilidad y emoción, como medios de hacer llegar al lector lo investigado y meditado. Sus cartas son de una gran elegancia.

cia y cuando tuvo que pronunciar algún discurso, y era poco aficionado a la oratoria, hizo trozos de notable belleza. A los 80 años y para agradecer los agasajos que el Gobierno de la República le tributaba al ser elevado a la Sede Arzobispal de Santiago, hizo una breve oración que, todas proporciones guardadas, evoca por su nobleza y elegancia a Bossuet. Y sus pastorales, las que él escribió y son inconfundibles, tienen la dignidad y distinción espiritual de los mejores tiempos de la Iglesia.

De las cualidades que Rubén Darío había adivinado en don Crescente Errázuriz, la vida había afinado más que otra alguna la sutileza. Su entendimiento se había hecho penètrante, su ingenio criollo tenía agudezas inesperadas en la ancianidad. Bastaba estar bajo la fascinación de su mirada fuerte y amable a un tiempo para sentir la perspicacia con que juzgaba hombres y cosas. Vivió y a veces estuvo mezclado a los más graves acontecimientos de su tiempo, por las consultas incessantes de los políticos, gobernantes y escritores. Había acumulado una enorme experiencia sometida a severa crítica por medio de sus conocimientos de historia, y en especial la de su patria. Sabía mucho del pasado, conocía bien el presente y su mirada se hundía en el futuro que veía con inquietud amarga.

Algún aficionado de buen gusto retrató a Monseñor Errázuriz en el Cerro San Cristóbal, en los primeros tiempos de su Episcopado, cuando aun podía hacer esos largos paseos que tanto amaba y en que su charla con algún amigo predilecto era siempre digna de haberse recogido por escrito. Se le ve en esa fotografía de pie, en la fãlda de la montaña, al borde de un corte brus-

co y delante de él, a sus pies, la ciudad se pierde en una lejanía borrosa. Solemne, erguido, con la majestad de sus últimos años y en que se había convertido la elegancia de su juventud, recoge con una mano el manteo entreabierto que deja ver la cruz pectoral, y con la otra, en un gesto desprendido de su cuerpo, parece marcar con el bastón un punto en la tierra. La mirada serena y melancólica, la actitud reflexiva y el ligero pliegue doloroso de sus labios de anciano denuncian una meditación triste. He ahí la ciudad amada, su cuna, su campo de acción, el horizonte de su infancia y de sus días postremos. La conoce como si fuera toda ella su casa; puede poner un nombre a cada calle, cada plaza, cada grupo de árboles, cada campanario, casi a cada habitación. Sabe toda la historia, desde que el capitán extremeño acampó con sus huestes al pie de la colina rocosa que ahora parece un manojito de verdura. ¿Qué guardará el futuro? El anciano se entristece, porque lo sabe lleno de dolores. El se marchará pronto. No tiene muchos deseos de que Dios le prolongue esa vida suya sobre la cual pesa la cruz del cargo pastoral con responsabilidades que la vejez agrava. Acaso en ese momento pasa por su alma el pensamiento que Alfred de Vigny prestó a Moisés: también él ha envejecido poderoso y solitario, y pide al Señor que lo deje dormir el sueño de la tierra.

Si las gentes más cultas lo admiraban y algunos solían buscar como oráculos sus opiniones; si personas de las más opuestas tendencias políticas, creyentes o incrédulos, hablaban de él con respeto, también el pueblo lo entendía y lo admiraba. Las muchedumbres tienen una maravillosa intuición para entender al que siente

como una encarnación genuina de las grandes y mejores cualidades de la raza. La multitud que seguía por las calles de Santiago su cortejo fúnebre semejante a una apoteosis, la que invadía las naves de la vieja Catedral, sabía que aquel hombre había sido ante todo un chileno con todos los rasgos espirituales del fondo del alma nacional. Esa multitud reconocía en Monseñor Errázuriz, por debajo de la deslumbradora luz de su talento cultivado y refinada cultura, a un hombre fuerte, sobrio, combativo, cuando el caso lo requería; bondadoso, irónico, buen apreciador de un chiste, capaz de usar el lenguaje popular para colorear el suyo propio, especie de flor suprema de una nacionalidad en que todas las virtudes y defectos están como sublimados.

Mientras se desenvolvían en la Catedral los solemnes ritos funerales y se abría la cripta donde había de reposar, pensábamos que, más que a un hombre, estábamos enterrando la última página de un gran capítulo de la historia de Chile. Con él se iba el postrer representante del Gobierno de la República, por una selección hecha en la raza a lo largo de los años y perfeccionada por la educación y la práctica del servicio social. Era de esa selección que organizó a Chile, que le dió una Constitución, orden, progreso intelectual y material, consistencia y dignidad de gran nación cuando era pequeña, pobre y apenas conocida. Era el último de esos hombres que tenían el sentido de la democracia en la libertad y la religión del Derecho, grande amor a su tierra y orgullo de ser chilenos. Su mentalidad podía ser tildada de insular. Aislados entre el mar y las cordilleras, con el desierto de Atacama al norte y el Cabo de

Hornos en el extremo austral, habían crecido con el convencimiento de que esta República, fundada por sus padres, era lo mejor del mundo y lo único para lo cual valía la pena trabajar.

Eso que se ha llamado después "la oligarquía", el núcleo de familias entre las cuales se hacía el Gobierno del país y en que el señor Errázuriz había nacido, tenía muchos puntos de analogía con la aristocracia de terratenientes británicos. La política, el servicio del Estado, el desinterés en la obra de engrandecer a la nación, el orgullo patrio y el espíritu de tribu y de clase, eran parte de la herencia ancestral. Fueron educados para eso y sentían toda la responsabilidad de ocuparse en los intereses de la colectividad. Escépticos en el fondo y con repugnancia a todos los lirismos políticos que infestaron las Repúblicas americanas, fríos y reservados, querían orden, legalidad, honradez pública, una armazón constitucional seria para poder trabajar en paz, ganar algún dinero, criar muchos hijos y vivir su vida libre de individualidades fuertes y familias bien organizadas.

La nación que los hombres como Monseñor Errázuriz habían formado se parecía también a la antigua Roma. Era una República de juristas y soldados, éstos sometidos a aquéllos. Y sus juristas eran de formación romana, enganchados en los principios del derecho latino, sea en forma directa, sea a través del francés por lo que tenía de romano. Cuando no estaban haciendo códigos o reformando sus instituciones fundamentales, cuando no se veían arrastrados a una guerra, solían es-

carbar en los archivos los orígenes de su patria y escribían libros de historia. Bastaba encontrarlos fuera de Chile, para ver escritos en su ademán y en sus palabras el orgulloso lema: "Civis chilenus sum".

Esa organización social gobernó a Chile durante unos 80 años. Como todo lo humano, entró en descomposición, se debilitó, comenzó a ser expulsada de sus posiciones por los hombres nuevos, a quienes la misma oligarquía había dado instrucción gratuita y que la superaban en moderna cultura. Y, por fin, un día soltó de sus manos, que ya no eran fuertes, ni hábiles, ni ágiles, el timón del Estado.

Los últimos años de Monseñor Errázuriz fueron majestuosos. Eran la puesta de sol de una época. Se le amaba. Se buscaba su sociedad. Se le mostraba a los extranjeros como una gloria nacional. Pero él tuvo siempre el buen gusto y la ingénita distinción de conservar la extrema sencillez de su vida y su trato. No aprendió jamás a ser ceremonioso y prefirió que su autoridad obrara por el solo prestigio de su nombre, de su ciencia, de su bondadoso temperamento y la simpatía que irradiaba su personalidad.

Cuando cumplió 90 años, obreros y damas, gentes de la más variada condición social y de todos los credos, pasaron bajo sus balcones aclamándolo. No sabía tomar actitudes solemnes y su ingenio socarrón le inspiraba ideas burlescas; preguntó, al ver el interminable desfile de grupos con banderas, músicas y delegaciones que parecían idénticas unas a otras: "¿No estarán pasando de nuevo los primeros, como en las óperas?" Y al

año siguiente, a las jóvenes católicas que le pedían autorización para organizar otro desfile: “Gracias, gracias, pero estas manifestaciones yo no las consiento sino cada diez años”. Y sonreía con la malicia de sus ojos todavía luminosos.

ALBERTO BLEST GANA.

La casa de don Augusto Matte en la Avenue Montaigne era por entonces una de las más hospitalarias entre las residencias permanentes de chilenos en París. El ilustre hombre de Estado, que no ejercía función pública alguna, vivía consagrado a la educación artística de su hija Rebeca, y era aquel hogar uno de los pocos fácilmente accesibles para un joven desconocido, anónimo y recién desembarcado con un bagaje de sueños literarios que el deslumbramiento de París durante la Exposición de 1900 no hacía más que enriquecer.

Allí vi entrar una tarde a un caballero pequeño, de rostro delicado en que la piel tenía la tersura de unas mejillas infantiles, gran calva reluciente que limitaban cabellos muy albos como su grueso bigote y la perilla militar, vestido con una elegancia sobria, en cuyo ojos claros y ligeramente velados por una especie de ensueño había una placidez amable, y que saludaba con igual afeblidad a todos. Era don Alberto Blest Gana, el autor de las novelas que yo leía de niño en la Biblioteca del Instituto Nacional, inspirador de mis primeros anhelos de escritor, de novelista, de pintor de costumbres nacionales.

El señor Matte, genialmente alegre y gran aficionado a la broma, le explicó que era un periodista, un escritor metido a diplomático, y le hizo una descripción picaresca de mi llegada a París pocos meses antes, comparándola con mi segunda visita para conocer la Exposición. "Cuando llegó a Chile, decía, tenía el aire tí-

mido de un seminarista, traía todavía sobre la cabeza los tejados coloniales. Pero es una maravilla la adaptación al medio y ya está transformado. Mírelo usted (agregaba, señalando mi larga levita británica que era entonces el traje de rigor en Inglaterra, donde yo tenía el más modesto de los empleos diplomáticos), ahora parece un cura protestante". Y así fui presentado al célebre novelista para quien la amistad protectora y cariñosa que debí por tantos años al señor Matte, era la mejor introducción.

El señor Blest Gana me hizo un interrogatorio cuidadoso. En qué diario había escrito. Qué opinión tenía de la prensa de Chile. Cómo la comparaba con la francesa. Qué hacían los escritores tales y cuales, amigos suyos. Qué escritores nuevos conocía yo y qué pensaba de sus trabajos. En el respaldo de una tarjeta le apunté los nombres de jóvenes poetas y de algunos de los autores de cuentos que comenzaban entonces a darse a conocer y publicaban sus trabajos en pequeñas revistas casi inéditas que no llegaban a sus manos.

De aquella primera conversación guardo una impresión clara: el señor Blest Gana no admiraba mucho la prensa francesa. Le reconocía ingenio, vivacidad, celebraba ciertas personalidades de escritores brillantes, pero no estimaba mucho su moralidad. Me aconsejaba que estudiara la prensa inglesa y que al volver a mi país procurara que se mantuviera la nuestra dentro del criterio de imparcialidad serena, de impersonalidad y de austeridad que entonces representaban en Chile "El Mercurio" y "El Ferrocarril".

Invitado a su casa, conocí la tertulia que en el ho-

tel de la Rue Cristophe Colomb presidía la señora de Blest Gana, tertulia íntima y curiosa, salón donde se mezclaban los mundos más variados, en que había muchos chilenos, sudamericanos de todos los climas, generales que habían sido presidentes, escritores del trópico, nobles franceses, periodistas conocidos, políticos que habían tenido su hora de notoriedad.

El novelista había producido ya "Durante la Reconquista" y probablemente escribía o simplemente estudiaba "Los Trasplantados". En torno suyo giraba una multitud de tipos interesantes que debían estar acumulándose en su mente observadora y penetrante para producir los caracteres de la penúltima de sus grandes novelas.

A su lado había un espíritu fino, agudo, una mujer de mundo en el más alto y noble sentido de la expresión. La señora de Blest Gana hacía su labor a la luz de una lámpara, mirando de cuando en cuando a los visitantes por encima de sus gafas, hablando poco, discreta y reservada. Treinta años de vida europea, en medio de una sociedad cosmopolita, no le habían hecho perder uno solo de los rasgos de la dama chilena de su época, pero habían aguzado en ella su natural instinto de la psicología de los demás y le habían dado una experiencia del mundo un poco escéptica, sin dejar de ser benévola. Quien la haya conocido íntimamente, estoy cierto de que hallaría en ella la observadora de caracteres y tipos que podía dar al novelista la clave de muchos movimientos de las almas, de esos que se escapan al hombre más hábil y que son como un libro familiar para los ojos agudos de una mujer inteligente.

Una noche el señor Blest Gana me llamó a un lado y me presentó a un personaje singular, un viejo grueso con grandes *favoris* que habían sido rubios y se habían vuelto de un gris sucio; que se sentaba en la penumbra para defender sus ojos enfermos. Era M. de Blowitz, el célebre corresponsal del "Times" en París, el hombre que había burlado a Bismarck durante el Congreso de Berlín, el que había hecho la primera entrevista a un Papa, conversando con León XIII sobre los problemas de la Francia republicana, el periodista por quien yo tenía una admiración fanática y me parecía el hombre más digno de envidia que había entonces en el mundo.

Blowitz, en la cumbre de su autoridad, solicitado por los Gabinetes europeos y por los soberanos, verdadero director de la política internacional en el "Times", era un amigo del señor Blest Gana. Aquel mismo año y en el siguiente de 1901, aparecieron en el gran diario de Londres, que entonces podía derribar a un Gobierno con un editorial, algunos artículos en que nuestra disputa de límites con la República Argentina estaba expuesta con un criterio que mostraba la tesis chilena muy favorablemente. Esos artículos, en que a veces se refería Blowitz a sus conversaciones con un diplomático sudamericano, fueron para mí transparentes desde que conocí al gran corresponsal en casa del señor Blest Gana. El buen servidor de Chile, alejado de toda función pública, ponía sus influencias, su autoridad, sus relaciones de más de un cuarto de siglo de vida parisiense en un medio elevado, al servicio de la causa de su país. Ningún Ministro de Chile con todos los millones que

hubiera podido gastarse en propaganda, habría logrado insertar cuatro líneas en el "Times". Blest Gana había obtenido que el más alto periodista del mundo en esos días expusiera la causa de Chile.

En una de esas visitas a París, durante el año de 1900, el señor Blest Gana me invitó a recorrer en su compañía la Exposición Universal, aquel prodigioso conjunto de renovaciones artísticas, suma del progreso de un siglo, centro de espectáculos de una fantástica belleza, que fué un pésimo negocio y efectuó una revolución no siempre feliz en las formas del arte aplicado a la industria. Entramos en el recinto enorme, cuya visita completa exigía varios días, cuando recorrían las avenidas de palacios blancos destinados a vivir unos pocos meses unas comparsas y carros alegóricos. Era la Fiesta de las Vendimias, dirigida por Jules Claretie, director de la Comédie Française, desfile maravilloso de carros que representaban el Borgoña y el Champaña, el vino de Burdeos y el Mosela, toda la rica gama de los jugos deliciosos que el sol engendra sobre el suelo fecundo de las diversas regiones de Francia. Tras los carros marchaban las figurantas y bailarinas de los teatros de París, vestidas a la usanza griega, con tirsos coronados de pámpanos, gritando: ¡Evoé! ¡Evoé!, mientras se agitaban en danzas que celebraban la vendimia al son de las flautas y tamboriles de músicos provenzales.

El señor Blest Gana miraba aquel desfile sonriente y escéptico, gozando sus aspectos bellos, pero sin dejarse convencer, moderando con observaciones irónicas mis entusiasmos. Cuando al final de la procesión bá-

quica desfilaron el prefecto de policía de París, un hombre alto y seco, y M. Claretie, vestidos de levita y con sombreros hongos, el novelista chileno no pudo contener su burla y rió agudamente del contraste entre aquellas bacantes de pega y los dos buenos burgueses vestidos a la manera francesa.

Entonces me habló con más franqueza que otras veces y tuve la mayor sorpresa que me reservaba la observación de su carácter. El señor Blest Gana no se había aclimatado jamás en Francia, vivía espiritualmente tan extranjero en aquel país como el día que había llegado a él, treinta años antes, sólo que lo conocía mejor. Su espíritu era esencialmente criollo, chileno, hijo de su tierra, de su tiempo, con una ligera modificación en las tonalidades del pensamiento y de los gustos producida por su sangre británica. Yo le oía escandalizado. Llevaba en el alma un entusiasmo por la Francia y cuanto a ella se refiere, que mis rápidas visitas a París no habían hecho más que acrecentar. El maestro estaba frío y juzgaba con severidad. Su admiración por Francia en conjunto, por su prodigioso sentido de la belleza y su instinto de la medida, del ritmo y las proporciones, no le impedía descubrir defectos y señalarlos.

Blest Gana vivía en Chile con todos sus afectos patrióticos, con todas sus ternuras poéticas de artista, vivía dentro de su raza, con sus prejuicios, sus independencias, sus pasiones y sus sinceridades. Blest Gana no era, no fué nunca un trasplantado. Acaso fué un desterrado voluntario por la fuerza de circunstancias que no son raras en la vida de los diplomáticos que forman una familia fuera del suelo natal. Y si bien estuvo siempre

libre de preocupaciones materiales, debió en lo moral sentir aquella amargura que el Dante describe en un canto del Paraíso, cuando habla del sabor de sal del pan extranjero.

De su origen británico tenía el señor Blest Gana algunas características que conservó toda su vida. Era atildado en el vestir, sobriamente elegante, con esa naturalidad y discreción de la elegancia masculina británica que no se muestra en colores ni en líneas atrevidas, sino que parece más bien querer ocultarse, cuya distinción consiste en tratar de no distinguirse. El cuidado de su persona era en él un hábito y una necesidad. Su toilette era lenta y prolija; salía de ella immaculado, correcto, dando siempre una sensación de elegancia natural. Sus bellas manos bien manicuradas tenían líneas aristocráticas que la vejez no logró destruir. Eran manos de artista y de gran señor.

Cuando vinieron días oscuros para Chile y parecía inevitable la guerra con la República Argentina, el señor Blest Gana fué a Londres para asistir con su consejo a su primo don Domingo Gana, Ministro de Chile, que dirigía allí la defensa de nuestra causa ante el Tribunal Arbitral. Los dos diplomáticos se amaban profundamente. Don Domingo Gana, de quien era yo secretario, me hablaba de don Alberto Blest Gana con una admiración sin reservas y fundaba grandes esperanzas en su consejo para la preparación del alegato que debíamos presentar al Tribunal. Fuí encargado de exponer al señor Blest Gana el estado de la cuestión y pasé con él algunas horas en su residencia en el Hotel South Kensington, haciéndole una relación de los traba-

jos del grupo de los defensores de Chile que eran, con el Ministro, el consultor jurídico don Máximo R. Lira, el perito don Alejandro Bertrand, hombre de una laboriosidad y un talento de primer orden, y el geógrafo alemán Steffen, gran servidor de nuestro país.

El señor Blest Gana conocía la cuestión argentina como si nunca hubiera dejado de seguir sus más menudas incidencias. Juzgaba nuestro caso con una frialdad perfecta, veía claro y franco en el fondo del problema y con un conocimiento muy hondo de la mentalidad británica y de la política americana, expuso entonces el probable resultado final de la disputa con acierto casi profético. Su opinión fortaleció la de don Domingo Gana, que con energía patriótica y valentía moral, que sólo los íntimos podíamos apreciar en aquel hombre modesto y reservado, fué, a mi juicio, el primero de nuestros estadistas que, con el Presidente Errázuriz, se dieron cuenta de la realidad y procuraron enderezar el litigio hacia su único desenlace lógico dentro de los antecedentes que los años habían acumulado y que todas las habilidades criollas no podían alterar.

Su edad avanzada y sus hábitos de regalo en una vida metódica y regulada minuto a minuto, no impidieron que Blest Gana aceptara la representación de Chile en el Congreso Panamericano de Méjico. Fué en esa asamblea el centro de una diputación brillante que nos salvó de algunos de los más agudos peligros internacionales que hemos corrido en este país de conflictos permanentes. Con él estaban don Augusto Matte, don Joaquín Walker Martínez y don Emilio Bello Codesido. Conocí a través de las comunicaciones oficiales y de

cartas privadas la labor de Blest Gana en esa ocasión, y tengo el convencimiento de que el más viejo de los delegados fué en muchos momentos la inteligencia más ágil, más equilibrada, más sagaz, aún al lado de hombres tan excepcionalmente brillantes y hábiles como sus compañeros en esa misión.

Por muchos años no vi al señor Blest Gana. Yo atravesaba París rápidamente o hacía en la ciudad una vida semioculta, huyendo un poco de la colonia chilena, con cuyos hábitos de lujo y de ociosidad no podía competir un trabajador que debía ganarse el pan.

Volví a verlo en 1916, durante un invierno crudísimo y cruel en que París se moría de frío bajo el hielo que había inmovilizado el Sena, sin carbón, sin hombres que limpiaran sus calles, en medio del horror de la guerra.

El hogar del señor Blest Gana había sido deshecho. La compañera de más de medio siglo, a quien dedicara una de sus obras, había partido para siempre, y la vida de ilustre escritor había sido perturbada en su método y su blanda rutina por la catástrofe mundial.

Ese año y el siguiente vi varias veces a don Alberto Blest en su departamento del Hotel Majestic. La crudeza de la estación le impedía muchos días dejar el lecho. Recibía en su dormitorio y en torno suyo se agrupaban unos pocos amigos fieles que aun no habían partido de París. Sentado en la cama, estaba elegante como siempre. Ni los años y las enfermedades, ni el terror de los tiempos le habían hecho perder aquel delicado instinto de cuidar su persona. Era un viejo hermoso, con la misma tez limpia y tersa de veinte años antes,

con cierta coquetería amable y distinguida en la manera de recibir a la pequeña corte de fieles que acudía a darle conversación. Conservaba una especie de extraña juventud en la mirada que era siempre viva, penetrante, observadora y siempre se perdía a ratos como en un sueño lejano. Sus manos tendidas sobre las sábanas, muy pálidas y con venas muy azules, tenían todavía gestos elegantes. Las señoras que lo visitaban oían de sus labios frases galantes, joviales.

Un día que estaba sólo me habló de Chile y durante largo rato me hizo preguntas y preguntas sobre el país, sobre hombres y cosas, sobre personajes políticos, sobre escritores, sobre gente de la sociedad. Vivía en Chile más aún que antes. Su memoria admirable de los hechos y las figuras remotas recorría las calles de Santiago, entraba en los hogares, doblaba las esquinas, se paseaba por la vieja capital que había descrito y en la cual su pensamiento había morado tanto tiempo con todo el amor de una nostalgia inconfesada. Se olvidaba de hechos recientes; pero todo lo que había ocurrido veinte, treinta, cuarenta años, medio siglo atrás, se presentaba vívido, luminoso, con detalles merudos a su imaginación tan fuerte entonces como cuando escribió "Durante la Reconquista" y "El Loco Estero".

Su visión de Chile no era sólo clara, sino que además era profunda; los rasgos del carácter nacional, el temperamento de los individuos, los caracteres, las virtudes y los defectos, las historias de familia, las intrigas políticas, todo lo veía, y en la relación de todo esto que yo seguía fascinado, ponía un punto de ironía bur-

lona y amable, que nunca era maldiciente, pero jamás permitía ingenuidades.

La guerra lo interesaba. Creía en el triunfo de los aliados, pero veía los defectos de la organización, las causas de los éxitos alemanes, los puntos débiles de la gloriosa y espléndida defensa del territorio francés y del magnífico esfuerzo de la improvisación militar británica. Cada vez que visité el frente, quiso saber la impresión directa de lo que había visto y me interrogó con ansiedad. Uno de sus nietos, el hijo de la baronesa de Batz, un niño de 20 años, peleaba en el ejército francés.

Y vinieron los días de la escasez de alimentos, de la penuria de combustibles, de los raids aéreos, del bombardeo. El anciano no dió jamás señales de desaliento, nunca se quejó, nunca mostró esa inquietud y agitación con que la ancianidad suele probar que el instinto de conservación es más fuerte cuando ya hay menor número de días que conservar. Estuvo siempre tranquilo y su fe en el triunfo final no se amenguó. En torno suyo la piedad de su hija Blanca, mujer de noble carácter y aguda inteligencia, que le había consagrado su vida, velaba sin cesar, apartándole toda causa de molestia, tomando sobre sí muchos dolores, creándole a veces una atmósfera de quietud artificial, de paz y de calma, mientras afuera rugía la guerra, rondaba la miseria, y en los hospitales, donde ella trabajaba como enfermera, imperaban el dolor y la muerte.

El novelista leía siempre. Un día me dijo que jamás había dejado de leer novelas. "Soy un viejo frívolo, me decía, y no he podido perder este gusto por la

novela, los cuentos, las obras de imaginación; pero ahora, añadió, como tengo la cabeza tan llena de estos horrores de la guerra, no quiero leer libros tristes o que me obliguen a un esfuerzo mental, y Ud. se reirá cuando le diga que sólo leo novelas policiales; hay algunas muy bien escritas, especialmente en inglés. El autor de la "Aritmética en el amor" agotó en sus últimos años la biblioteca de Sherlock Holmes, de Arsene Lupin, de los héroes de Gaboriau y de Leblanc.

Al borde de los 90 años don Alberto Blest Gana estaba bajo ciertos aspectos maravillosamente joven. Tenía esperanzas, tenía ilusiones, tenía una visión poética de la vida y parecía defenderla del contacto con las duras realidades en medio de las cuales terminaba su existencia. "Cuando vuelva Ud. en la primavera, me dijo la última vez que lo vi, ya podré salir e iremos juntos al Bosque de Boloña; no hay nada más hermoso en el mes de mayo, cuando hay castaños en flor y todo los árboles se envuelven como en una gasa ligera de color verde muy delicado que son los primeros brotes".

No lo vi más. Pero puedo imaginarlo celebrando el restablecimiento de la paz, la victoria de los aliados, asistiendo tal vez a la marcha triunfal bajo el Arco de la Estrella, viviendo la hora de la revancha, él que había vivido la del desastre. Un día me había dicho, después de lamentar que en Chile hubiéramos llevado tan lejos la germanización militar: "Estos soldados franceses son magníficos, aunque no lo parecen, porque van mal vestidos; mírelos Ud. cuando desfilan y notará que son fuertes, nerviosos, ágiles; creo que tienen un poder de resistencia maravilloso; lo único que les falta es la

aureola que da una victoria; cuando la tengan, volverán a ser el primer ejército del mundo como en los tiempos de Napoleón". Esto que decía en plena paz, cuando nadie imaginaba una gran guerra europea, alcanzó a vivirlo.

¡Hombre privilegiado! Vivió intensamente casi un siglo, asistió a los episodios más grandiosos y terribles en su tiempo, a la guerra del 70, a la comuna, al nacimiento de la tercera República, al desenvolvimiento de todos los problemas sociales y económicos modernos, a la Gran Guerra y su desenlace. Todo lo vió con la claridad de su mente que nunca se turbó, con la agudeza de su espíritu de observación que jamás se debilitó, con su curiosidad intelectual que ni un día se amortiguó. Pero su alma estaba en Chile con la fuerza de un afecto patriótico tierno, poético, que resistía a todo, que ningún desencanto marchitaba. Y, sin duda, al morir, su tierra entre el mar y la montaña, su ciudad colonial, sus amigos, las sonrisas y las luchas de su juventud lo rodeaban y le hacían cortejo mientras entraba en la inmortalidad.



DIEGO BARROS ARANA

Cien años después de su nacimiento y treinta después de su muerte, la personalidad de don Diego Barros Arana ha crecido, se ha hecho más nacional, sin perder nada del brillo que tuvo entre sus contemporáneos durante una larga vida pública.

Fué un hombre de fuertes pasiones, como todos los que están destinados a crear algo. Tuvo intransigencias propias de los convencidos. Combatió a veces con agresividad en el campo de las ideas. Despertó admiraciones fanáticas y hondas animosidades. Pero acalladas hoy las tempestades de su tiempo, apagados los ardores de las luchas político-religiosas en que peleó, puede afrontar el juicio de la historia con caracteres perdurables.

Nació de una familia que poseía bienes de fortuna y alta influencia social. Pertenece a eso que se dió en llamar la oligarquía santiaguina, aristocracia organizadora de este país y conductora de sus destinos durante todo el siglo anterior. Barros Arana justifica la autoridad de ese grupo social por su prodigiosa labor intelectual, sus servicios a la cultura y su afán patriótico de ver a Chile engrandecido y respetado.

Sólo en esa condición social podía entonces un joven como Barros Arana hallar medios de cultivar su espíritu, de salir más allá de los programas de los colegios y emprender la tarea de amueblar su entendimiento, orientándose hacia el estudio apasionado de la histo-

ria y la geografía de Chile. Su padre estaba tras de sus estudios, orgulloso de ellos, dispuesto a suministrar los medios para proseguirlos, aun cuando más tarde habían de exigir viajes y otros cuantiosos gastos.

De los tres grandes caracteres de la mentalidad de Barros Arana, la fijeza de ideas, la perseverancia en los propósitos y el sentido crítico, los dos primeros se manifiestan desde su adolescencia. Tenía 17 años cuando ya se diseñaba en su espíritu el anhelo de estudiar la historia y geografía de Chile. Pronto la vieja Biblioteca Nacional, entonces muy mal organizada, así como los archivos de la Real Audiencia y otros del país, tenían pocos secretos para él. Y de entre el polvo de aquellos papeles, que hasta entonces nadie había escarbado con propósitos de investigador, salió la resolución de escribir la Historia General de Chile.

Pero esos archivos chilenos sólo habían abierto su apetito de conocer íntimamente el desarrollo histórico de su país, sólo habían servido para indicarle las fuentes donde debía ir en busca de los rastros de la dominación española en América, desde el descubrimiento hasta la Independencia.

Salió de Chile cuando aun no tenía treinta años, reputado ya en su patria como uno de los investigadores más serios y más cultos. Trabajó en los Archivos de Indias y de Simancas, en el Real de Madrid, en todas las grandes bibliotecas españolas, en el Museo Británico, en París y en Leipzig, dondequiera que el encadenamiento de unos documentos con otros le iba mostrando nuevos rumbos.

Barros Arana había tenido desde muchacho esta

pasión de la historia y la iba acrecentando a medida que vivía, que aprendía, que poblaba su mente de las visiones precisas de otras edades. Y este amor a la historia de Chile era en él la forma útil y práctica que tomaba su amor a la patria, cuya grandeza presentía al examinar los siliars sobre los cuales la raza española había creado nuestra nacionalidad.

El trato de hombres eminentes que en Europa lo recibieron y le dieron facilidades, como Gayangos, Modesto Lafuente, Hartzenbusch, Durán, Canga Arguelles, el viejo editor Rivadeneira, que había sido propietario de "El Mercurio", abría horizontes al joven chileno. Todo contribuía a desarrollar el profundo sentido crítico con que sometía a examen los documentos, sin dejar nada al azar, procediendo como el minero moderno, bajo la dirección de principios que son como las leyes geológicas de esas estratas que los pueblos van dejando en sus transformaciones y evoluciones incesantes.

Apenas se concibe la inmensa masa de libros que Barros Arana ha leído para completar su documentación. Libros que tomaba como modelos del arte de escribir la historia; libros publicados en Chile y en todos los países de Europa y América; cronicones y legajos privados, poemas y noticias oficiales, cartas e informes. Y, poco a poco, iba adquiriendo en los grandes mercados de libros viejos, ejemplares rarísimos de obras relacionadas con la historia de Chile y de América en general.

Nunca una idea fija ha dominado más profundamente a un joven, nunca ha sido servida esta idea por una

perseverancia más tenaz, nunca ha tenido a sus órdenes un talento más claro ni una intención más alta.

La Historia General de Chile no es una simple compilación de hechos en orden cronológico, ni es una pura narración, ni es tampoco una síntesis filosófica de la vida de un pueblo. Participa de los caracteres de esos diversos géneros históricos. Todos los hechos están ahí, cada uno colocado en su importancia relativa, con el enlace lógico que constituye su explicación y les asigna su sitio en la vida de Chile. Pero, al mismo tiempo, pasa por entre la montaña una corriente limpia de deducciones filosóficas y el lector asiste al juicio que el historiador está pronunciando dentro de su mente y percibe con nitidez el sentido de la evolución a que se le hace asistir.

Si en el período colonial Barros Arana halló antecedentes, crónicas, predecesores españoles o chilenos, se puede afirmar que, salvo los estudios fragmentarios de los Amunátegui, sus contemporáneos, el autor de la Historia General ha creado la historia de la Independencia, ha fijado los hechos, ha impuesto a su pueblo el concepto que hoy tenemos de los fundadores de la República, de O'Higgins y San Martín, de los Carrera y de Cochrane, de Egaña y Gandarillas.

Ha dicho el propio Barros Arana que la historia no debe tener galas de estilo y parece haberlas rehuído, escribiendo con sequedad y austera sencillez, a veces cercana de la pobreza. Pero había en él un escritor que la lectura incesante de libros áridos y de documentos enfadosos no consiguió ahogar. Las notas del libro son de ordinario como apartes de teatro en que Barros

Arana se vuelve en confianza al lector para referirle una anécdota, para agregar un dato colorido, y entonces el estilo se hace ameno, fácil, irónico a veces, penetrado otras de sentimiento.

Y es curioso observar la diferencia de estilo y hasta de lenguaje entre el primer volumen, o mejor dicho, los primeros y los últimos. En el curso de su labor, Barros Arana ha aprendido a escribir y lo que fué trabajoso y frío en los comienzos, acaba por ser correcto, con algún calor y vida, especialmente en los capítulos finales del tomo XVI.

• No estaba satisfecho de su obra. Descubría tal vez exagerados los defectos. Hubiera querido revisarla en una segunda edición. La Biblioteca Nacional tiene un ejemplar corregido de mano del autor, acaso la forma definitiva que hubiera deseado dar a su obra.

Y amaba este libro con amor de artista, porque había vivido en su compañía cuarenta años de estudio y dieciocho de redacción. En el apéndice titulado "Mi conclusión" se despide con melancolía de este trabajo que es su hijo y su amigo de tan largos años fecundos.

✧ Entre el período de preparación de la Historia General y el de su redacción, Barros Arana entró al servicio de la educación pública. Llevó a ella su saber, su amor al estudio, su patriotismo y sus pasiones. Penetrado de las doctrinas de los enciclopedistas franceses, sediento de renovación, puso en el Instituto Nacional, en la Universidad, en los consejos de la enseñanza, en su cátedra, en libros y folletos, en artículos de revistas y memorias oficiales una energía indomable y una laboriosidad asombrosa.

Halló la enseñanza sin textos o con el uso rutinario de viejos libros, fuera del movimiento de la época. Escribió e hizo escribir textos, tradujo, compiló, resumió, parecía querer hacerlo todo, desde el compendio de historia americana, hasta el tratado de retórica y poética, desde la geografía física a la historia de la literatura.

Llegó a tener una especie de omnipotencia en la educación y fué el ídolo de la juventud de su tiempo. No ha habido en Chile influencia ideológica mayor que la suya en la segunda mitad del siglo XIX. Pero nunca se envaneció ni mostró ambiciones de honores o autoridad. Fué generoso con sus contemporáneos y supo hacer justicia a hombres como los Amunátegui y Vicuña Mackenna que trabajaban en líneas paralelas a las suyas.

La dictadura de la enseñanza pública que Barros Arana ejerció por largos años lo llevó a aplicar en ella el sectarismo antirreligioso que tenía en el fondo de su alma. Sostenía en teoría y en la práctica el monopolio absoluto del Estado en la educación y combatía con tenacidad, a veces con notoria injusticia, la enseñanza particular, en especial la de los colegios dirigidos por congregaciones religiosas. Hombre apasionado y, en esta materia fanático, fué el precursor de las exclusividades sectarias y políticas en lo que entonces se llamaba la instrucción pública. Como muchos hombres de su generación, estaba impregnado de las doctrinas, las falsificaciones de la historia y los sarcamos difundidos por los enciclopedistas del siglo XVIII. Llegaba en esta pasión hasta perseguir el latín, porque, como decía un discípulo suyo, "le olía a cura". Era de los que creyeron

que la Revolución Francesa había dado su forma definitiva a la humanidad, y no alcanzó a asistir al desmoronamiento de ese sistema, porque ya era demasiado viejo cuando comenzaron las investigaciones filosóficas e históricas que debían reducir tales valores a sus proporciones exactas.

Barros Arana combatía el clericalismo y no se daba cuenta de que, en este orden de ideas y tendencias, él profesaba lo que Emile Faguet llamó "el clericalismo al revés", "*le clericalisme a l'envers*".

Un rápido paso hizo por la política y fué a tronar desde un sillón de la Cámara de Diputados contra el Presidente Santa María. También tuvo misiones diplomáticas y técnicas en los días de las dificultades de límites con la República Argentina. Todo eso se lo ha llevado el viento y sólo queda de Barros Arana la obra enorme de historiador y la huella profunda que dejó en la educación.

Más apto para el combate que para la transacción, intransigente y apasionado, hijo de una época en que la tolerancia religiosa no había hecho muchos progresos, Barros Arana sentía crecer su natural combatividad frente a los adversarios que desdeñaba, sin dejar jamás de vivir alerta. Había en el fondo de sus intolerancias cierta majestad que procedía de su convencimiento profundo y su doctrinarismo.

Depurada en ese dique de carena del tiempo que limpia y dignifica, la figura de Barros Arana aparece alta, serena, indestructible. Este hombre se ha hecho un monumento a sí mismo con su obra colosal, ha

dado a su pueblo una conciencia razonada de sus orígenes, ha guiado el alma nacional por los caminos de la cultura, se ha sentado en una alta cátedra que era suya por derecho propio y ha enseñado las letras y las ciencias a generaciones. Barros Arana no ha muerto. De sus obras, de su vida toda se desprende como un efluvio que va atravesando las edades.

No había emprendido su enorme trabajo por lucro, que tales obras nunca son remunerativas. No lo había hecho por alcanzar renombre, pues es tan lenta y penosa la ejecución de estos trabajos que sólo terminan cuando ya en la vejez el autor no desea ni necesita honores. "Estas obras se emprenden, ha dicho Barros Arana al final de su Historia General, bajo el influjo de otros móviles, por satisfacer una necesidad del espíritu, por procurar a éste una ocupación noble y honrada y una distracción contra las miserias y dolores de la vida, y por el deseo de hacer algo útil, aunque no sea debidamente apreciado".

EL ARZOBISPO CASANOVA

Para entender la posición que el Arzobispo de Santiago don Mariano Casanova ocupa en la historia de la Iglesia y de la nación es menester situarlo en el momento en que recibió del Santo Padre su investidura.

Desde 1878, a la muerte del ilustre Arzobispo Valdivieso, una de las más altas personalidades de su siglo en Chile y en el mundo católico, la Arquidiócesis de Santiago quedó por largo tiempo en Sede vacante. En conformidad a los cánones, el Cabildo Metropolitano había elegido Vicario Capitular para regir la Iglesia hasta la decisión del Pontífice Romano a otro hombre eminentísimo, cuya virtud y saber eran reconocidos por todos los chilenos, don Joaquín Larraín Gandarillas, Obispo titular de Martirópolis. El Gobierno de don Aníbal Pinto había puesto obstáculos, fundados en lo que se llamaba el Patronato Nacional, a esta designación, y pretendido que asumiera el cargo el canónigo don Francisco de Paula Taforó, a quién el mismo Gobierno había presentado a la Santa Sede como candidato al Arzobispado.

No es fácil entender ahora el funcionamiento de esta institución del Patronato que, por desgracia para Chile y como fuente de todo género de conflictos, habían introducido en la Constitución de 1833 hombres bien intencionados, católicos fervorosos en su gran

mayoría, pero todos afectados por las doctrinas regalistas.

La Constitución había incluido entre las atribuciones especiales del Presidente de la República la de "Presentar para los Arzobispados, Obispados, dignidades y prebendas de las iglesias catedrales a propuestas en terna del Consejo de Estado". Y añadía: "La persona en quien recayere la elección del Presidente para Arzobispo u Obispo debe además obtener la aprobación del Senado". O sea, que después de la voluntad del jefe del Ejecutivo, los prelados de la Iglesia debían contar con el beneplácito de dos cuerpos de carácter político.

Mientras hubo presidentes y gobiernos y congresos en que el catolicismo era reconocido como la única religión verdadera y la Iglesia respetada en sus derechos, no fué difícil el acuerdo. El Gobierno insinuaba privadamente a Roma el nombre de un candidato y sólo lo presentaba cuando estaba cierto de que la Santa Sede no tenía objeción que hacer. De aquí nació la práctica de que el candidato del Gobierno fuera autorizado por el Cabildo para que tomara la administración diocesana aun antes de recibir su designación canónica, pues se sabía ya que ésta no había de tardar sino el tiempo necesario para que llegaran a Roma las preces y a Santiago las bulas, período entonces mucho más largo que el que exigen hoy nuestras rápidas comunicaciones. El Gobierno del Presidente Pinto no había buscado ese previo acuerdo con la Santa Sede y su pretensión de que el señor Taforó tomara el cargo de Vicario en Sede vacante era insólita y fué justamente resis-

tida. El señor Larraín Gandarillas continuó en su cargo y quedó abierto el conflicto entre la Iglesia y el Estado que había de durar diez años.

Uno de los fenómenos más curiosos de nuestra historia es la adhesión inquebrantable que nuestros hombres de Estado, aun los más religiosos y más firmemente adheridos a la Iglesia, prestaban a la institución del llamado Patronato Nacional. El origen del Patronato merece ser recordado. Los Reyes de España habían obtenido de la Santa Sede el derecho de recaudar la contribución del diezmo que los fieles estaban obligados a pagar a la Iglesia para su sostenimiento, y a cambio de esto creaban el presupuesto del Culto, o sea, daban a la Iglesia lo que le pertenecía, lo que los contribuyentes pagaban con ese objeto. Eran simples recaudadores y distribuidores de lo que no era suyo. La Santa Sede les otorgaba la facultad de presentarle o sugerirle individuos para las dignidades eclesiásticas.

Los primeros gobiernos de Chile independiente creyeron que, como sucesores de los Reyes de España, tenían la facultad de continuar en el mismo régimen patronal. O'Higgins, católico ferviente, hombre de fe y piedad ejemplares, firmó en 1817 un decreto cuyo texto queremos copiar porque resume la doctrina: "Habiéndose separado los pueblos que mando de la dominación de la metrópoli española, se ha reasumido en mi persona, en virtud de la suprema autoridad que ejerzo, el real patronato, en uso de cuyas facultades era concedida a los Reyes de España por derecho y por bulas apostólicas, la presentación de todas las dignidades, canonjías y beneficios eclesiásticos."

Prieto, Portales, Tocornal, Egaña, cito nombres de católicos bien probados, continuaron la aplicación de esta doctrina y aun la defendieron con un celo agresivo, como si con ello ampararan la dignidad nacional y la soberanía de Chile. El clero mismo cometió varias veces el error de reconocer de hecho esta facultad que se arrogaban los Gobiernos. Cuando en 1830 el cabildo de la Catedral de Santiago se negó a reconocer al futuro arzobispo Vicuña su autoridad de Vicario Apostólico que le había sido conferida por la Santa Sede, el señor Vicuña recurrió de amparo al Presidente de la República; el Presidente requirió al Cabildo como Patrono de la Iglesia y el Cabildo se sometió por medio de una nota en que decía: "En obediencia de esta suprema resolución, el Cabildo va a dar todas las demostraciones correspondientes a la sumisión que se le ordena". Ese era el estado de la cuestión entre los seglares y los eclesiásticos cuando la Constitución del 33 incorporó el Patronato en el derecho fundamental de Chile, como cosa que nadie discutía.

Desde entonces todas las bulas pontificias debían recibir el *exequatur* del Ejecutivo. La Santa Sede jamás reconoció tal derecho y en cada documento pontificio para la investidura de un obispo o cualquiera otra disposición, expresamente declaraba que el Papa procedía *motu proprio* y para nada se tomaba en cuenta ni la presentación hecha por el Gobierno, ni la fórmula del *exequatur*.

Durante los Gobiernos de don Manuel Montt y los que le siguieron arreció el Patronato. Cada vez que llegaba una bula pontificia, se le daba el pase, pero se ha-

cían reservas acerca de las frases que indicaban el acto libre de la Santa Sede y su resolución independiente de toda autoridad gubernativa. Y se resolvía siempre por el Gobierno hacer presente al Soberano Pontífice “con la mayor reverencia — decían los decretos, — que el Gobierno de Chile no concederá su exequatur ni permitirá que tenga efecto en el Estado cualquiera bula expedida con la omisión que se nota en la presente (es decir, que no se mencionara la presentación del candidato por el Presidente), ni escrito alguno que ofenda el patronato nacional”.

No es necesario decir que la Santa Sede jamás tomó en cuenta estas reservas, si es que ellas llegaron a enviarse a Roma. Ni mucho menos hizo el menor caso de la fórmula adoptada más tarde, según la cual, el Gobierno ordenaba dar el pase a las bulas, declarando que “se retenían” las frases tales o cuales.

Llegaron los gobiernos liberales y su intención de privar a la Iglesia de libertad y de someterla a la tuición del Estado fué acentuándose en diversas formas. El conflicto se cristalizó al morir el Ilmo. señor Valdivieso.

Tal vez son fatigosas estas reminiscencias de hechos que todos conocen en la historia de Chile. Pero me parece necesario refrescar el recuerdo para llegar a una inteligencia exacta de la acción providencial que elevó a don Mariano Casanova al solio arzobispal de Santiago.

La administración de don Domingo Santa María fué de franca y cruda lucha contra la Iglesia. Congresos que, como todos los de esos tiempos, eran formados por la intervención violenta del Gobierno para falsear el sufragio, aprobaron las leyes de matrimonio y regis-

tro civil y de cementerios laicos. Estos problemas sociales pudieron ser resueltos de acuerdo con la Santa Sede que entonces, como siempre, estaba dispuesta a hacer concesiones a trueque de mantener la armonía. Se prefirió hacerlo en forma de agresión. Todos los años de mi adolescencia están llenos de los recuerdos de esta lucha. Nunca ha sido más hondamente perturbada la conciencia nacional. Los resultados los hemos recogido después: la mala constitución de la familia chilena procede en parte de la forma sectaria, en que se dictaron y aplicaron esas leyes.

Y todo se estrelló contra la inflexibilidad de la Santa Sede, que sabe hacer concesiones hasta donde lo permiten los principios fundamentales, pero no más allá, y contra la roca inmovible que era el Vicario Capitular de Santiago, don Joaquín Larraín Gandarillas, hombre tenaz e intransigente.

Plenipotenciarios de Chile durante el Gobierno de Pinto, primero, y luego durante el de su sucesor, don Domingo Santa María, gestionaron en Roma la preconización del señor Taforó, sin poderla obtener. Una carta de Su Santidad León XIII al último de estos presidentes exponía las razones de conciencia que el Santo Padre tenía para no aceptar ese candidato, sin que ellas afectaran la moral, prestigio y virtudes sacerdotales de aquel canónigo. Vinieron después amenazas, cumplidas en parte con las leyes de laicización a que me he referido, y con la expulsión del Delegado Apostólico. Monseñor Dell Frate, y ruptura de las relaciones diplomáticas entre la Moneda y el Vaticano.

Por fin, se siguió el consejo de Roma. El Gobier-

no se puso de acuerdo con la Santa Sede, en forma privada, acerca de un nuevo candidato a la silla Arzobispal de Santiago. Años más tarde el cardenal Vives, a quien conocí en Roma, me dijo que tenía motivos para creer que el nuevo candidato, don Mariano Casanova, había sido sugerido por la secretaría de Estado y aceptado por el Gobierno de Chile. No tardó mucho en ser preconizado Arzobispo el señor Casanova.

El nuevo prelado rindió homenaje al Vicario Capitular que en condiciones tan difíciles había defendido los derechos de la Iglesia y administrado la Arquidiócesis con sabiduría y virtudes preclaras. En marzo de 1887, pocos meses después de su consagración, el Arzobispo Casanova aprobó por decreto especial los actos del Vicario Capitular, y le dió las gracias a nombre de la Iglesia. Poco después le confirmaba su confianza entregándole la Universidad Católica que a instancias suyas había fundado.

Es justicia reconocer al Presidente don José Manuel Balmaceda como un estadista que comprendió la necesidad de poner término a la perturbación de las conciencias y división de la sociedad chilena que con daños irreparables había provocado su antecesor.

El Arzobispo Casanova llegaba al Arzobispado en condiciones penosas, no para la Iglesia en su organización interna que el Vicario Capitular Larraín Gandarillas había robustecido, pero sí para la sociedad en general, agitada por pasiones sectarias, celos, desconfianzas e injusticias.

Tenía el nuevo Arzobispo una gran claridad de visión y un talento de hombre de Estado que hizo decir

a muchos de sus contemporáneos que, si no hubiera sido sacerdote, habría llegado a ser Presidente de Chile. El solo anuncio de que había elegido como lema de su escudo una palabra de paz, "Pax Multa Diligentibus Legem Tuam", causó en el país un sentimiento de alivio. La personalidad del antiguo profesor de filosofía del Instituto Nacional, el hábil polemista, el gran orador sagrado, el apostólico gobernador eclesiástico de Valparaíso, a quien esa ciudad amaba y admiraba como pocas veces lo ha hecho con un alto funcionario eclesiástico, hasta el punto de que aún los protestantes residentes allí lo rodeaban de respeto y estimación, se impuso desde la primera hora, a católicos y no católicos. La paz renacía.

Conocí al señor Casanova dos años después de su consagración. Se habían publicado en una revista mis primeros ensayos literarios, pecados de juventud que por suerte han sido bien olvidados y espero que perdonados. Recibí de él una invitación para almorzar en su compañía.

Era un hombre de imponente figura y trato aménisimo. Una voz cálida, rostro de líneas correctas y viriles, ademanes de natural elegancia; la majestad que parecía emanar de todos sus movimientos y sus palabras, hacía desde el primer instante la impresión de un hombre nacido para ejercer autoridad. Pero nada había en él de duro o rígido. Su conversación era el viejo arte de ganarse las voluntades; sabía poner a su visitante en posición confortable para que sintiera confianza y abriera su alma; con flexibilidad admirable hablaba a cada uno de lo que podía interesarle y llevaba la conversación

al terreno que deseaba, aprovechándola para influir en forma tan fina, tan sutil, tan hábil, que nadie podía sentirse presionado, sino muy contento de estar de acuerdo.

En esa primera visita del muchacho de 17 años que jamás se había visto tan cerca de un Obispo, el señor Casanova me hizo una crítica benévola de mis pobres producciones, (una novela o cosa que se parecía a una novela); me dió consejos literarios, me preguntó por mis lecturas, hablamos de libros y tuvo la paciencia de oírme lo que entonces pensaba yo, fresco del Colegio de San Ignacio y repetidor más o menos fiel de lo que los jesuitas me habían enseñado. Y antes de que me retirara me preguntó si tenía permiso para leer libros prohibidos. Nunca se me había ocurrido la necesidad de este permiso. Cuando le contesté que no lo tenía, el Arzobispo dijo sonriendo con malicia: "Le voy a dar uno, porque se me figura que de otra manera los leerá sin permiso". Abrió un cajón de su mesa y llenó un formulario que firmó.

En los primeros años de su gobierno, el señor Casanova vió al país precipitarse a los horrores de la guerra civil. Hizo hábiles esfuerzos para evitarla. Logró detenerla en 1890 por su mediación entre los partidos hostiles al Presidente Balmaceda y éste magistrado. Pero no pudo impedir que en 1891 los dos bandos iniciaran la lucha armada. Vi pocas veces al Arzobispo durante ese período de ocho meses de guerra civil, pero me di cuenta de que sufría mucho, oraba sin cesar y velaba como un vigía sobre una alta torre para impedir, por lo menos, que la contienda comprometiera a la Iglesia, y procuraba mantener una paternal imparcialidad y

acechaba siempre la ocasión de interponerse entre los encarnizados adversarios. Ese momento no llegó, pero la Iglesia no fué arrastrada a la lucha.

Cuando comencé mi labor de periodista en 1893, en un diario que se editaba en Concepción, solía escribir al Arzobispo que me había autorizado para ello, pidiéndole consejo. Un día me escribió estas palabras: "El periodismo hace escépticos. El espectáculo de la mudanza incesante de las opiniones desconcierta al espíritu del que no está robustecido por principios fundamentales y eternos. Oirás hablar mucho de incredulidad y de incrédulos; verás mucha indiferencia religiosa, y tal vez te parecerá que los indiferentes, entre los cuales hay a veces personas dignas por otros conceptos de respeto, lo pasan muy bien. Recurre siempre a la oración y la frecuencia de los sacramentos cuando te asalte la duda o te venga la frialdad del corazón".

En los años posteriores el Arzobispo me dió pruebas constantes de su bondad. Fué entonces cuando llegué a ser uno de los visitantes de aquella quinta de la calle de Bellavista, al pie del San Cristóbal, que el señor Casanova había adquirido, huyendo del ruido del Palacio Arzobispal.

Muchas gentes creían entonces que el señor Casanova era un hombre con afición al lujo y a la ostentación. Los que así hablaban confundían dos cosas. El Arzobispo exigía que el culto fuera suntuoso y quería devolverle la majestad que había perdido en este país de iglesias pobres y en que, como buenos hijos de españoles, habíamos descuidado el sentido litúrgico que todavía, y a pesar de muchos laudables esfuerzos, no hemos recu-

perado del todo. Se le veía majestuoso a él mismo, rodeado de la pompa severa y simbólica de la liturgia católica en todos los actos del culto y se esforzaba porque en los templos se ajustaran los oficios y ceremonias a las disposiciones de la Iglesia. Pero en su vida privada era de una gran sencillez y de una distinción encantadora.

Tengo todavía en el alma el deslumbramiento que al muchacho periodista, pobre y desconocido, le causaban aquellas reuniones de la quinta arzobispal por donde desfilaban los hombres más ilustres de Chile. Allí conocí a don Carlos Walker Martínez, don Eulogio Altamirano, don Zorobabel Rodríguez, don José Tocornal, don José María Barceló, y muchos otros estadistas, así como a los sacerdotes más ilustres de la época.

Tenía el señor Casanova el arte supremo de la conversación, un arte que ha muerto. En aquellos tiempos, cuando los hombres cultos se juntaban para la modesta función fisiológica, que es el acto de comer, procuraban darle un carácter menos material y conversaban sobre temas amenos o profundos. Se había llegado en esto a exquisitos refinamientos. Sigo creyendo que era una manera de distinguirnos de los irracionales mucho más efectiva que la de bailar durante las comidas o aturdirse con los sones de música de negros, como se acostumbra ahora.

El Arzobispo era un charlador brillante, con una memoria asombrosa para referir hechos curiosos y recordar anécdotas que sabía contar con ingenio. Había en el fondo de su charla una ironía bondadosa, incapaz de herir, pero que revelaba fina comprensión de las debilidades humanas.

Su sentido artístico y su amor a la liturgia lo llevaron a una verdadera campaña para restaurar en Chile la música sagrada. Eran los tiempos en que se tocaban en las iglesias trozos de ópera. Yo mismo, cuando era colegial en un pueblo del sur, he contribuído al mes de María con trozos del Fausto de Gounod, en el violín, acompañado al piano por mi maestro de música. El señor Casanova dió instrucciones, hizo circulares, amenazó a ciertos rectores de iglesia con retirarse de las ceremonias a que era invitado si en ellas se ejecutaba música profana. Dió el ejemplo organizando la capilla de cantores de la Catedral y dando a los oficios de la Iglesia metropolitana una pompa y una sinceridad litúrgica que no habían tenido jamás.

Algo análogo procuró hacer con la oratoria sagrada. La moda importada de España eran los discursos muy floridos, extremadamente cursis, sin sentido espiritual y hechos a fuerza de frases sonoras e imágenes de mal gusto. El brillante orador que fué don José Hipólito Salas, el ejemplo del mismo señor Casanova y otros buenos oradores, no creaban escuela. El Arzobispo se esforzó por contener al menos los desbordes oratorios, fijó tiempo a los sermones y hubo ocasión en que hizo interrumpir al predicador que, arrastrado por su entusiasmo o para decirlo con más exactitud, por no haberse preparado seriamente, seguía hablando después de tres cuartos de hora y no hallaba manera de aterrizar.

Las oraciones del Arzobispo Casanova quedarán entre los más bellos trozos de la literatura sagrada de Chile, como quedarán sus pastorales para modelo literario en su género. Escribía con elegancia y corrección,

y en un estilo lleno de dignidad, inspirado en los clásicos españoles y franceses, tal vez más en estos últimos. No he conocido en nuestro país escritor u orador sagrado que supiera hacer un uso más feliz de las Escrituras. Sus citas entran en el discurso como parte integrante de él, y el oyente o lector apenas advierte el paso del texto a la cita, que es el supremo arte.

Si se me preguntara cuál era, a mi juicio, el mayor talento de don Mariano Casanova, diría que el talento político. Conocimiento de los hombres, visión de conjunto de los problemas más complicados, arte de las soluciones, conciencia de las posibilidades, flexibilidad en los puntos accidentales y rigidez en los esenciales, todo lo hacía un político hábil y de gran vuelo.

Su intervención en la cuestión de límites entre Chile y la República Argentina fué la de un hombre de Estado, sin dejar de ser la de un Obispo que quería evitar la lucha entre dos pueblos hermanos. Aprovechó su viaje a Buenos Aires, al que había sido invitado para imponer el palio arzobispal al prelado de ese país, señor Castellanos, y con sagacidad, con elocuencia, con espíritu de sincero americanismo y amor a su patria, logró un mejoramiento en las relaciones internacionales y preparó el camino para los futuros convenios. Entre los hombres que evitaron la guerra, la historia tendrá que mencionar antes que a nadie al Presidente don Federico Errázuriz Echaurren y al Arzobispo don Mariano Casanova.

A su regreso de Europa, a donde había ido por segunda vez para asistir al Concilio Latino Americano, algunos jóvenes organizamos una manifestación hasta

entonces no superada y que conmovió al Arzobispo. Hicimos desfilar por delante del Palacio Arzobispal a más de 3.000 niños de las escuelas católicas. El señor Casanova bendijo desde los balcones a la multitud de niños que llenaban gran parte de la Plaza. Era el Arzobispo de la educación católica. Desde las escuelas primarias que multiplicó cuanto pudo, hasta la Universidad Católica que fundó, confiándola al más ilustre sacerdote de Chile, don Joaquín Larraín Gandarillas, todos los ramos de la educación recibieron de él un estímulo, un esfuerzo, una protección decidida.

De los hombres que yo traté en esa época creo que era el más penetrado de la doctrina de la Encíclica *Rerum Novarum* sobre la cuestión social. Es un hecho que en Chile, como en el resto del mundo, la enseñanza de León XIII no fué recibida con el caluroso entusiasmo que merecía por todos los católicos, y que aún entre el clero había muchos que parecían temerosos de que se fuera demasiado lejos si se tomaba al pie de la letra la palabra del Pontífice. El Arzobispo Casanova nos consoló muchas veces de la incomprensión de gente importante a los jóvenes que en un grupo pequeño, a cuya cabeza estaba el actual Rector de la Universidad Católica y uno de cuyos jefes era Juan Enrique Concha, habíamos fundado un Patronato y nos reuníamos para comentar, para buscar la manera de aplicar, para vivir en suma la sublime Encíclica. La última conversación que tuve con el señor Casanova, enfermo ya, fué sobre la condición de los obreros de los campos de Chile. Recordaba algunas de sus conversaciones con don Francisco de Borja Echeverría, el animador intelectual, el maestro de todos los

que aspirábamos a ocuparnos en el catolicismo social. El Arzobispo estaba triste, su espíritu se llenaba de inquietud con el pensamiento del abandono material y moral en que vivían nuestros trabajadores agrícolas; y en presencia de los primeros síntomas de la lucha social en las ciudades, las huelgas, las revueltas, la prédica demoledora, decía: "Dios libre a este país si algún día penetra esta propaganda en los campos donde estamos dejando que germinen todos los factores que pueden facilitarla".

Otros hablarán de la labor del señor Casanova en la organización de su Arquidiócesis, la multiplicación de las parroquias, el progreso del Seminario de Santiago, la disciplina del clero regular y secular, la administración de los bienes eclesiásticos, el Sínodo Diocesano, la difusión de la educación cristiana, y otras materias de ese género. Yo sólo he querido recordar lo que viví a su lado, lo que vi con observación superficial de periodista, pero también con la simpatía de quien le debía mucho afecto y había recibido de él muestras de paternal solicitud.

No estarían completos estos recuerdos si no dijera que en sus últimos años le causé al Arzobispo un vivo disgusto: publiqué un artículo en que censuraba ásperamente la restauración de la Catedral de Santiago, poco después de que mi compañero Joaquín Díaz Garcés había publicado uno de esos geniales trozos de humorismo propios de su talento asombroso en que predecía que, andando los tiempos, unos sabios extranjeros descubrirían que debajo de la Catedral de yeso y cemento había una noble iglesia de piedra, y entonces se

gastarían otros tantos millones para rasparla y restablecerla en su estado primitivo.

¿Por qué el Arzobispo, que era hombre tan culto y de tan buen gusto, se dejó seducir por un arquitecto extranjero, autor de esa desgraciada transformación? Nunca he acabado de entenderlo. Tal vez lo cegó su amor a la suntuosidad del templo y quiso hacer algo de rápida realización, más barato, más fácil que lo que habría sido el plan presentado por el alemán Isenring, que importaba la conclusión artística de la obra primitiva dentro de su carácter original. Su intención era noble. El podía decir como en el Salmo: "Señor, he amado la belleza de tu casa y el lugar donde reside tu gloria". Erró en los medios y aún esto es cuestión de apreciaciones.

Debo agregar que el Arzobispo nos perdonó el atrevimiento de criticarle su obra. Era demasiado bondadoso. Pero la crítica le fué penosa.

HERMOGENES PEREZ DE ARCE

Cuando se escriban las vidas ejemplares de los hombres que en el siglo XIX organizaron la República de Chile y lograron con sacrificio y abnegación hacerla respetada en medio de su pobreza y pequeñez, una de las que servirá más eficazmente el propósito de edificar a las nuevas generaciones con el ejemplo, será la de don Hermógenes Pérez de Arce.

Pertenece al grupo de los grandes administradores públicos de los tiempos de sobriedad, de restricciones, de humildad fiscal y vigilante cuidado de los intereses nacionales. Es la segunda mitad del siglo pasado. Chile tiene escasa población, poca riqueza, medios honestos de aumentarla con lentitud. Pero lo que tiene, lo administra austeramente una raza de hombres para quienes el servicio público es un sacerdocio, la defensa del Estado una religión severa, inflexible.

Gobierna la República un núcleo de familias que desde la Independencia se han transmitido la función oligárquica de velar por el interés de la comunidad; y gobierna con honradez. No se sabe de hombre alguno enriquecido en el servicio del Estado. Los Presidentes salen de la Moneda físicamente quebrantados y económicamente debilitados. La frase ha largo tiempo olvidada "el pago de Chile", tiene un sentido preciso: Chile paga poco a los que le sirven, porque entiende que el servicio de la nación es un grande honor y sólo puede conferirse al que lo toma para sacrificarse y no para lucrar.

Presidente, Ministros, magistrados de la Justicia, viven con modestia cercana a la pobreza. Los funcionarios inferiores tienen lo necesario para conservar su decoro de personas decentes. Los miembros del Congreso no reciben dieta. El diplomático cesante vende su casa bordada al sucesor, que no siempre puede adquirir una nueva. Hay un Presidente de la Corte Suprema que al volver a su casa, después de las sesiones del Tribunal, cepilla y dobla y guarda cuidadoso la levita y la capa para que le duren más tiempo sin adquirir mucho lustre.

Y esta oligarquía, en un tiempo tan maldecida, es una de las combinaciones más democráticas que han existido en Chile. Los gobernantes con nombres históricos y de ordinario terratenientes, descubren y sacan de la obscuridad y elevan a altos cargos a un sinnúmero de jóvenes desconocidos, hijos de honorables y modestísimas familias de provincia, sin fortuna, pero con talento y con el sentido moral que entonces se exige para el servicio del Estado. Así aparecen en Santiago y llegan a los más altos cargos de la nación don Manuel Montt y don Antonio Varas, don Eulogio Altamirano, y don Abdón Cifuentes, don Hermógenes Pérez de Arce, y don Carlos Walker Martínez. Vienen de honorables familias de Atacama y Aconcagua, de Maule y de Valdivia. Su talento se revela sin esfuerzo y los estadistas de abolengo tradicional lo reconocen y saben aprovecharlo para el servicio del Estado.

Pero entre todos esos jóvenes venidos de provincias y destinados a posiciones muy altas en el Estado, el señor Pérez de Arce se distingue por las dificultades

que halló en su niñez y primera juventud para su educación. Los otros que hemos nombrado, y muchos como ellos, vinieron niños a Santiago, hicieron sus humanidades, que entonces lo eran de verdad, en el Instituto Nacional o en colegios congregacionistas. Mientras que don Hermógenes Pérez de Arce luchó con la falta de recursos de su familia, conoció apenas la escuela primaria y algunos años de un liceo de segundo orden y tuvo que educarse a sí mismo, leyendo, estudiando, reflexionando, en un esfuerzo que maravilla cuando se piensa en el grado de cultivo intelectual a que llegó.

El señor Pérez de Arce se parece a ciertos personajes de la historia de los Estados Unidos, sin que sea exageración o falta de proporciones compararlo a Lincoln con el cual tiene de común la heroica voluntad de adquirir cultura intelectual mientras luchaba con denuevo para llevar el pan a su hogar. La juventud de este hombre ha debido ser de una disciplina moral severa, inflexible. De otra suerte no habría podido hacer lo que hizo en condiciones tan desfavorables. Nada encontró hecho, salvo el sentimiento del honor, la caballerosidad, la tradición de servicio público y de amor a las letras que existían en su noble estirpe. Todo lo demás lo hizo él con voluntad, con inteligencia, con valor para vencer.

Tuvo desde niño la tendencia a esos placeres del espíritu que son las letras, la poesía, la composición literaria. Sintió por tradición de su tío, Camilo Henríquez, el amor a la prensa y la fe en la eficacia del periódico para divulgar ideas y hacer mejores a los hombres. Había en él mucho de profesor, algo de apóstol, no

poco de artista, por el amor a la belleza realizada en las letras y las artes, entre las cuales prefirió siempre la música.

De su temperamento personal acaso el rasgo predominante es el sentido del método, la ordenación perseverante de todos los esfuerzos a un fin determinado. Todo esto lo alumbraba una conciencia recta que llega a la austeridad en la vida privada y aplica a la acción pública el mismo criterio, la misma moral. Es un hombre veraz, incapaz de una mentira, de una transacción con los dictados del honor o de una falsía para los demás o dentro de su propio espíritu. Convencido de la bondad y verdad de una doctrina, de una actitud, de una resolución, procede sin vacilaciones y nada puede haber que lo desvíe.

Don Hermógenes Pérez de Arce, nacido en Valdivia en 1845, pertenece a la generación que llegó cuando Chile se organizaba y recibió como herencia de los organizadores de la República una fe profunda en los destinos de la Patria, amor abnegado para servirla y un sentido riguroso del derecho, de la ley y de la libertad en el orden.

Conservador por su respeto a la tradición y su amor al orden, el señor Pérez de Arce es liberal por sus ansias de progreso y la valentía con que busca reformas para perfeccionar el organismo civil de la nación.

La política, en el sentido de las luchas de partidos, no le interesó. Su apostolado del servicio público lo ponía un poco al margen de esas contiendas electorales o parlamentarias. Quería un buen Gobierno, hombres

honrados para administrar el Estado; poco le importaba su clasificación partidista.

Aplica a la administración pública esas condiciones y tendencias de su carácter. Organiza una provincia recién creada; dirige los servicios de Intendencia del Ejército en campaña; administra las aduanas del Perú durante la ocupación chilena; dirige los Ferrocarriles del Estado. Y en todos esos cargos muestra las condiciones del perfecto administrador público: tiene la concepción de conjunto y vigila los detalles. Poco a poco, en su afán de estudiar, de observar, de elevarse a generalizaciones, el señor Pérez de Arce, que ya ha hecho la práctica administrativa, se convierte en un admirable teorizador, en un profesor de administración pública. En su espíritu generoso hay la necesidad de difundir, de enseñar, de participar a otros lo que la experiencia y el estudio le han revelado.

Más interesante es aún en esta vida de un hombre que pasó por tan diversos cargos públicos, que fué Ministro de Estado y se vió muchas veces en medio del torbellino de la política, la continuidad estricta de las doctrinas que sustentó, especialmente en el terreno económico y social.

Don Hermógenes Pérez de Arce fué proteccionista desde la juventud. Era un convencimiento suyo la necesidad de amparar el tímido brote de las actividades productoras. Lo fué como periodista, lo fué como Ministro de Hacienda, lo fué en libros y folletos y lecciones. El advenimiento del papel moneda de curso forzoso lo halló armado de sanas doctrinas monetarias y sostuvo con una energía infatigable la necesidad de volver al

circulante de oro. Combatido en sus primeros esfuerzos durante la presidencia de Santa María, derrotado en los que hizo bajo la administración del Almirante Montt, el señor Pérez de Arce no hizo más que redoblar su propaganda enérgica en favor de la conversión metálica. Durante muchos años, y cuando ya estaba consagrado casi exclusivamente a la redacción principal de "El Mercurio", escribió en favor de la estabilidad monetaria, denunció los males producidos por el papel moneda, contestó los argumentos de los defensores de este régimen ruinoso para Chile, mantuvo polémicas, difundió sanas doctrinas y legó a ese diario una tradición que no ha sido olvidada.

Inútil sería buscar en la vida de don Hermógenes Pérez de Arce una contradicción. Hay ciertos principios fundamentales de derecho, de economía política y de finanzas, a los cuales fué fiel durante toda su vida y en todos los aspectos muy variados de su actividad.

Había oído el consejo de Virgilio al Dante:

Vien dietro a me, e lascia dir le genti;
Sta come torre ferma, che non crolla
Giammai la cima per soffiar de' venti.

En un momento difícil de su carrera, cuando el Presidente Balmaceda se puso en pugna con el Congreso, el señor Pérez de Arce se mantuvo leal como funcionario que debía cumplir con su deber de dirigir un vasto servicio nacional; pero no aprobó la inconstitucionalidad del Presidente, ni el recurso de sus adversarios a la guerra civil. Pasada la tempestad, muy pronto el

partido vencedor entendió que debía de nuevo utilizar para el servicio del Estado la competencia, la integridad, el prestigio del antiguo Director General de los Ferrocarriles.

La vida de don Hermógenes Pérez de Arce es un capítulo de la Historia de Chile. En ella el lector se asoma a períodos de un interés apasionante: la organización de la República después de 1833; la Guerra del Pacífico y los secretos administrativos del triunfo; la honrada, sobria y patriótica administración fiscal de aquellos tiempos; el nacimiento del papel moneda, la resistencia de los intereses vinculados a ese régimen, la lucha de unos cuantos hombres de sana doctrina y absoluto desinterés para volver a la normalidad monetaria; el comienzo de nuestras malas finanzas y los primeros síntomas de la desorganización del país por el parlamentarismo desequilibrado y sin válvulas de seguridad. Y a través de todos estos accidentes de una época agitada, la figura del señor Pérez de Arce pasa serena, siempre igual a sí misma, sin una desviación, sin una renuncia a lo que su conciencia le señalaba como bueno, como justo, como sano y patriótico.

Y esta figura austera de hombre público, de escritor, de maestro, se completa con la personalidad del señor Pérez de Arce en su vida privada. Modestísimo, sin ambición de dinero o de honores, vivía para la familia en un amor conyugal y paternal de que no hay muchos ejemplos. Sencillo, apacible, alejado de todo bullicio, cada día más sumido en sus lecturas, en su reunión familiar y su afición a la música y la poesía, no necesitó envejecer para adquirir algo de patriarcal. Un

círculo de amigos, entre los cuales estaban los hombres más eminentes de su tiempo, lo rodeaba de la más respetuosa consideración. Los suyos lo amaban y lo admiraban.

Del estudio de vidas como ésta acaso nunca saldrá su imitación, porque los tiempos mudan, de tal suerte, que la mejor voluntad no lograría reproducir en los nuestros el curso de una existencia del pasado, aunque no sea tan remoto. Pero en ellas hay un resplandor de ciertos principios fundamentales de moral individual y social que son eternos, y que bien pudieran inspirar a la juventud de hoy, como iluminaron la de aquel joven que en el aislamiento de Valdivia de mediados del siglo anterior se educaba a sí mismo y preparaba su entendimiento y su voluntad para añadir su esfuerzo al de los que estaban haciendo de Chile una gran nación.

PEDRO MONTT

Quien aspire a penetrar en el alma de don Pedro Montt tendrá que leer las admirables páginas que doña Inés Echeverría de Larraín (Iris) le ha consagrado en uno de sus libros (1). "Don Pedro Montt, dice Iris, no conoció los aturdimientos juveniles ni las exaltaciones pasionales; fué el obrero obscuro de un ideal de orden y de justicia. La vida abrió desde muy temprano ante él un camino áspero, rudo y triste, que había de atravesar entre desconocimientos, maldiciones e injusticias que no alcanzarían, por cierto, a debilitar la firmeza de su voluntad ni la orientación de su espíritu. Era un gran patriota. El no fué a la política buscando los triunfos efímeros, los aplausos o los honores; fué sólo a cumplir en la administración pública el deber que le marcaba su conciencia de ciudadano, y por eso siempre el halago lo encontró frío y la lisonja insensible." No se ha hecho y sería difícil hacer retrato más exacto de don Pedro Montt.

Desde su nacimiento pesó sobre don Pedro Montt la grave carga de ser hijo de un estadista, cuyo nombre era repetido con respetuosa admiración en toda América, una de las figuras más singulares y gloriosas de la historia de Chile. Las gentes son implacables con los hijos de tales hombres. No quieren admitir que puedan parecéseles; gozan si hallan en ellos las muestras de la inferioridad; y como lo raro es que un grande hom-

(1) IRIS: HOJAS CAIDAS, Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.

bre engendre a otro de sus proporciones morales e intelectuales, y es cosa bien probada que el talento y el carácter no se heredan, de ordinario el juicio adverso del público para los hijos de las personalidades consagradas y ya metidas dentro de la historia, acierta en la mayoría de los casos. Existe una desconfianza justificada por la experiencia respecto de los "hijos de estatuas".

Don Pedro Montt tomó su herencia con modestia infinita. Tenía una apasionada admiración por su padre, pero no hablaba ni de su personalidad ni de su gobierno. Si la conversación, empujada por los que creían halagarlo, iba hacia recuerdos del Gobierno de don Manuel Montt y de los méritos de este hombre de Estado extraordinario, don Pedro la desviaba, exaltándose en el elogio del Ministro don Antonio Varas y su acción en aquellos años, y su carácter de romano antiguo.

Había nacido en 1849, poco antes de que su padre recibiera la banda presidencial y pasó los diez primeros años de su niñez en el Palacio de la Moneda. La vida austera y sencilla que hacían entonces los presidentes de Chile y la especialmente modesta de la familia de don Manuel Montt, siempre enemigo del lujo o la exhibición, no dejaron que entraran en su alma vanidades de ese orden. Recogió en la fuente generosa del espíritu de su padre y de las delicadezas exquisitas de su madre, mujer bella, encantadora y de carácter, la lección del sacrificio por el deber. Se formó desde niño para el servicio público, único entre los numerosos hijos de don Manuel Montt que tenía inclinación a esas disciplinas. Estudió con afanoso empeño y se dedicó a especialidades

que debían servirle en el servicio de su país, como el derecho, la historia, la administración.

Había, sin duda, una grande austeridad y aparente dureza en el carácter de don Manuel Montt; pero los que lo conocieron en la intimidad afirmaron siempre que en su hogar unía a una disciplina educadora las ternuras más delicadas; ejercía autoridad paternal sin violencia y lograba hacerse respetar, haciéndose amar con afecto profundo y cálido de sus hijos.

Contaba don Pedro que uno de sus hermanos hacía excepción en la casa, porque había dado en recogerse a altas horas de la noche. Eran tiempos en que nadie, sino el dueño de casa, tenía llave de la puerta de calle; el portero abría a los que llegaban después de haberla cerrado y velaba paciente hasta que entraba el último habitante. Una noche don Manuel ordenó al portero que se retirara y dijo que él mismo abriría la puerta al hijo trasnochador. Aguardó en su escritorio hasta que a la madrugada oyó golpes discretos; salió a recibir al que llegaba con la palmatoria en la mano y encendida la vela. Al ver a su padre, el muchacho se turbó y dijo: "Pero Ud. . . . ¿Cómo es posible? ¿Y el portero?" — "No se puede hacer trasnochar a un hombre que tiene obligación de levantarse temprano", contestó don Manuel, y reproduciendo lo que hacía cada noche el portero, precedió al joven hasta su cuarto, alumbrándole el camino en la casa dormida; cuando llegaron, le preguntó si necesitaba algo. El hijo que temblaba de emoción, se echó a llorar. No volvió a trasnochar.

Don Pedro Montt tenía por temperamento un sentido íntimo del orden, del método, de la disciplina. El

origen catalán de los Montt en ninguno de los hijos de don Manuel se mostró más entero que en éste, destinado a llevar de nuevo el nombre ilustre a la presidencia de Chile. No tuvo juventud, porque nunca tuvo expansiones desordenadas, entusiasmos pasionales, tentación de romper las reglas y saltar las vallas. Era estudioso, regular en sus hábitos, metodizado hasta en sus esparcimientos. Trabajador desde la niñez, dotado de buena inteligencia, pero sin mucha imaginación, con una memoria excelente y amor al estudio, que le interesaba más que otra cosa alguna, poseía las características de perseverancia y energía que señalan un sitio aparte a la raza catalana entre las que pueblan la península ibérica.

En el curso de sus estudios de humanidades y de derecho iba don Pedro formando su plan para el futuro. Se sabía llamado por vocación a la vida pública, a la administración y gobierno de su país. Se preparaba para ello y trazaba en su mente el plan de la actividad futura. Viajó muy joven por Europa y los Estados Unidos, abiertos los ojos a la observación de los fenómenos políticos y sociales, al estudio de las legislaciones, a las lecciones del pasado, al esplendor de la civilización. Estaba en Roma con su compañero don Francisco de Borja Echeverría, el futuro profesor de Economía Social, a quien lo unían una amistad íntima y gustos comunes. Era un día de Pascua de Resurrección; los dos jóvenes habían recibido la comunión y paseaban por la Vía Appia, recordando en ese día de emoción y ternura religiosa a la familia y la patria. Don Pedro Montt hablaba de sus proyectos para Chile y expuso un plan de construcciones públicas, trabajos de ferrocarriles, agua pota-

ble, carreteras y, sobre todo, dijo que un día habría de ocuparse en impulsar la construcción de un gran internado nacional, cuyas líneas materiales y pedagógicas llevaba en la cabeza como si lo hubiera meditado largo tiempo. Muchos años después era Ministro de Estado por primera vez y comenzaba la edificación del internado en un sector de la Quinta Normal. La continuidad de los propósitos no podía ser más fuerte que lo era en el alma de este hombre.

A los 24 años de edad fué elegido diputado por Pectorca, la tierra de sus mayores. Nunca fué un orador brillante, pero tenía gran facilidad para hablar y sabía hacerse oír aun cuando jamás venció el defecto de hablar con excesiva rapidez. El secreto de la autoridad que pronto tuvo en la Cámara es que no hablaba sino de materias que conocía, que había estudiado, y lo hacía con argumentos irrefutables, datos, cifras, dominio absoluto del problema.

El trabajo de don Pedro Montt en las Cámaras ha sido enorme. Las comisiones deben guardar en sus archivos la huella de su espíritu escudriñador, de su acuciosidad, de su disciplina de trabajo, de sus conocimientos enriquecidos cada día por lecturas y estudios constantes, de sus propósitos de progreso nacional, tendidos como rieles en ciertas direcciones. Sería un trabajo muy revelador seguir su labor en la Cámara de Diputados, en el Senado, en los cargos ministeriales, en la Presidencia de la República y comprobar que tuvo siempre un cierto número de ideas fijas, de normas invariables, probablemente formadas en la primera juventud y a

cuyo servicio consagró una tenaz actividad durante la vida entera.

Era Presidente de la Cámara en 1886. La oposición violenta contra el Presidente de la República se organizaba ya, pero no arrastraba sino pocos elementos fuera del partido conservador, entonces escaso de representantes, porque la intervención de las autoridades en las elecciones, desvergonzada y cruel, le impedía obtener un resultado legítimo de las urnas. Se iniciaban las grandes obstrucciones y se usaba de la prerrogativa constitucional que exigía la aprobación de la ley de contribuciones en cierto plazo y la autorización para que el Ejecutivo pudiera mantener tropas del Ejército dentro de un radio, alrededor del lugar de las sesiones del Congreso. La oposición había llevado su propósito obstruccionista más allá de cuanto pudiera tolerar la paciencia más bien ejercitada. Era el día 9 de enero, y aun no se despachaba la ley constitucional de contribuciones, sin la cual no era posible gobernar. Una minoría exigua se imponía por defectos del reglamento de la Cámara sobre una mayoría enorme. Era el abuso de los débiles. Don Pedro Montt declaró cerrado el debate en medio de un desorden monstruoso, tras sesiones que habían durado varios días y noches sin interrupción y con la protesta rabiosa de los opositores. Es lo que se llamó pomposamente el "golpe de Estado del 9 de enero", y que mejor se pudo denominar el golpe del sentido común y del orden, contra la anarquía parlamentaria, sostenida por la minoría.

Se dijo entonces que don Pedro Montt, vacilante, había consultado al viejo Ministro de su padre, don An-

tonio Varas, entonces presidente del Senado. Es posible que también sea cierto que don Antonio le contestó que si viviera su padre, se asombraría de verlo vacilar.

Sobre esta materia, hay una opinión de don José Manuel Balmaceda que resume el juicio definitivo sobre este episodio, uno de los precursores del desorden del régimen parlamentario y tentativas de dictadura del Congreso que llevaron a la guerra civil de 1891, y más tarde, a la clausura del Congreso y establecimiento de dictaduras militares en 1924. Dice Balmaceda:

“Si en la organización constitucional o en la estructura de los partidos fuera lícito producir trastornos fundamentales en nombre de las minorías, porque son audaces, o en nombre de intereses de partido que pretenden imponerse por medio de la obstrucción o la amenaza, nada habría estable y el Gobierno sería una revolución permanente”.

Entonces y después, don Pedro Montt tenía en la Cámara una autoridad decisiva. Su opinión en ciertas materias podía inclinar a la mayoría en favor o en contra de una idea. Recuerdo una ocasión en que se presentaban por el Gobierno ciertos “suplementos” para pagos diversos de gastos ya hechos. Se acompañaba la cuenta. Los diputados, como de costumbre, votaban en favor o en contra, según creyeran apoyar al Gobierno, o combatirlo y molestarlo. Don Pedro Montt estudiaba. Hundido en su sillón, pasaba febrilmente unas tras otras las hojas de los documentos enviados a la Cámara, escribía notas, hacía cuentas, calculaba. Cuando ya el Presidente de la corporación iba a declarar aprobados los suplementos, se oyó una voz nerviosa, golpeada, se-

ca, que decía: "Aquí se ha entrado a saco en los dineros nacionales". Se produjo estupor; todas las miradas se volvieron a don Pedro Montt que, después de su violenta exclamación, seguía escarbando en sus papeles y buscando cifras con sus ojos miopes. La Cámara reaccionó con violencia al solo grito de aquella conciencia estudiosa. Se designó una comisión encargada de examinar esos papeles y se descubrió uno de tantos incidentes de desorden administrativo por influencias políticas. Era el único hombre en las Cámaras de Chile que podía atreverse a una salida de esa especie y el único que podía ser escuchado con respeto por todos.

Durante el Gobierno de Balmaceda fué Ministro de Justicia e Instrucción Pública, y poco después el primero que desempeñó la nueva cartera de Industrias y Obras Públicas. En 1889 era Ministro de Hacienda. Balmaceda visiblemente quería conservarlo en su gabinete forzado a repetidos cambios por el sistema absurdo de rotación ministerial que ya comenzaba a hacer estragos en el Gobierno y en la administración.

Tenía Montt una fe absoluta en la educación y enseñanza impartidas por el Estado. Creía que debían estar alejadas de toda pasión sectaria y tendencia política; no estaba de acuerdo con los que ya entonces iniciaban la barrida de los profesores que no pertenecían a cierta secta o a cierto partido político; amparaba con generoso y liberal espíritu a la enseñanza particular de cualquier credo y la miraba como auxiliar interesante de la del Estado; pero era partidario del monopolio fiscal. En esto, como en todo, era el genuino liberal de su tiempo: patronatista en las relaciones entre el Estado y la Igle-

sia, y monopolista en la enseñanza, sin que ni en una ni en otra materia aceptara el sectarismo perseguidor.

Para don Pedro Montt una buena escuela valía sobre todas las cosas que se pudiesen idear para el progreso de Chile. Quería grandes colegios modernizados; favorecía la enseñanza de las ciencias físicas a que era aficionadísimo; estimulaba la de la historia; creó la comercial; soñaba con una difusión de la cultura en todas las categorías sociales y creía con fe de visionario que sólo una alta cultura podía llevarnos a la realización de los ideales democráticos que constituían la esencia de su doctrina política.

Después de la enseñanza pública, fiaba a la construcción de grandes trabajos públicos el porvenir de su patria. Los ferrocarriles extendidos por todo el territorio eran medio de despertar al progreso y riqueza nuevas regiones y al mismo tiempo recurso de Gobierno. Seguía en esto, como en muchos otros aspectos de su actividad de gobernante, las huellas de su padre. Don Manuel había tendido los rieles hacia el sur de Santiago. Don Pedro tenía metida en el cerebro la idea fija del ferrocarril longitudinal: era menester que todo el territorio quedara atravesado por esta espina dorsal de hierro. Pero al mismo tiempo impulsaba la construcción de escuelas y liceos, de puentes y obras de agua potable, de muelles y de edificios para intendencias y gobernaciones. Si les hubieran dejado la mano libre, si hubieran dispuesto de medios, entre él y el Presidente Balmaceda, otro gran constructor, hubieran cubierto de cal y ladrillo todo el país y, acaso, resuelto el problema de la edificación escolar, de las cárceles inhumanas y otros

que ahora, medio siglo más tarde, se hallan todavía en la misma miserable condición en que aquellos estadistas los hallaron.

La potencia de trabajo de don Pedro Montt era asombrosa, pero su método y disciplina rigurosa en todo lo que emprendía impedían darse cuenta de ella a los observadores superficiales. Nervioso e inquieto, sin embargo, nunca parecía estar de prisa. Había en sus actitudes una calma exterior y en el fondo de su voluntad una decisión severa proseguida con implacable tenacidad.

Cumplía con rigor puritano sus deberes de miembro del Congreso en las sesiones y en el trabajo de comisiones; asistía con su consejo a su partido, del cual pronto llegó a ser el jefe autorizado; tenía a su cargo un gran establecimiento de beneficencia y se interesaba con intenso ahinco en la marcha de los servicios generales de ese ramo; y ejercía su profesión de abogado, en la que logró reputación de hombre laborioso y obtuvo se le confiaran asuntos de importancia por su delicada conciencia y su honradez.

La Casa de Orates de Santiago fué administrada por el señor Montt durante varios años. Llegó a sentir un afecto paternal por ese asilo, tal vez el más doloroso de todos. Lo halló en estado primitivo, tal como lo dejaron las ideas anteriores a la noción moderna del hospital, es decir, como una especie de cárcel, donde se encerraba sin esperanzas y se trataba sin humanidad ni recursos científicos a los desdichados enfermos mentales. Introdujo en el establecimiento métodos de curación, dió importancia a los médicos especialistas, trajo congregaciones de hombres y mujeres que pusieron una

nota humana y piadosa en el cuidado de los dementes, suprimió los castigos o sistemas de violenta represión, limpió, saneó, hasta hermoseó la casa dentro de los límites de los escasos fondos de que se disponía. Su plan era construir un vasto manicomio en la parte alta de la ciudad, y los pabellones que hoy ocupan el Ejército y los Carabineros en el llamado "cantón militar" de la Avenida Antonio Varas, fueron construídos bajo su inspiración para la Casa de Orates convertida en un hospital.

Todo esto no le impedía cultivar las relaciones sociales y su casa de la Galería San Carlos fué por muchos años una de las más hospitalarias de Santiago, con una tertulia política animadísima. Esa casa estaba situada en la parte alta de la antigua construcción del señor Mac Clure, en el extremo sur de aquella amplia galería toda llena de cariátides que sostenían lámparas y gigantones que soportaban en sus espaldas de yeso el edificio. El departamento del señor Montt tenía entrada por la calle de la Merced. La fantasía barroca del arquitecto había hecho una gruta con estalactitas, una fuente, animales rampantes, imitaciones de rocas. La escalera subía por esa gruta siniestra e iba a salir a un departamento confortable con gran galería sobre la calle. Sin lujos, pero con comodidades y amplitud, esa casa fué por tantos años uno de los hogares a que eran invitados todos los extranjeros eminentes que pasaban por Chile, todos los diplomáticos, los hombres políticos. Ahí se discutían los asuntos del día y se combinaban las situaciones.

Don Pedro Montt procuraba equilibrar esta vida de intensa actividad mental con ejercicios físicos. Ca-

minaba mucho, hacía cada día excursiones a pie y jugaba al billar, que fué hasta el fin de sus días una de sus aficiones entusiastas. Pero todo lo hacía con método y reflexivamente, por convencimiento, porque era necesario, hallando al fin placer en ello, por el alivio y pasajero olvido de sus preocupaciones.

No se interesaba por el dinero. Pudo dejar una fortuna considerable con el ejercicio de su profesión, pero jamás se empeñó en ello. Al morir don José Besa, su amigo íntimo, lo designó juez partidor y le señaló en su testamento un honorario de 100.000 pesos, que en ese tiempo era extraordinario. Dicen que don José, al dictar esa disposición, dijo que lo hacía porque estaba cierto de que de otra suerte, don Pedro Montt o no cobraría o pasaría una cuenta absurdamente baja. Este honorario fué la base de la fortuna modesta que dejó al morir. Ese dinero administrado por un deudo suyo, hombre de negocios, se multiplicó sin que don Pedro pusiera en ello interés especial y aún sin que en muchos casos supiera de las inversiones que se hacían en su nombre. Su desinterés era absoluto.

La gran pasión y la satisfacción íntima de la vida de don Pedro Montt fué la lectura. Es seguro que ni un solo día dejó de leer durante algunas horas, y como llegó un tiempo en que la política, la profesión, el Congreso o el desempeño de una cartera ministerial, la beneficencia y las obligaciones sociales le ocupaban el día entero y parte de la noche, leía robando horas al descanso. Cuando ya todos los habitantes de la casa estaban dormidos, don Pedro leía, y cuando aún nadie se había levantado ya él tenía luz encendida y proseguía su lec-

tura. Llegó así a una enorme acumulación de conocimientos muy variados y que revelan simple delectación de cultura, tales como de astronomía y de historia natural, de pedagogía, de filosofía y religión, además de los muy completos y profundos que tenía en cuestiones de administración pública y, sobre todo y ante todo, de historia. Este hábito de leer y amor a los libros lo hizo el verdadero organizador de la Biblioteca del Congreso que aprovechó siempre. Tenía en Europa y en los Estados Unidos librerías que le enviaban catálogos de las grandes novedades jurídicas, históricas y científicas. Su memoria formidable retenía las lecturas con precisiones curiosas; podía indicar el volumen en que había leído tal o cual cosa y hasta la colocación aproximada dentro del libro del pasaje que recordaba.

La guerra civil de 1891 interrumpió la rutina fecunda de la vida de don Pedro Montt, y lo obligó a salir del país. Había tomado su posición, como era lógico, dentro de los partidos políticos que combatían al Presidente Balmaceda. Pasaba desde el primer instante a ser una de las figuras prominentes del gobierno organizado en Iquique por los representantes del poder legislativo contra el Ejecutivo. Fué enviado a los Estados Unidos como delegado o agente confidencial de la Junta de Gobierno de Iquique que se esforzaba por hacerse reconocer como el único gobierno legítimo y constitucional de Chile e hizo allí una misión ardua, laboriosa y pesada contra elementos adversos de toda especie.

Apenas terminada la guerra civil y reconocido el señor Montt como Ministro Plenipotenciario de Chile en Washington, se produjo el célebre caso del *Baltimore*,

el único incidente grave que nuestro país ha tenido con la gran república del norte. Un grupo de marineros americanos del crucero *Baltimore* bajaron a tierra en Valparaíso y se embriagaron, como entonces era costumbre de los de esa nacionalidad en todos los puertos del mundo. Es bien sabido que no había individuo más peligroso, más pendenciero, ni más insolente que un marinero americano intoxicado. Se produjo una reyerta con chilenos en alguna de las tabernas del puerto y uno de los americanos resultó muerto. El Gobierno americano, que por entonces aplicaba en su máximo esplendor la política del *big stick* contra los países de la América Ibérica y desarrollaba pretensiones imperialistas hoy abandonadas, exigió explicaciones, reparaciones, indemnizaciones y nos humilló y atropelló en forma penosa. Se debe advertir para la comprensión de este incidente olvidado, que existía en esos momentos en Chile, además de la poca voluntad usual para los americanos, un sentimiento de rencor, porque se había acusado a los cruceros americanos, al propio *Baltimore*, de violar la neutralidad, suministrando al Presidente Balmaceda, o a sus funcionarios militares, noticias de los movimientos de la escuadra constitucional que venía del norte. También se añadió para levantar el ánimo público contra los Estados Unidos, el desprestigio en que había caído el Ministro de ese país en Santiago, Mr. Patrick Egan, irlandés feniano, refugiado y naturalizado en los Estados Unidos, a quien se acusaba de parcialidad en favor de Balmaceda.

La misión de don Pedro Montt fué ingrata, odiosa, difícil. Aunque quisimos disfrazarlo, aceptamos la

humillación y sufrimos el atropello. Un pobre país que había tirado todos sus recursos en una lucha fratricida de ocho meses, que salía de una guerra civil, sacudido por los efectos de la gran convulsión, no podía presentar un frente a la nación poderosa que le ponía el pie sobre el pecho. Pero el señor Montt fué en ese momento, como siempre, prudente y mesurado, lleno de tino y patriota sincero.

Durante la administración de su pariente el Almirante don Jorge Montt, fué don Pedro un consejero sagaz y utilísimo para el Presidente, que lo ignoraba todo de la política y la administración y sólo podía oponer a la intriga de los partidos y de sus jefes su honradez, su sinceridad y su patriotismo. Ese gobierno discreto, justiciero, estricto cumplidor de las leyes, que devolvió al país todas las libertades públicas, desde la primera hora, que no abusó jamás de la victoria en el campo de batalla, que organizó la administración y realizó progresos, debe mucho a la acción de don Pedro Montt, varias veces ministro de Estado y en todo momento consejero del Almirante y uno de sus colaboradores desinteresados.

En 1900 fué elegido senador. Hizo el paso de una Cámara a otra por derecho propio y fué a sentarse en medio de un grupo de hombres con experiencia de los negocios públicos, serenos de juicio, independientes, en ese Senado a que los partidos enviaban casi sin excepción personas dignas del respeto y que habían ya ganado la confianza de sus conciudadanos.

Un año después era candidato de la coalición liberal-conservadora a la Presidencia de la República y lu-

chaba en cumplimiento de su deber, sin ambiciones atropelladas, con energía y método estricto en la organización de los trabajos electorales. Fué derrotado y dió en la hora de la derrota uno de los ejemplos más bellos de rectitud y de desinterés que había dado en su vida. Hacia la medianoche del día de la elección, vió claramente que se había perdido la jornada. Sus amigos, inclinados sobre los telegramas y cuadros en que iban anotando los resultados parciales, seguían la costumbre de empeñarse en hacer decir a las cifras otra cosa de lo que decían. Don Pedro, gran conocedor del mapa electoral, trabajaba con ellos. Llegó un momento en que dijo con la misma voz seca y nerviosa de siempre: "Esto ha terminado. Hemos perdido". Agitáronse los otros y le reprocharon su pesimismo. Don Pedro se levantó bostezando y dijo en el tono de quien pone término a una sesión: "Caballeros, esto ha terminado. Las elecciones son para que uno resulte elegido y el otro derrotado. Yo estoy derrotado. Vamos a dormir." Y se retiró a su departamento con la misma sonrisa amable y la misma tranquilidad de espíritu que nunca le abandonaron. Al día siguiente, después de una noche de sueño profundo, se levantó temprano y se encaminó a las secretarías de su candidatura. Dijo entonces a sus íntimos: "Hay que preocuparse de pagar todas las cuentas electorales, porque los vencidos se olvidan siempre de lo que deben". Ni un solo instante había cruzado su espíritu la idea de todos los candidatos derrotados o de sus malos consejeros, que consiste en urdir tramas para buscar un triunfo después de las urnas; ni siquiera se quejó jamás ni culpó a nadie. Era el demócrata perfecto, respetuoso

del resultado de una elección, inclinado sin amargura ni recriminaciones ante el fallo popular bueno o malo.

Lo encontré ese mismo año en Europa con su esposa, la compañera que llenaba su vida de una afección traducida en cuidados tiernísimos, la mujer que lo quería y admiraba apasionadamente. Estábamos en Londres y el Ministro de Chile, don Domingo Gana, de quien yo era secretario, me autorizó para acompañar al señor Montt en sus visitas a diversos sitios interesantes de la metrópoli que, en aquel primer año del reinado de Eduardo VII era sin disputa la capital del mundo, de las ciencias, de las artes, del esplendor mundano y de la política internacional.

Visité con el señor Montt el Museo Británico que ambos conocíamos bien y que mi ilustre amigo no se cansaba de ver en busca de las últimas adquisiciones. Lo recuerdo detenido por horas en la colección maravillosa de los ladrillos con escritura cuneiforme, traducidos y clasificados, que forman la biblioteca y archivo encontrados en las ruinas del palacio real de Nínive, prodigiosa serie de relatos históricos y de documentos judiciales y legales. La traducción de estos ladrillos se había hecho después de la visita anterior del señor Montt y ahí se quedó leyendo la hoja en inglés que acompaña a cada ladrillo, haciendo comentarios, descubriendo con la alegría ingenua de un sabio las revelaciones de la altísima cultura asiria. "Mire Ud., me decía, con entusiasmo, aquí hay una perfecta escritura de hipoteca... Aquí tenemos una comunicación de los astrólogos al Rey para anunciarle un eclipse... aquí se refieren a sus observaciones sobre las estrellas y un cometa..." Lar-

go rato leyó cuidadosamente los documentos históricos en que halló la versión de la creación del mundo y del hombre, observando sus semejanzas con la hebrea. Pasamos después a las salas egipcias y ahí empleamos un día entero. Proyectaba en esos momentos un viaje a Egipto y se preparaba con la lectura de numerosos libros que habíamos escogido en las librerías y con el estudio de papiros, monumentos, momias, estatuas. Proseguía estos estudios con un método riguroso, por orden, por dinastías, con una infinita paciencia y un goce íntimo. Creo que jamás lo he visto más feliz.

Partió para Egipto lleno hasta la saturación de egiptología, de inscripciones, de dinastías, de arte antiguo y al mismo tiempo con una verdadera biblioteca sobre el Egipto moderno y la administración inglesa. En estas investigaciones había cobrado gran admiración a los célebres virreyes británicos Lord Cromer y Lord Milner que consideraba los más geniales administradores coloniales de su tiempo.

Pero en todos estos estudios, cuando ya tocaban nuestra época o cuando se perdían en la noche del pasado, don Pedro Montt perseguía la lección aprovechable para su patria. Buena administración, finanzas, trabajos públicos como la célebre represa de Assuan que estudió en sus detalles como un ingeniero, educación, todo lo aplicaba a Chile y sacaba de todo enseñanzas para mejorar las condiciones del pueblo que amaba.

Cuando en 1906 fué elegido Presidente de la República, don Pedro Montt tenía 57 años, pero estaba ágil, fuerte, en apariencia sin huella alguna de enfermedad. Su vida metódica lo preservaba del desgaste pro-

ducido por actividades tan variadas y que llevaba de frente con energía y tenacidad inquebrantables. Llegaba al poder apoyado por una combinación política de liberales, radicales y un grupo importante de conservadores que se habían separado de su partido para seguir al hombre de Estado que en esos instantes era la esperanza de progreso, de reorganización administrativa, de buena política financiera, de orden y autoridad.

Se fundaban esperanzas, como siempre excesivas, en el carácter y la integridad de don Pedro Montt y se olvidaba que los Presidentes de Chile eran entonces prisioneros del Congreso y de su dictadura irresponsable. El parlamentarismo sin reglamentación, un régimen sin válvulas de seguridad, una intromisión continua y terriblemente invasora de los diputados y senadores en la administración y el Gobierno, todo esto en medio de una profunda desorganización de los partidos políticos incapaces de formar mayorías compactas y disciplinadas, hacían imposible la labor del Presidente de la República, por hábil, enérgico y prudente que fuera el ciudadano en ese cargo. Para obtener algún resultado, para poder gobernar, habría sido menester que se reformaran los reglamentos de las Cámaras y en algunos puntos la Constitución del Estado. Ni una ni otra cosa eran posibles. Las Cámaras mismas, resueltas a no abandonar los privilegios que habían usurpado desde 1891, se negaban a toda reforma de sus reglamentos, a pesar de los esfuerzos de algunos hombres previsores y desinteresados, como don Ismael Valdés Valdés y don Pedro Montt. La reforma constitucional tenía en la Car-

ta condiciones tan difíciles de llenar, que la hacían ilusoria.

El Presidente Montt se encontró desde los primeros días frente a una oposición que encabezaba con ardor inesperado a sus años y en su carácter mesurado y sus tendencias conservadoras el candidato vencido, don Fernando Lazcano. Este senador y sus amigos liberales y conservadores organizaron una lucha porfiada, ciega, sin relación, a veces, con el interés público, de simple hostilidad personal al Presidente, de oposición a todo lo que provenía del Ejecutivo, con una acritud y violencia, aún en las formas, que rara vez ha sido superada en la política chilena, sino en tiempos posteriores de anormalidades, al borde de revoluciones recientes o en preparación. La prensa opositora tuvo el mismo tono y sus desbordes en el género de la caricatura y la difamación alcanzaron en ese tiempo a excesos vergonzosos. No se respetaba ni el hogar del Presidente.

Sin embargo, con estas y otras muchas dificultades, don Pedro se impuso en muchos casos por la perfecta serenidad de su espíritu en que no cabían ni el desaliento ni la amargura. Un grupo de hombres patriotas de diversos partidos lo acompañaba, y tenía un núcleo de amigos personales dispuestos a servirlo con absoluta lealtad. El señor Montt había llegado a ser el jefe dinástico y reconocido del llamado partido montt-varista, que tomó después el nombre de nacional, resto de la coalición liberal-conservadora, que había sido colaboradora de su padre durante su gobierno. A este núcleo importante, más por su calidad que por su número, se habían agregado ahora muchos conservadores descendien-

tes de los que habían sido montinos durante el decenio de don Manuel o simplemente hombres convencidos de los méritos de don Pedro y de la conveniencia nacional de ayudarlo en su política. Estos conservadores eran burlescamente llamados "montanas", del nombre de ciertas joyas de similor, que por entonces se ofrecían en venta.

El Presidente nunca vaciló. Venía de lejos cargado de ideas, de conocimientos exactos sobre las necesidades del país. Tenía la noción precisa de lo que era menester para procurar el progreso y bienestar generales y poseía una tradición espléndida. Don Pedro Montt recibió la banda presidencial el 18 de septiembre de 1906. En la mañana del 19 me llamó por teléfono; me recibió en su despacho de la Moneda, donde desde ese día acudió siempre temprano, y me dijo con la precipitación y sequedad usuales: "Tiene usted que ayudarme, mi amigo, a realizar el ferrocarril longitudinal; es una obra indispensable; no se pueden administrar las provincias del norte sin esa línea; la minería y el salitre la reclaman; Atacama y Coquimbo se mueren; yo acabo de visitarlas...", y me hizo una disertación erizada de cifras, de datos técnicos, de cuanto los estudios y anteproyectos podían revelar.

El longitudinal, la construcción de escuelas y la dotación de agua potable para las pequeñas poblaciones eran ideas fijas suyas. Daba vueltas en torno de ellas con insistencia; buscaba cualquiera oportunidad de ganarles adeptos; y desde la primera hora, absolutamente desde el primer día de su presidencia, en la mañana de aquél en que debía atravesar la ciudad triunfalmente

para revistar el ejército en el Parque Cousiño, su pensamiento estaba clavado en sus propósitos. †

Su administración tendrá que ser objeto de un estudio detallado para que se entienda por la posteridad cuánto hizo este hombre, contra dificultades enormes, para el bien de su patria, y cómo fué su gobierno un modelo de dignidad, de honradez, de laboriosidad, de método y disciplina en la labor administrativa. De esa historia saldrán listas interminables de decretos y leyes para el saneamiento de las ciudades, para la reconstrucción de Valparaíso, destruído en gran parte por el terremoto de 1906, para llevar a cabo las obras del puerto, combatidas miserablemente en las Cámaras por razones políticas y por individuos que carecían de toda competencia, de planes para la edificación escolar y realizaciones numerosas en esa materia, nuevos ferrocarriles, edificios públicos de importancia, reformas administrativas y, sobre todo y ante todo, esfuerzos enérgicos para mejorar la condición monetaria del país.

Este último punto estaba ligado a una de las convicciones más profundas de don Pedro Montt. Condenaba toda emisión de papel moneda y creía que el único régimen honrado era el *gold standard*. Le parecía posible y aún fácil volver al circulante metálico y restablecer el poder adquisitivo de nuestro peso, dejando obrar las causas naturales y las fuerzas económicas del país sin presiones artificiales. Era en esto un discípulo entusiasta de la escuela liberal inglesa, lo mismo que en su repugnancia a toda excesiva intervención del Estado en los fenómenos económicos, en la industria o el comercio. Durante la presidencia de don Jorge Montt había

cooperado a la política conversionista de este presidente y había asistido al desastre de la conversión metálica en pesos de 18 peniques, provocado en parte por los gastos bélicos para prepararse para la guerra con la República Argentina, pero en parte considerable también por la oposición de los diputados y senadores, en su mayoría agricultores, que tenían grandes deudas hipotecarias y no veían con desagrado la perspectiva de pagarlas en pesos más y más depreciados, aunque esto representara una constante reducción de los salarios y sueldos y pequeñas rentas y el empobrecimiento de la nación.

La conversión del papel moneda a circulante metálico estaba fijada por una ley para un plazo determinado, que se cumplió durante la Presidencia del señor Montt. Ni uno solo de sus amigos quiso acompañarlo en su resolución de cumplir la ley y verificar la conversión. Las Cámaras aprobaron una ley postergándola de nuevo. El Presidente resolvió vetarla y sólo uno de sus Ministros, don Agustín Edwards, que lo era de Relaciones Exteriores, quiso firmar con el Presidente el mensaje que presentaba al Congreso el veto. Se había quedado solo en la hora suprema de sus aspiraciones honradas. Si la conversión era o no posible en ese momento, se puede discutir: lo que no admite discusión es la rectitud de los propósitos de don Pedro Montt y la lealtad que guardaba a sus principios, caso rarísimo en la historia de los presidentes de cualquier país.

Las grandes luchas no le amedrentaban. Crecía su ánimo cuando tenía que vencer resistencias con aquella fe, aquella convicción, aquella porfía suya, capaces de

remover montañas. Lo que lo gastaba y entristecía era la pelea diaria, mezquina y baja, los asaltos en la Cámara, los estorbos en materias sencillas y de tramitación corriente, los abusos de la prensa, las burlas soeces, las pequeñas trampas parlamentarias armadas para hacer tropezar su Gobierno.

Nunca se quejó. Guardaba siempre una calma decorosa y jamás pronunció una sola palabra contra sus adversarios, ni aún contra los que hubieran merecido más enérgica reprobación. Si alguien entre sus íntimos pronunciaba una palabra dura, una exclamación violenta, una protesta indignada, don Pedro reprimía sin vacilación el arranque y cambiaba el tema de la conversación. ¿Era que no sentía? ¿Era frialdad del espíritu? Tengo el convencimiento íntimo de que ese hombre sufría sordamente y se dominaba con aquella fuerza de voluntad y gobierno de las pasiones en que había llegado a ser un héroe. Y así fué, sufriendo y dominándose, víctima de injusticias y de la impotencia a que lo reducía el estado político de su país, así fué como llegó a derrumbarse su naturaleza roída por el dolor nunca confesado.

En muy raras oportunidades perdía la serenidad y una sombra de rabiosa indignación asomaba a sus labios, pero esto sólo en la mayor intimidad y cuando sabía que sus palabras no traspasarían los muros de la sala. Un día en que había sido atacado con violencia en la Cámara, donde se le acusaba de derrochador de los dineros fiscales por su política de construcción de escuelas, aguas potables, edificios y ferrocarriles, me dijo de pronto: "¿Qué quieren que haga con la plata? ¿Qué se las deje

para que se la roben y la distribuyan a los amigos en forma de empleos y contratos?”. Fué la única protesta que le oí en cuatro años de padecer injustos juicios y embestidas implacables.

Nada interrumpía el curso ordinario de su vida metodizada. Salía temprano y paseaba por la ciudad. Lo acompañé muchas veces en esos paseos. Visitaba un hospital, una escuela, la Casa de Orates que era el asilo de sus simpatías y cuidados. Llegábamos a una escuela de los arrabales y el Presidente entraba, ordenaba que siguieran los cursos y al lado del maestro tomaba parte en las lecciones, interrogaba a los alumnos, hacía clase durante un rato. Siempre exigía que se suprimiera toda demostración en su honor. Apenas puestos de pie los niños, les ordenaba que tomaran asiento de nuevo y pedía al profesor que continuara su trabajo. ¡La escuela! Nunca hombre alguno de esta tierra la ha amado con amor más intenso, con fe más calurosa, con un sentido más noble de lo que debía ser en una democracia.

Diez, doce y más horas del día y de la noche le ocupaban su despacho presidencial, la firma, las audiencias, las entrevistas con los políticos, con los funcionarios. Cada noche un número de amigos que no bajaba de cinco o seis, comía en su compañía. La tradición hospitalaria de la Galería San Carlos se ampliaba en la Moneda. Jugaba después una partida de billar y a medianoche tenía en el rostro señales de cansancio y de sueño. Debía de dormir poco, porque leía en la cama antes de dormirse, se levantaba siempre temprano y estaba en actividad desde las ocho de la mañana.

Sabía de sus lecturas por sus conversaciones en los

paseos matinales que muchas veces eran sobre libros y revistas, en particular la de Ambos Mundos y algunas inglesas. El señor Montt leía y hablaba con fuerte acento, pero con gran corrección gramatical, inglés y francés y dominaba el alemán, que era su idioma favorito. Un día tuve la prueba precisa de su insaciable curiosidad intelectual y su potencia de lectura. Vino a Chile el representante de unos editores de Londres que querían lanzar al mercado una historia universal bajo el patrocinio del gran diario "The Times". La obra en muchos volúmenes llevaba el título de "The Times History of the World". El activo agente había comenzado por traer a cada uno de los Presidentes de las Repúblicas americanas un ejemplar de la obra y luego solicitaba su opinión; este *symposium* de juicios eminentes formaría un folleto para la propaganda. Acompañé al agente, que me había traído una carta de presentación, a visitar al Presidente para pedirle su opinión. Ya tenía en su poder juicios en extremo elogiosos de los Presidentes del Brasil, Uruguay y República Argentina.

Apenas expuso el británico el objeto de su visita, el señor Montt lo interrumpió: "Conozco el libro, le dije, y lo he estado recorriendo en estos últimos días. Me lo enviaron unos libreros amigos de Londres". La sorpresa del agente fué grande. Creía que no habían llegado a América, sino los ejemplares que él traía con dedicatorias para los Presidentes. Don Pedro Montt continuó hablando en su inglés correctísimo, pero mal pronunciado, e hizo una crítica severa de la obra. Era, a su juicio, muy superficial, sin valor alguno, mero resumen de hechos insignificantes, falta de todo concepto filo-

sófico de la historia. Se refirió en particular al volumen destinado a la América del Sur y al capítulo sobre Chile, mostrando sus vacíos y el desconocimiento que revelaba del desarrollo de estos países.

El agente de la historia universal iba cayendo en una sorpresa cada vez más parecida al estupor. Nadie le había dicho semejante cosa. Alegó los juicios de los otros Presidentes. El señor Montt replicó secamente: "Es que no han tenido tiempo de leer el libro". El británico tomó su resolución y pidió al Presidente que le diera su juicio por escrito, en la forma que acababa de expresarlo. Accedió don Pedro y pocos días después el agente me mostró unas dos páginas escritas y firmadas por el Presidente, en que resumía una opinión adversa a la Historia del Mundo favorecida por "The Times". La obra no se puso en venta en Chile y no sé que circulara en otros países de América. Tampoco apareció, que yo sepa, el folleto con los juicios presidenciales.

Por aquel tiempo el señor Montt hizo un viaje al norte y recorrió buena parte del ferrocarril longitudinal en construcción. Iba en un autocarril y, a veces, en simples vagones abiertos, sobre los cuales habían instalado unas bancas de palo. Estaba ya enfermo, y esa fatiga y la insolación fortísima del desierto y los cambios bruscos de temperatura contribuyeron mucho a agravar su mal. Pues bien, cuando no había que mirar y observar en aquellas largas jornadas por el desierto, leía atentamente el último libro que acababa de recibir, que era uno de los de Albert Vandal, el gran historiador francés.

Junto a esta actividad intelectual intensa y que pa-

recía ser el único reposo de su espíritu y esparcimiento de su ánimo, a veces afligido por las injusticias políticas de que era víctima, el señor Montt mostró siempre gusto por la vida de sociedad. Era escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes de ese orden, visitas, condolencias, asistencia a funerales, cultivo de viejas relaciones. Recibía en su casa y después en la Moneda, a cuantos querían saludarlo, invitaba a comer a numerosas personas, y jamás hubo una presidencia con mayor brillo social por la frecuencia de las comidas de gala, las recepciones y otras fiestas. No pasó por Chile un extranjero distinguido sin que fuera invitado por el Presidente. Escritores, artistas, políticos, hombres de ciencia, de todos los países del mundo desfilaron por sus salones. Cuando María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza vinieron por primera vez a Chile en la cumbre de su prodigioso genio artístico, el Presidente y la señora de Montt ofrecieron en su honor una espléndida recepción.

Preciso es recordar aquí que don Pedro Montt estaba acompañado por una mujer admirable por su belleza, su encanto y su arte para recibir: su esposa, doña Sara del Campo de Montt. Como en los tiempos de la modesta casa de la Galería San Carlos, la señora de Montt presidía en la Moneda una hospitalidad sin pompas ni exhibicionismos, pero de una afabilidad y simpatía a que ningún huésped podía resistir.

Tenía el Presidente Montt gran afición a la música y admiraba, sobre todas, la alemana de los grandes tiempos. Las sinfonías de Beethoven le eran familiares y las oía con religioso recogimiento. Amaba el teatro

como la más inteligente y útil de las distracciones, y él y su esposa eran asistentes asiduos a la ópera y a cuanto espectáculo dramático se ofrecía en Santiago. Durante sus viajes a los Estados Unidos y a Europa, era el buen teatro el entretenimiento que más les interesaba.

El último gran esfuerzo que hizo don Pedro fué su viaje a la República Argentina en mayo de 1910 para asistir al centenario de esa nación. Fué una jira pesada, laboriosa, con muchas fiestas, inauguraciones, banquetes, bailes, comidas, discursos oídos y pronunciados. Tuvo no poco que sufrir en esa aparatosa excursión que hacía para cumplir su deber y porque era un ferviente convencido de la necesidad de las buenas relaciones y aún la estrecha amistad entre su patria y la Argentina. En torno suyo se agitaron rivalidades, pequeñas rencillas, mezquindades. Y tuvo el dolor de ver a su secretario privado, el señor Armanet, triturado en un accidente del ascensor del hotel en que se hospedaban. La muerte seguía los pasos de don Pedro y mostraba su lívido rostro, golpeando su corazón ya gravemente herido.

Conservo el recuerdo de dos de las últimas entrevistas que tuve con él. Una noche me llamaron de la Penitenciaría de Santiago por encargo del reo condenado a muerte y que debía ser ejecutado a la mañana siguiente, Guillermo Becker, el célebre asesino de la Legación Alemana, autor de uno de los crímenes más crueles y más hábiles que ha habido jamás, creador de una especie de obra maestra del crimen. Era una noche tempestuosa, con fortísima lluvia y viento. Debía acudir. A un condenado a muerte nada se le puede negar y Be-

cker había sido mi amigo. Me dispuse a salir y el diputado don Arturo Alessandri, que estaba en mi oficina corrigiendo unas pruebas, me pidió que lo llevara. Fuimos en uno de los antiguos coches de posta arrastrado por dos caballejos que apenas pudieron atravesar los barro profundos de la carretera llena de baches que conducía a la prisión.

Becker nos dió un espectáculo lamentable. Sentado en un sillón, casi inconocible bajo la larga barba, tiritaba como un epiléptico y sus dientes castañeteaban mientras hacía esfuerzos por decirme lo que quería. Me pidió que hablara con el Presidente y todavía le pidiera el indulto. Creía que el señor Montt no me negaría ese favor. Procuré disuadirlo, hacerle ver que ya el Presidente había dicho su última palabra, que estaba enfermo y a esa hora de la noche no me recibiría. El infeliz insistió y me retiré para ir a la Moneda e intentar la entrevista.

La bondad de la señora de Montt, que velaba celosa el descanso de su marido ya muy enfermo y formaba en torno del hombre que amaba con ternura y admiración una guardia estricta contra los importunos, me llevó hasta el dormitorio de don Pedro. Le pedí excusas y le expliqué mi situación ante un hombre condenado a muerte. Me limité a transmitir la solicitud. "No, mi amigo, dijo el Presidente; siento no poderlo complacer a Ud. Ese hombre no sólo ha cometido un crimen horrible, sino que además ha comprometido con su diabólica trama y la torpeza del Ministro alemán el honor de Chile. Se nos ha injuriado y humillado. Se debe apli-

car la ley en su máximo rigor para enseñanza y ejemplarización”.

Ya no lo vi sino cuando me hizo llamar para despedirse. Se embarcaba para Europa, vía los Estados Unidos, con la esperanza de encontrar alivio en el reposo y las aguas de Nauheim. Lo vi avanzar hacia mí muy pálido, con un color casi terroso en las mejillas morenas, los ojos llenos de lágrimas, y estrechándome fuertemente entre sus brazos, me dijo casi al oído: “Adiós y muchas gracias; Ud. me ha servido tanto y nunca me ha pedido nada. Dios se lo pague.” Ese abrazo y esas lágrimas y esas palabras han quedado en el fondo de mi alma como un título de honor.

Y la muerte continuaba su labor destructora y su ronda de todos los instantes. Al llegar a Nueva York el Presidente fué recibido con homenajes extraordinarios. Era conocidísimo y admirado en ese país que había visitado muchas veces y donde había representado a Chile. El tiempo era horriblemente malo; llovía con fuerza; hubo que retirar la guardia militar de honor que debía recibirlo para no exponerlo a la fatiga de una revista bajo la lluvia. A pesar de todas las precauciones, no era posible librarlo por completo de los periodistas, de las ceremonias oficiales, de las visitas que debía corresponder. Los esposos Montt fueron invitados por el Presidente Taft a almorzar a bordo de su yate, el *Mayflower*, surto en Beverly, cerca de Boston. El Alcalde de Nueva York, Mr. William J. Gaynor, multiplicaba las atenciones durante la estada del Presidente de Chile en la ciudad. El día 9 de agosto, el señor y la señora Montt conversaban con el Alcalde Gaynor

a bordo del vapor *Kaiser Wilhelm der Grosse*, en que partían a Europa. Un insensato se acercó al grupo y disparó sobre el Alcalde Gaynor, hiriéndolo gravemente. El crimen cometido a la vista del señor Montt y de su esposa, lo afectó profundamente. Se iban sumando circunstancias para acabar con sus últimas energías.

Al atracar el vapor en los malecones de Bremen, don Pedro Montt era un moribundo. Apenas pudo desembarcar y falleció en ese puerto. El último dolor grande suyo, debió ser, lo sabemos los que lo conocíamos en la intimidad, morir en tierra extraña, y no en la que amaba sobre todas las cosas de este mundo. Viajaba con su capellán y su muerte fué, como había sido su vida, la de un cristiano convencido, la de un católico que jamás dejó de practicar su religión.

Hay sobre don Pedro Montt un juicio que tiene valor extraordinario, porque proviene de uno de los políticos que con más encarnizamiento combatió su administración: don Arturo Alessandri. Ha dicho en un libro que equivale a unas memorias:

“Encontraba en él a un gran patriota, gran resolución para servir a su país y amor profundo por su grandeza y prosperidad; rectitud de carácter; mucha honradez; gran espíritu de trabajo y esfuerzo.” (1). El señor Alessandri dice más adelante que, en su opinión, el señor Montt no era propiamente un hombre de carácter, sino más bien un hombre testarudo, (usa la expresión francesa *enteté*). Añade que era un espíritu esencialmente analítico y carecía de poder de síntesis.

(1) ARMANDO DONOSO. “Conversaciones con don Arturo Alessandri” Santiago de Chile, 1934.

Este juicio tiene un sentido histórico por la serenidad y justicia con que un formidable adversario reconoce los méritos y grandes virtudes cívicas de don Pedro Montt. Y hasta nos parece que la apreciación sobre el carácter no está tan distante de la verdad. Habría que mitigar el concepto de la testarudez con la fuerza de convicciones profundas y consagración a su servicio; habría que definir el espíritu analítico como una condición del administrador público, aunque reconociéramos que esto privó muchas veces al señor Montt de las visiones de conjunto como estadista. Hay defectos de cualidades.

Si yo fuera algo más que el improvisador que me ha hecho mi oficio y a que me inclinaba mi temperamento, escribiría un libro sobre don Pedro Montt. Es la más grande figura moral de la política chilena de mi tiempo. Si supiera estudiarla y entregarla a la posteridad en toda la belleza de sus rasgos esenciales, apenas comenzaría a pagar la deuda de afecto que contraje en su vida.

DON JORGE MONTT

Era un niño cuando la Escuela Naval, fuente generosa de heroísmos y de virtudes cívicas, lo envió a las naves de guerra de la república, a uno de aquellos barcos de madera, pobres y débiles, que en los días de paz exploraban pacientemente las costas bravías del sur y en la guerra se hundían con la bandera al tope, cuando no habían logrado destruir al enemigo.

Ninguna escuela, ningún maestro, ningún ejemplo podían enseñar al joven Montt la lección austera que encerraban esos viajes por los canales desconocidos de los archipiélagos australes, esos trabajos de hidrografía realizados con espíritu de aventura, sacrificio de la salud, abandono prolongado de todas las ventajas de la vida civilizada.

Nada hay que pueda compararse para la formación de un carácter a aquellas larguísimas navegaciones a la vela en que nuestros guardias marinas y oficiales cruzaban el Pacífico en frágiles corbetas, juguete de los vientos, separadas por meses y meses de toda comunicación con los continentes, perdidas entre los arrecifes de coral o sacudidas por las mares altas del océano solitario.

Era muy joven cuando la guerra con España lo llamó a la acción. El ala de la gloria le tocó por primera vez cuando en Papudo se oyeron los nombres de *Esmeralda* y *Covadonga*, tres veces inmortales en los anales marítimos de Chile. Peleó todas las campañas del Pacífico contra la escuadra peruana, persiguien-

do en la *O'Higgins*, con temeraria audacia, a los ágiles barcos enemigos. Mostró una independencia de carácter, una valentía de sus opiniones, una energía serena de que más tarde había de dar tantas pruebas en el servicio de la nación. Ligó su nombre a esa pléyade de marinos, herederos de la tradición de Cochrane, que con el alma aventurera, sed de gloria, valor personal y genio de los mares, estaban conquistando para Chile el dominio de las aguas, que debía ser condición imperiosa de su desarrollo.

El capitán Montt era ya un carácter, un marino eminente, un soldado ciudadano respetado de todos y temido de muchos, cuando el Congreso Nacional lo llamó a restablecer el imperio de la Constitución y de las leyes en el conflicto entre el Ejecutivo y el Congreso, que dió origen a la guerra civil de 1891.

Llegaba para don Jorge Montt la hora suprema en que su temperamento iba a ser puesto a prueba. Caudillo de una guerra civil, podían despertarse en su alma rencores y venganzas. Jefe no discutido de un ejército y una escuadra que había hecho jornadas brillantes y destruído a sus adversarios, podían revelarse en él los desvanecimientos del que se siente elevado a la cumbre de la autoridad, de los honores, de la gloria humana.

Y en esa hora peligrosa en que tantos hombres han caído bajo el peso de una grandeza que no eran capaces de medir, don Jorge Montt se mostró tan modesto, tan sereno, tan alejado de toda ambición y de toda sombra de vanidad, que el país entero se volvió hacia él, le pidió que aceptara el sacrificio supremo: la Presidencia de la República convulsionada, dividida, expuesta a to-

dos los peligros, agitada por todas las pasiones, batida por los vientos de todas las incertidumbres. Nunca se sentó en el sillón de los presidentes de Chile ciudadano más leal a los principios que había jurado respetar; nunca un soldado olvidó más completamente que ceñía una espada; jamás tuvieron la Constitución, las leyes, el derecho, servidor más inflexible que este comandante desembarcado de su buque para entrar a la Moneda. La presidencia de don Jorge Montt, modelo de respeto a las garantías constitucionales, en la cual los propios adversarios de la víspera pudieron organizarse en partido político y volver sin cuidado a las luchas cívicas, en que la cabeza siempre tranquila del Presidente sólo tuvo pensamientos para reanudar la vida normal del país e impulsar su progreso, en que el marino ajeno a las intrigas de la política mantuvo la dignidad del cargo y se rodeó de los hombres más ilustres de la nación, la Presidencia del almirante ciudadano es grande honra para este admirable servidor de la patria; pero también es gloria de la Marina de Chile, institución cívica que educa a sus miembros en su escuela y en sus naves para el sacrificio de todas las horas en aras de la patria.

Gracias al carácter de don Jorge Montt nuestra historia presenta este caso único en la vida sudamericana: el vencedor de una guerra civil que se convierte de un instante al otro, sin transición, en un ciudadano esclavo de la ley, que cumple un mandato popular con la sencillez de un Cincinato y la sabiduría de un Catón.

Los gobernantes que le sucedieron, entregaron a sus manos la Marina nacional que había sido reorganizada sobre nueva bases. Fué por muchos años Director

General de la Armada, con una autoridad que el gobierno mismo no discutía, con un prestigio en la opinión pública raras veces igualado, en medio del respeto de los mismos que habían sido poco años antes sus adversarios y ahora se inclinaban ante su espíritu de justicia y su patriotismo.

La Marina le debe en esos años reformas valiosas, progresos considerables; pero le debe especialmente una tradición de caballeridad, de alto sentido moral, de pureza administrativa, de honradez inmaculada. Benévolo, generoso, severo consigo mismo antes que con los demás, el Almirante Montt era terrible, intransigente, duro, cuando hallaba en su camino la doblez de carácter, la falsía, el abandono del deber, la negligencia de las obligaciones profesionales.

Viejo y cansado, lo vimos retirarse del servicio naval, después de más de medio siglo de incesante consagración al Estado, y creímos que iba a reposar. Quien tal imaginó no lo conocía. El Almirante Montt no había sido hecho para colgar las armas con que había luchado una vida entera al servicio de la patria. Le había dicho en una ocasión a un amigo que cuando se retirara de la Armada, le gustaría ser Alcalde de Valparaíso.

Aun queda en el puerto el rumor de su paso por ese cargo cívico; aun se oyen ecos de las protestas de los detentadores del interés comunal; aun gritan los lobos que persiguió sin piedad en la selva oscura de los intereses municipales de la ciudad que amaba tanto. La mano de este hombre viejo, que había tenido firme y seguro el timón de naves más grandes, no vaciló un punto. Su administración comunal fué una barrida impla-

cable en que los últimos rincones de los servicios desorganizados y corrompidos sintieron que por allí iba pasando uno que mandaba, uno que tenía el valor de afrontar a los caciques electorales y a todo el que pretendiera seguir el juego escandaloso.

Todo debía saborearlo en su existencia el hombre que había conocido los más grandes peligros sin temer nunca, los más altos honores sin desvanecerse, las más terribles luchas sin vacilar un punto; todo, hasta la ingratitud de los mismos que habían servido con desinterés. El pueblo de Londres permitió un día que unos desalmados apedrearan la casa que la nación había obsequiado al vencedor de Waterloo, y Wellington murió sin haber hecho reponer los vidrios rotos que eran vergonzoso testimonio de esa injusticia. El pueblo de Valparaíso dejó que una turba apedreara la residencia de don Jorge Montt y el gran servidor salió de la ciudad de sus afectos para venir a terminar sus días en la capital, sin querer volver sus pasos jamás a la comuna que había servido con abnegación generosa, al puerto donde muchas veces había desembarcado de una nave cargada de despojos de los enemigos de la patria.

Hasta su última hora el Almirante Montt no tuvo un pensamiento que no fuera para su hogar nobilísimo o para la patria. Fué un gran ciudadano, un soldado glorioso, una honra de su raza, un modelo para todos sus compatriotas.

Sesenta años de la vida de la república llevan la huella de su valor personal, de su integridad, de su carácter altivo y sereno, de su gran patriotismo, de su concepción austera, como la de un romano de la época re-

publicana, de los deberes que todo hombre contrae con la tierra que le vió nacer, con la comunidad en cuyo seno vive.

Don Jorge Montt es un gran continuador de tradiciones que nos enorgullecen. Su nombre y su vida parecen ya una tradición y una leyenda que los niños de hoy deben repetir para inspirarse en altos ejemplos.

PAULINO ALFONSO

Se ha escrito mucho sobre Paulino Alfonso. Su personalidad tan fuerte y tan original seduce a los que alguna vez se acercaron a ella, a los que aun de lejos la contemplaron. Pero estas figuras de relieves muy individuales, que no se parecen a nadie, son engañosas. Se nos imaginan fáciles y son esquivas. Todos creemos poderlas retratar en cuatro rasgos y luego nos resultan complejas, variadas, enormes de proporciones, oscuras en muchos de sus aspectos.

Hombres como Paulino Alfonso se esemejan a las montañas que vistas de lejos invitan a la ascensión fácil y rápida, pero luego se advierte que tienen la cima en las nubes y que habrá de anochecer antes de que la alcancemos. Cada uno las ve desde su punto de vista y ve sólo un costado, una falda del monte, mientras los otros aspectos que guardan maravillas le están ocultos

Lo he seguido durante casi toda su vida como la generación a que pertenezco seguía a la suya. Lo he seguido porque me interesaba al principio, porque lo admiraba después, porque lo amé como un amigo excepcional más tarde, cuando disciplinas que a ambos nos atraían nos fueron uniendo en un afecto sincero. ¿Pero sé yo acaso más de su ser íntimo, de su espíritu multiforme, de su naturaleza delicada? Para entenderlo bien sería menester parecersele, haber vivido en la re-

gión suprema de los ideales en que él vivía por dentro, cualesquiera que fuesen sus actividades externas, sería menester no haberse estropeado el sentido en la lucha cuerpo a cuerpo que los de mi profesión libramos sobre el duro suelo de los sucesos diarios.

Mi más viejo recuerdo de Paulino Alfonso está unido al de sus padres. Era yo un chiquillo vagabundo que iba por la Alameda a su colegio y así como conocía las estatuas y los árboles, así sabía de memoria cuáles eran los paseantes habituales de aquel sitio y podía repetir los nombres de los más notorios.

Cada día encontraba el bello grupo: un caballero de porte elegante que vestía con atildamiento, llevaba en invierno un gabán con ancho cuello de pieles y cubría la cabeza blanca de rasgos muy finos con el sombrero de copa que todavía no abandonaban los magistrados, los hombres constituídos en autoridad; daba el brazo a una dama tocada con una de esas capotas con bridas anudadas bajo la barba, que son el marco en que los de mi tiempo vemos todavía en sueños el rostro de la madre; y a uno y otro lado marchaban dos jóvenes que se les parecían y que se llamaban Paulino y José Alfonso.

Ni el más indiferente de los espectadores hubiera podido pasar junto a este grupo sin advertir la animación de la charla, el interés con que los cuatro se hablaban y escuchaban, la nobleza austera del padre, la infinita dulzura de la madre, la vivacidad de los hijos y el amor que a los cuatro parecía envolver como en una aureola.

En ese hogar halló el alma de Paulino Alfonso todos los elementos que necesitaba, cuánto podía apetecer

en su serena y pura juventud. Era una casa patriarcal que exhalaba un perfume antiguo por las virtudes austeras que en ella se practicaban; pero era a un tiempo hogar de cultura moderna, de amor al progreso, de fe en los ideales, de confianza en el futuro. El magistrado ilustre, el servidor de su patria que fué don José Alfonso enseñaba a sus hijos con el ejemplo y la palabra, la gran lección del desinterés en el servicio de sus semejantes, la práctica del bien, el culto de lo bello, la veracidad y el patriotismo, pero un patriotismo que no conocía la fiebre del poder ni los enredos electorales, un patriotismo que era la aplicación de todas las facultades del alma y todas las energías del cuerpo al engrandecimiento de la colectividad, a su mayor bienestar, a la difusión de la felicidad entre los que comparten con nosotros la tierra que limitan el mar y la montaña.

Don José Alfonso habló a sus hijos una lengua de que ya quedan pocos ecos. Ellos mismos han recordado sus enseñanzas y evocado su figura en un libro íntimo que contiene páginas exquisitas. Y a su lado ponía la madre, junto con una inteligencia penetrante, fina, de consejera aguda, la infinita piedad de la mujer cristiana que no ha tenido otra existencia que la del hogar, y en todos los pasos de la vida ha sido ante todo y sobre todo madre.

Mi primer encuentro con Paulino Alfonso es también de mi niñez, como esta visión del grupo familiar. El estaba sentado en el sillón del examinador y yo en el banquillo del estudiante de humanidades que da exa-

men. Ignoro si los niños de hoy pasan por esos días de terror que nosotros sufrimos. Los que entonces recibíamos educación en los colegios religiosos — eran los tiempos en que los demonios de las luchas teológicas andaban sueltos por el mundo y envenenaban la vida — sabíamos que había hombres bastante crueles para castigar en los niños el delito de las doctrinas profesadas por sus maestros. Y cada examen era una ocasión de pavor, era una angustia cuyo solo recuerdo todavía me oprime y me indigna.

Antes de subir al cadalso, quiero decir, antes de sentarme en la silla de la tortura del examen, un compañero murmuró a mi oído: “Te va a tocar Paulino Alfonso... ¡Buena la suerte!” Su justicia, su bondad, su imparcialidad, su horror a los sectarismos y crueldades, ya habían difundido en torno suyo la amable leyenda.

Y fué una buena suerte. En el curso del examen yo expuse con la seguridad propia de los 15 años una doctrina. El examinador me hizo algunas objeciones con blanda serenidad. Yo insistí, pensando que trataba de cerciorarse de la profundidad de mis convicciones. Discutimos. Comenzaba a temer que pensara de muy diversa manera. Pero luego, con un largo gesto de aquel brazo que decía tanto, cortó el debate, me invitó a recibir la votación y dijo con suma cortesía: “No estoy absolutamente de acuerdo con sus ideas, pero usted las ha sostenido en buena forma y yo las respeto”. La inmensa sensación de alivio del niño de entonces subsistió en el hombre de hoy al contacto del recuerdo y al evocar la memoria del examinador.

Como a todos los jóvenes de mi tiempo este hombre me intrigaba, me atraía, me invitaba con una extraña seducción a seguir sus pasos y darme cuenta de su espíritu y tendencias. Bien sabía que la multitud, no pudiendo entenderlo, lo clasificaba como a tantos otros entre los *raros*. ¡Es un hombre raro! ¡Es muy raro! La frase la hemos oído muchas veces y seguimos oyéndola. Desconfiemos de ella. Para la multitud esa palabra *raro* designa de ordinario lo que es distinto y original, lo que subleva a la mediocridad que quisiera reducirlo todo a su propio nivel. La mediocridad es igualitaria, terriblemente igualitaria, y cuanto amenaza alzarse sobre ella, le parece un peligro.

En sociedades como la nuestra, la originalidad ofende. Tener una personalidad propia, bien definida, acentuada, que se libera de los moldes ordinarios, es casi un delito. En la juventud eso a nadie se le perdona. Se suele tolerar en la vejez en gracia de los pocos años que al hombre original le quedan para perturbar la monotonía sagrada de este mundo.

Pero Paulino Alfonso tenía, además de la originalidad de los rasgos principales de su carácter, otra razón para no ser comprendido del gran público, especialmente en sus años juveniles. Un gran idealismo convertido en norma suprema de la vida pública y privada, una sinceridad implacable, una veracidad a prueba de tentaciones, una absoluta pureza de intención y una perfecta elevación moral no son comprensibles para todos.

La vida de Paulino Alfonso está llena de ese desconocimiento de sus cualidades por la mayoría de sus contemporáneos. ¿Eramos entonces más pasivos y ma-

terializados que hoy? Es posible. De todas suertes, es seguro que éramos menos cultos en el sentido de menos respetuosos de las modalidades de los demás y menos tolerantes. En su juventud, Paulino Alfonso recibió más de una vez el asalto de la burla y del escepticismo.

¿Qué le importaba? El vivió siempre con los pies sobre el suelo, pero tenía la mente en un plano superior, en un mundo sin limitaciones impuestas por la materia, sin frontera en el espacio ni en el tiempo, en comunión con todos los genios por la intensidad de sus lecturas y meditaciones, en comunión con la naturaleza que fué uno de los grandes amores de su vida.

Su rostro, su figura, sus ademanes, reflejaban su espíritu y carácter. Muy alto, siempre salía por encima de la muchedumbre y ésta no lo ahogaba. Llevaba sobre la cabeza, que los años fueron haciendo cada día más semejante a la de su padre, un ancho sombrero; sobre sus hombros colgaba de ordinario el gabán flotante, sujetando los brazos en las mangas; parecía que por un error había vestido el vulgar traje moderno y que echaba de menos una capa, un manto, un traje talar.

Y es que física y moralmente este hombre singular tenía algo del caballero del Santo Graal guardador, de la torre inaccesible, de la más sacrosanta reliquia de amor de Dios a los hombres, algo del sacerdote penetrado de un místico anhelo de abnegarse, mucho del valiente que desde el templo en la montaña parece ser centinela de la ciudad, velando por ella noche y día.

Así, como a un espíritu selecto que miraba más a

to y que veía más lejos, lo he ido a buscar innumerables veces en las horas de duda y de lucha y desconcierto. Y muchas veces en esas horas ha llegado él hasta mí y de él he recibido el pensamiento sereno, libre, original, movido sólo por el amor, por la justicia y por la verdad.

Como nunca cruzó su alma ni una sombra de egoísmo, era por excelencia el animador, el que estimula, el que aplaude y empuja a los que están bajo el sol del mediodía, sedientos de un poco de simpatía, arando y sembrando la tierra dura de la opinión pública.

¡Cuántas veces he recibido de él al día siguiente de un discurso o de un artículo una de esas cartas de dos líneas en que un afecto delicado se escapaba de los caracteres pequeñitos, como filas de hormigas inmovilizadas sobre el papel!

Esta escritura de Paulino Alfonso, que a veces es preciso mirar bajo un lente, es como una definición de su temperamento de artista. Son caracteres perfectos, armoniosos, de un dibujo acabado, de una elegancia extrema, pero parecen estar a mucha distancia de nosotros. Son como su voz que sonaba amable, que tenía inflexiones para expresar todos los afectos y todos los matices de la pasión, pero que sonaba de lejos, como un eco de otro mundo.

Con ese mismo amor de lo pequeño y lo perfecto hacía miniaturas exquisitas, dibujos de una perfección desesperante. En su obra artística, como en la literaria, a veces en su oratoria, había una tendencia al preciosismo, fruto de su refinamiento, de su horror a la fealdad en cualquiera forma y de su convicción de las limitaciones del arte. Era sencillo y natural; jamás caía en

afectaciones, y los que pudieron tomar por tales algunas formas demasiado exquisitas de su producción artística, no lo conocían. Era esa la manifestación legítima de su espíritu y su temperamento.

Y sin embargo, en la vida ordinaria, este autor de miniaturas, este poeta delicado y soñador, solía encontrar acentos de una indignación terrible, sarcasmos duros, ironías punzantes. Jamás puso en sus expresiones una gota de veneno. Pero cuando se indignaba, solía tener ecos de una especie de cólera santa. Tenía enemigos que lo irritaban; sus enemigos no eran hombres, eran abstracciones que solía hallar encarnadas en individuos. Se llamaban la falsía, la mentira, el grosero materialismo y, ante todo y más que todo, la necedad insolente que pasa triunfante en el carro de nuestras democracias.

Entró en la vida política y gastó en ella energías admirables por un sentimiento de deber social. En el Congreso trabajó incesantemente. ilustró los debates, dió ideas, hizo obra de cultura, de patriotismo, de un espíritu cívico llevado hasta una especie de sacerdocio.

Cuando murió dijeron que todos lo amaban y respetaban. Es cierto; llegaron a respetarlo; se impuso sobre la mezquindad de nuestra vida política. Pero no hizo ni pudo hacer allí lo que había el derecho de esperar de él, que había llegado hasta la Cámara con un raro bagaje de cultura, de intenciones altas, de capacidad, de espíritu de servicio para el bien general.

Hizo bien en retirarse de la vida política. ¿Qué hacía en ella? No era ambicioso; no estaba dispuesto a renunciar a su conciencia por intereses de partido, no te-

nía negocios; no sabía adular ni a los gobiernos ni a la multitud.

¿Qué hacía en la vida política? Era culto, mesurado, independiente, respetuoso de todas las opiniones, lleno de fe en el progreso y en tantos ideales.

Se retiró a tiempo, cuando el Parlamento de este país comenzaba a derrumbarse por el camino, en el cual no pudimos detenerlo. ¿Qué habría hecho Paulino Alfonso en ese Parlamento?

Un día clamó como un vigía desde lo alto, denunciando erróneos rumbos internacionales, y tuvo el valor de salir casi solo a oponerse a los convencionalismos y al engaño colectivo que nos hacen repetir fórmulas falsas, que sabemos falsas, pero que no nos atrevemos a contradecir, porque son las que todos repiten.

Y dijo entonces que para hallar la solución del conflicto con el Perú, que nos hacía daño perpetuándose, debíamos aplicarle el criterio de la justicia y del sentido común, que tan bien se hermanan, debíamos ceder algo para que los contendores también cedieran, debíamos dejar de declamar y ponernos a pensar.

Fué escarnecido, fué vilipendiado, se le infirieron heridas que llevó abiertas el resto de su vida. Se cometió con él la más grande de las injusticias.

Juntos habíamos hecho campañas de bien público. Juntos habíamos luchado contra hombres que llevaban los nombres más ilustres de este país, hombres que eran pocos menos que padres de la patria, para obtener modestas etapas del progreso, tales como el alcantarillado de Santiago y el ferrocarril trasandino. Porque es preciso que se sepa que para esas obras, lo mismo que hoy

para otras semejantes, nos estrellamos con las grandes cabezas de Chile y hubo que golpearlos reciamente para que se dejaran penetrar por la idea nueva, como hay que golpear recio ahora sobre otras, para empresas análogas.

Cuando Paulino Alfonso seguido de unos pocos, pronunció la palabra arbitraje en nuestro litigio con el Perú, sabíamos todos que tenía la razón; lo sabían sus adversarios; pero todos temblábamos ante la idea de disgustar a la multitud, de que se aprovechara en contra nuestra aquel concepto. Era la idea salvadora; nos habría evitado sacrificios y conflictos y angustias si entonces la hubiéramos adoptado. Pero los otros gritaban más alto, declamaban con más verbosidad. ¿Y quién se atrevía?

Fué preciso que el tiempo anduviera, que los espíritus recibieran lecciones duras, que compráramos a precio muy caro el derecho de decir lo que pensábamos, para que sintiéramos que su pensamiento era patriótico y era justo.

¡Qué fácil es ser patriota declamando y adulando las pasiones!

¡Qué difícil diciendo la verdad, aunque sea dura, y obligue a renunciarse!

Pero llegó el día en que Paulino Alfonso alcanzó a ver la derrota de los que gritan y no razonan. La idea sembrada por él se había esparcido por toda la tierra de Chile, había germinado y el pueblo, que la había hecho suya, impuso la solución que él había previsto y el Gobierno adoptaba por fin.

Pero estas luchas gastan y entristecen al que no

ha puesto en ellas vanidad y no tiene el impulso de salir a proclamar que aquello él lo había dicho, él lo había señalado. Un hombre como Alfonso no tiene en esa hora, sino el pensamiento melancólico del tiempo perdido, de la gran ceguera colectiva, de los males que la colectividad ha sufrido.

En sus años postreros se refugió en las letras, en las artes, en su hogar y en sus amistades. Era su mundo propio y natural, lo limpio, lo que no alcanzan a salpicar el lodo y la sangre de la calle por donde pasa la ambición en lucha con la muerte, donde las pasiones se revuelven en estruendosa batalla.

Y se refugió más alto aún en un pensamiento religioso, cuya extensión no me sería dado definir, pero que alcancé a adivinar muy hondo y muy puro. Lector constante de las Escrituras Sagradas, hallaba en el Evangelio supremos consuelos. Un misticismo filosófico, que nadie habría podido confundir con el sentimentalismo religioso que algunas gentes adoptan casi como una *pose*, invadía su alma a medida que avanzaba en ese estudio. Paulino Alfonso llegó a conocer y amar la persona de Jesucristo como pocos hombres lo han logrado. Hablando de Jesús se exaltaba en un raptó de admiración y amor. Explicando la doctrina que enseñó el Maestro a la Samaritana junto al pozo de Jacob y a la multitud, en la montaña, su alma se iluminaba con esperanzas infinitas. Y es que él sabía cómo y dónde se adora a Dios en espíritu y en verdad.

De lo de acá abajo se me ocurre que le quedaban pocas ilusiones. Miraba hacia arriba cada día con mayor fijeza y seguramente su oído afinado por la con-

templación percibía armonías infinitas, presentes siempre en la naturaleza.

No ha mucho tiempo, en una mañana primaveral, caminábamos por la caja del Mapocho, soñando todavía con hacer un Santiago bello, ideando la prolongación de un parque en el fondo de cuyas avenidas aparecerían los Andes como una visión majestuosa. Lo oía hablar de todo aquello; trazaba en el aire con grandes gestos las líneas bellas que veía en su imaginación. Le pedí que escribiera y se excusó. Quise censurar su apartamiento de la vida pública y le insinué que procurara volver al Congreso. Entonces alzó la mano, aquella mano elocuente que hablaba tanto como su boca, y me dijo desde el fondo de su voz lejana, como un clamor distante: "No, mi amigo; en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño".

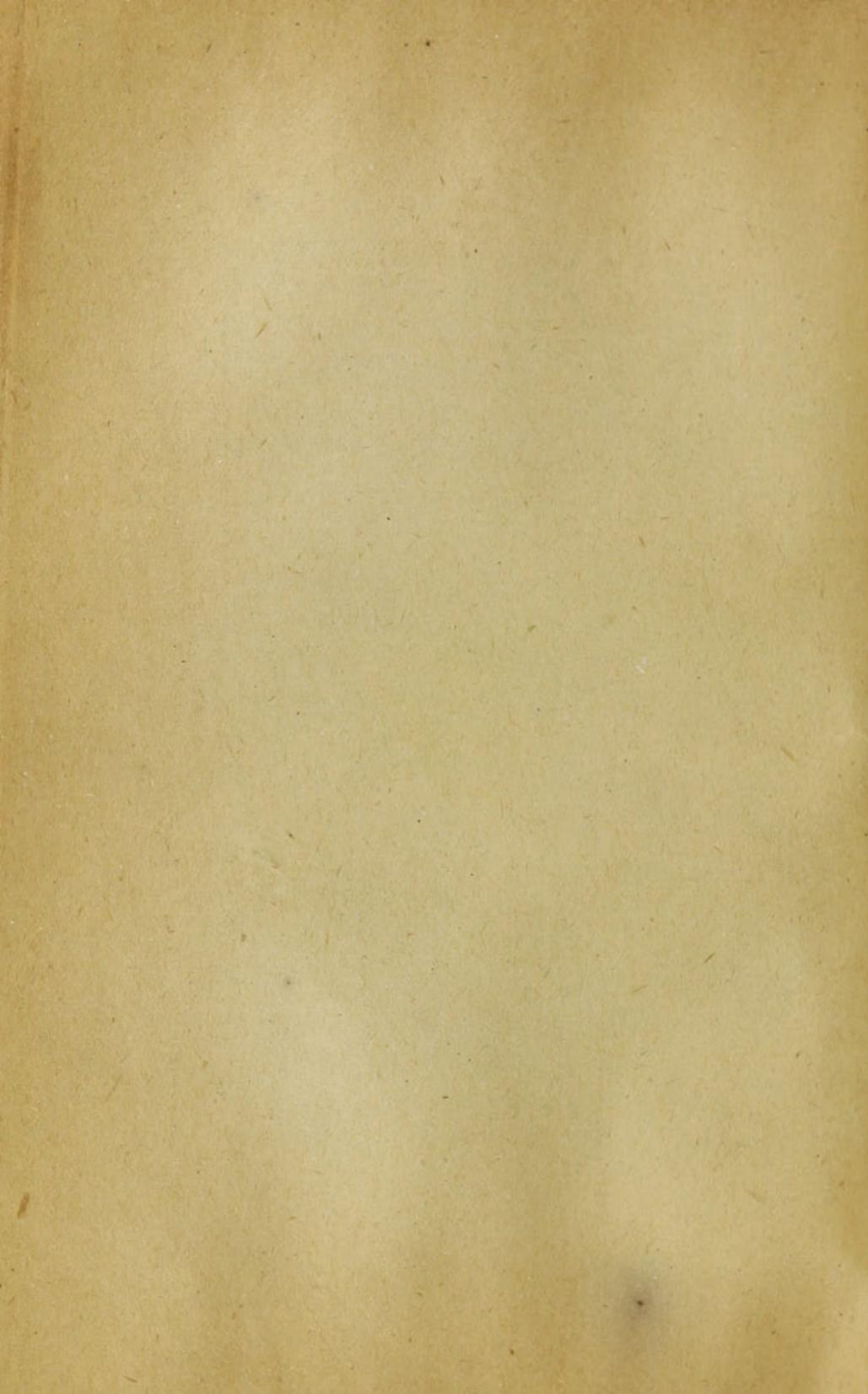
Y aquellas tristes palabras con que el Caballero de la Mancha contestó al morir la invitación de su escudero, me revelaron el estado de su espíritu. La sombra iba ya subiendo por la falda de la montaña y una melancolía, que no era perceptible para todos, una melancolía que se ocultaba púdicamente, con el gran pudor de los sinceros y los meditativos, se extendía sobre su alma virtualmente desprendida de este mundo.

Pero el deber era más fuerte. Hasta el último día el centinela de la ciudad ideal velaba, y el mismo diario que anunció su muerte, publicó las líneas que había dictado horas antes sobre la transformación de Santiago.

Y una tarde brumosa, fría, húmeda, dejaron la envoltura que había quedado vacía al huir su espíritu, bajo la tierra helada.

¿Quién podrá dudar de la inmortalidad de ese espíritu que ahora mismo sentimos como presente entre nosotros? Alma excelsa y pura, en lucha con los medios de expresión insuficientes, que no alcanzó jamás todo lo que hubiera anhelado, que no pudo satisfacer su sed de justicia, de verdad y de amor, tiene que habitar otra morada donde, libre de esos contrastes, realice su aspiración.

El lo sabía; él lo esperaba. Ciertamente lo ha alcanzado.



JOAQUIN DIAZ GARCÉS

En la primera página del primer libro en que reunió algunos de sus artículos, escribió Joaquín Díaz Garcés una advertencia que comienza de esta manera:

“Así como a nadie se le ocurre confundir al monaguillo que enciende las luces del templo, abre las puertas para que entren los fieles a orar y coloca los vasos sagrados sobre el ara, con el levita que oficia en los altares, predica desde el púlpito o reza la encendida plegaria desde el coro, he creído siempre que no debe confundirse a los periodistas que impulsamos los diarios, estos rápidos vehículos de la idea, de la información y de la propaganda, con el hombre de letras que en la intensa gestación de un libro estudia las almas y sabe conmoverlas”.

Si de esta suerte hablaba quien tuvo el raro privilegio de hacer labor de artista literario en la hoja fugitiva, quien improvisó todos los días de su breve y exuberante vida de escritor alguna página con elementos durables, de belleza inmarcesible, debiera con mayor razón abstenerme yo de emprender el estudio de esta personalidad brillante y variada, cuyo examen sería labor adecuada para un escritor de aguda penetración en la psicología, capaz de situar a Díaz Garcés en el momento histórico en que vivió, apto para juzgar de estilos y tendencias, y que diera al ensayo biográfico una elegancia comparable a la del modelo.

A Díaz Garcés, como a todo periodista de verdad,

esto es, el que primariamente es periodista y sólo por accidente otra cosa, debía causarle temor exhibir sus trabajos en un libro destinado al juicio de los críticos, de los literatos profesionales, de los que en un género o otro están esforzándose por dejar a la posteridad algunas obras en las bibliotecas y varios nombres en los catálogos de las librerías.

Los periodistas creamos cada mañana una obra completa, una historia del día que pasó; escribimos todas las noches el poema de los dolores y alegrías del mundo; contamos las tragedias de los pueblos y hacemos su epopeya. Pero ese volumen frágil, sin consistencia, porque fué improvisado, vive sólo unas horas. Nace con el sol y al mediodía está olvidado. Lo hicimos en un esfuerzo colectivo, afiebrados por la urgencia, entre muchos hombres, valiéndonos de todos los medios que la industria humana inventa para comunicarse, del telégrafo, que ya parece anticuado, de los cables que descienden al fondo de los mares, de las ondas que invisibles transmiten a distancia la voz humana, de las máquinas en que se domina el aire y se cruzan los mares y los continentes.

Tiempos gloriosos se nos antojan ya aquellos en que el periodista podía escribir en la paz de su gabinete un artículo meditado para exponer en varias columnas ideas y argumentos. Y aun los años en que Díaz Garcés dió al periodismo todo el ardor de su alma y la espléndida luz de su inteligencia, no fueron tan urgidos como los presentes, porque hoy nadie quiere ya detenerse, el telégrafo llena las páginas con sus informaciones rápidas, incompletas a veces, maravillosas por su universalidad. Y en el diario moderno apenas si hay re-

so para pensar lo que se escribió cuando ya está im-
so y ha volado por el mundo y es como la palabra y
piedra suelta del proverbio.

Joaquín Díaz Garcés llegó un día a las oficinas de un diario popular que se titulaba "El Chileno" y presentó al que era su redactor único, un pequeño artículo sobre las desventuras y molestias de los viajeros de un cierto tranvía arrastrado por caballos que corría por el camino de Ñuñoa hasta las puertas de la chacra de Tobalaba, propiedad entonces de su padre don Joaquín Díaz Besoain. Era uno de tantos párrafos como llegan a las imprentas para protestar de malos servicios; pero estaba escrito con tal espontaneidad, elegancia de estilo y burilón ingenio, que el redactor supo desde ese momento que tenía delante de sí a un escritor y, mejor aún, por ser el género tan escaso en Chile, a un humorista.

Era entonces el futuro Angel Pino un adolescente de 17 años; el rostro moreno y pálido, de líneas nobles, tenía un vago aire napoleónico; la cabeza era grande y del género romano con curvas bien pronunciadas; la boca sonreía, pero sabía plegarse en una expresión concentrada; los ojos francos, limpios, de esos que miran de frente, parecían asomarse alegremente a la vida y tenían en el fondo de las pupilas oscuras una luz pequeña que se encendía al hablar con el destello de su burla amable.

Lo retuve con la ansiedad del que ve pasar un espíritu amigo y teme que la entrevista sea como la de los barcos que se cruzan en la noche y se alejan después de

encender unas luces para hundirse en las sombras. Conversamos largo rato y no le costó esfuerzo ser loquaz y hacerme relativas confianzas, porque nos conocíamos sin habernos visto nunca. Veníamos ambos del mismo colegio, aunque separados por diez años, que en esa edad son muchos. Teníamos amigos comunes y conocía yo a su padre.

Me contó que el año anterior había terminado sus humanidades en el Colegio de San Ignacio y estudiaba derecho en la Universidad Católica. No tenía vocación de abogado, pero deseaba complacer a sus padres. Era preciso seguir una carrera y aquélla le repugnaba menos que las otras. Le oí entonces una observación que después repetía con frecuencia: "El Código Civil, decía, es una inmoralidad, porque es la pretensión absurda de encerrar en 2.500 artículos todas las posibilidades de las relaciones entre los hombres". Amaba las letras. En el colegio se había ensayado, pero el padre Soler quería ajustarlo dentro de unas disciplinas clásicas con las cuales se avenía mal su carácter. El jesuíta había acabado por convencerlo de que escribía muy mal y era además un "naturalista", como entonces se decía, y podía exponer la salvación de su alma si seguía por esos caminos literarios, donde acechan al joven el mundo, el demonio y la carne.

Me confesó que, a pesar de todo, no lograba vencer la comezón de escribir; pero no frivolidades como aquel parrafillo que yo había recibido con tantos elogios, sino cosas serias, estudios críticos, defensas de la religión. Un día había llevado un artículo literario a "El Porvenir", el diario católico de entonces, con una carta de pre-

sentación de su padre para el redactor principal, el gran polemista y notable escritor don Rafael B. Gumucio, padre del actual senador y hábil periodista del mismo nombre. El redactor juzgó el artículo bien escrito e interesante, pero le observó que de paso había hecho un caluroso elogio de Víctor Hugo y no convenía prodigar excesivas alabanzas de los que en materias doctrinarias no estaban del todo en armonía con nuestras ideas. Díaz Garcés estaba escandalizado. Su primer contacto con el criterio político había sublevado la honradez de su alma de artista. No volvió a las oficinas de ese diario. Me pareció que aquel joven era enviado a "El Chileno" por una providencia protectora especial de nuestra empresa. El diario comenzaba entonces su maravillosa carrera que debía llevarlo en unos pocos años a la más alta circulación y más amplia popularidad de Chile. Queríamos hacerlo un diario fácil de leer, incisivo en la defensa de nuestros ideales, pero en todo diverso de las pesadas hojas sin nervio ni agilidad que eran los grandes diarios de entonces.

Era "El Chileno" un diario popular fundado años antes por el presbítero don Esteban Muñoz Donoso, hombre de letras, buen orador, poeta de entonación clásica que escribió un poema sobre el descubrimiento de América en octavas reales, con todas las reglas de la epopeya, según los preceptistas, y hasta con "máquina". La autoridad eclesiástica, propietaria de "El Chileno", lo vendió en 1892 a un grupo de jóvenes católicos que no ocultaban su ánimo de independizarse del Partido.

Conservador en cada problema de actualidad cuya solución les pareciera más racional fuera de los rumbos oficiales del directorio. Los encabezaba don Joaquín Echenique y formaban el grupo Juan Enrique Tocornal, Juan de Dios Vergara Salvá, Nicolás González Errázuriz, Ricardo Salas Edwards, Silvestre Ochagavía y Alfredo Undurraga Huidobro. Todos ellos seguían entonces las ideas de Federico Le Play, el autor de la "Reforma Social", esbozaban una tímida democracia cristiana, y hallaron a poco andar su defensa en la Encíclica de León XIII sobre la cuestión obrera; leían a Bastiat y como eran en el fondo individualistas más o menos formados por don Zorobabel Rodríguez, se atrevían a buscar en Herbert Spencer inspiraciones económicas y lo que entonces llamábamos "soluciones de libertad".

El diario era inspirado por don Joaquín Echenique, hombre de gran cultura intelectual, ingeniero muy aficionado a estudios sociológicos, dotado de una perseverancia a prueba de dificultades y de una gran agudeza para entender a los hombres, todo ello unido a un desinterés absoluto. Lo asesoraba muy de cerca don Nicolás González Errázuriz, también muy inteligente, culto, en extremo bondadoso y más flexible y con más malicia que el señor Echenique. Los demás solían hacer observaciones y ayudaban a mantener el rumbo general, pero dejaban en manos de Echenique y González la verdadera dirección.

Pero el Poder Ejecutivo de "El Chileno" era el administrador, don Enrique Delpiano, compañero de colegio de algunos de los propietarios, Cónsul de Chile

en Bolivia durante algún tiempo, y a quien sus amigos dieron ese cargo cuando la caída de Balmaceda lo obligó a regresar a Chile. Delpiano es una de las personalidades más interesantes y más originales que he hallado en mi vida de periodista. Tenía un talento vigoroso, un ingenio que caía sobre los aspectos ridículos de hombres y cosas, una pasmosa facilidad para hablar en retuécanos graciosísimos, enorme cultura literaria clásica y moderna sobre base de latín, y más adelante probó, además, una capacidad portentosa para administrar una industria y hacerla producir dinero.

Cuando Delpiano tomó la administración de "El Chileno", éste era un diario del formato de un cuarto mercurio y tenía una circulación no mayor de seis mil ejemplares. Al cabo de cuatro o cinco años lo había extendido al gran formato de los diarios importantes y alcanzaba una circulación que los días festivos subía a 70.000 ejemplares y no bajaba jamás de 40.000. Y todo esto al precio de un centavo el ejemplar en los comienzos, dos centavos más tarde, y por último, dos centavos y medio. Para facilitar este último precio, que era el mismo del pasaje en la imperial de los tranvías, se acuñó moneda de cobre de dos y medio centavos por una ley presentada al Congreso por nuestros amigos, diputados Echenique, Tocornal, González Errázuriz, Ochagavía y no recuerdo si algún otro.

El talento de Díaz Garcés, su profundo sentido del humor, la gracia y simpatía de su espíritu bondadoso, debían hacer de "El Chileno" una novedad en el periodismo nacional, digámoslo con mayor exactitud, un caso único en nuestra prensa: el periódico bien informa-

do, con muchos anuncios que le daban existencia independiente, con un cuerpo de doctrinas políticas y sociales muy definidas, libre para defender los legítimos intereses de las masas populares contra los intereses partidistas o de otro orden, escrito en tan liviana forma, con tal claridad y sencillez que pudieran leerlo y entenderlo y recibir sus influencias lo mismo las gentes cultas que las más ignorantes, esos que el mismo Díaz Garcés solía llamar "los analfabetos que saben leer y escribir".

Perseguíamos unos resultados que parecen paradójales: el diario muy culto, refinado en el estilo, pero consagrado al interés del pueblo, atrevido en la reforma social, pero opuesto a la anarquía; ingenioso y burlón, sin caer jamás en la licencia, la injuria o la alusión personal ofensiva. Y estas paradojas realizó "El Chileno" bajo la inspiración inteligente de Delpiano y Echenique, desde que Díaz Garcés le dió la flor de su ingenio en la espléndida alborada de su talento literario.

Lo llamaban el "diario de las cocineras" y era cierto que al volver del mercado cada una de ellas llevaba en la canasta sobre las cebollas y lechugas un número de "El Chileno". Y a poco andar, nadie podía obtener un empleo en el servicio doméstico o conseguir una buena cocinera, niña de la mano, niñera o cochero si no avisaba en nuestro diario. Pero como el diario tenía las mejores informaciones y los artículos más libres de presión política partidista y la más honrada inspiración, comenzaron muy pronto a tomarlo en cuenta y a leerlo y a considerarlo todos como una de las fuerzas de opinión que había en el país. Los grandes diarios no nos

nombraban jamás. Nos miraban como el enemigo común. Los conservadores ortodoxos nos juzgaban peligrosos innovadores e indisciplinados. La autoridad eclesiástica vivía en constante zozobra, pero nos amparaba la amistad personal que cada uno de nosotros cultivaba con ese hombre de talento y gran cultura que fué el Arzobispo don Mariano Casanova. Los liberales y radicales nos consideraban una "sacristía picaresca" como dijo Roberto Huneus en su libro "Sursum Corda". El público compraba el diario y avisaba en él.

Aprendimos mucho en "El Chileno" sus redactores de entonces. Había que escribir corto y claro. El público, en su mayoría de gente del pueblo, nos exigía brevedad y precisión, lenguaje transparente, artículos que de ordinario no pasaban de media columna del formato de los diarios de hoy. Yo tomaba los asuntos serios, política, economía, cuestiones sociales. Díaz Garcés escribía la crónica festiva de los sucesos del día y creaba ya el género de apuntes de costumbres, observaciones callejeras, charlas humorísticas que más tarde llevaría a la perfección. Y él y yo hacíamos crítica de teatro, de pintura y de música, comentarios de las noticias extranjeras y cuanto venía a mano. Era cronista Heraclio Fernández con su hermano Alberto como reportero, y habían llegado a desarrollar una técnica admirable para dar la noticia sensacional bien controlada, en pocas líneas, dirigidas al corazón del hombre de la calle, explotada durante varios días con renovado interés. Era ya entonces un auxiliar valioso Pedro Belisario Gálvez, aquel varón justo que fué años después un periodista brillante en otros diarios.

No sé si los he nombrado a todos, pero no habríamos cabido más en la imprenta primitiva: era un almacén en la calle de la Bandera, acera oriente, cerca de la esquina de Catedral; a la entrada del angosto local el mesón para recibir las suscripciones y avisos y luego, divididos por mamparas bajas, el rincón para redactar, el de los correctores de pruebas, las cajas, y al fondo, en un patiecito cubierto, la prensa plana de tiro y retiro. Todo estaba más o menos amontonado y en condiciones de suciedad y desorden que eran y siguen siendo herencia de todas las imprentas.

Poco después, no recuerdo en qué año, arrendamos los altos del mismo edificio y en la mitad de ellos se instalaron las oficinas y en el resto la casa habitación de Delpiano, que ya se había casado. Así el administrador y alma de la empresa pasaba por una puerta privada de su dormitorio a su oficina. Joaquín Díaz entró cuando ya habíamos subido a los altos y teníamos un cuarto grande con ventanas a la calle y buena luz, una mesa larga para extender diarios y recortar y pegar recortes, con los que se hacía el "lleno" del diario, sección importantísima de los órganos de prensa de entonces. Una de las frases con que a los periodistas se nos humillaba era que hacíamos los diarios con una gran tijera y un frasco de goma. Lo que no era del todo falso, porque como no había telegramas del extranjero ni avisos en la cantidad que hay ahora y sólo uno o dos hombres para escribirlo todo, había que llenar con reproducciones de los diarios de España y de Buenos Aires aquellas hojas como sábanas que equivalían en cuatro páginas a ocho de las de hoy.

Díaz Garcés escribía para ganarse la vida como lo hacíamos todos los demás. Su padre, hombre austero, de gran valer moral y nobilísimo carácter, hacía entender a sus hijos, y Joaquín era el mayor, que debían trabajar. Tendrían la casa y la comida, pero era menester que procuraran pesar lo menos posible sobre la familia, compuesta entonces de diez o doce hijos. Desordenado, ajeno en absoluto a lo que se llama método y disciplina, temperamento de artista que nunca atribuyó importancia alguna al dinero, algo bohemio, soñando siempre bellezas, riendo como cantan los pájaros, por necesidad de traducir la alegría de vivir y derramar en torno suyo una armonía consoladora, urgido entre unos estudios de derecho que hacía forzosamente y una exuberancia juvenil que necesitaba expansión, Joaquín Díaz escribía siempre a escape, al azar de la inspiración del momento.

Los últimos días del mes eran sombríos. Menos mal para Joaquín Díaz, que tenía su casa, y muy confortable y hermosa. Pero yo veía acercarse con terror el vencimiento de la pensión en casa de Frau Peters de la calle de San Antonio, y después del restaurante Melloni de la calle de Agustinas, donde tomaba mis comidas cuando más tarde me dieron en la casa de "El Chileno", al lado de la sala de redacción, un dormitorio, cuyo arriendo me deducían del salario.

Al entrar al diario convinimos con Delpiano en que se me pagarían seis pesos por cada columna. Al incorporarse Joaquín Díaz, a él le fijó seis y yo fui ascendido a ocho. Había que marcar en una colección con lápices azul y rojo lo que cada uno había hecho en el

mes. Y debíamos escribir mucho, porque sacábamos como término medio unos doscientos pesos Joaquín, y yo más de trescientos, con lo que en aquella época me sentía en el camino de la fortuna.

Alrededor de "El Chileno" se había formado una tertulia de muchachos de buen humor, sin trascendencia literaria ni política, dispuestos a estar alegres y divertirse con más o menos decencia. Eran todos estudiantes o empleados, muchos de ellos con afición a las letras, casi siempre antiguos alumnos de San Ignacio, unidos por el buen humor y el deseo de pasarlo bien.

En ese tiempo cobraron cierta fama las burlas de colegiales a que se entregaban los muchachos de la tertulia de "El Chileno". Eran del género que los ingleses llaman "practical jokes", bromas a veces irrespetuosas, aventuras más ruidosas que dañinas, indicación del ambiente en que vivían, sin sentirse genios ni salvadores de la patria, sin alistarse en banderías ni abandonar su alegría juvenil y descuido de las conveniencias sociales y los intereses materiales.

Acude a mi memoria la labor festiva de Joaquín Díaz cuando la muerte del general Baquedano, ocurrida en medio de nuestras dificultades con la República Argentina, sirvió a "El Chileno" para hacer más intensa su propaganda patriótica. Me refirió ese día, que en vano había tratado de descubrir anécdotas de Baquedano, frases napoleónicas, palabras del gran jefe que pudieran servir para despertar los sentimientos militares y patrióticos en la multitud. Luego reflexionó y se puso a inventar anécdotas de Baquedano que nuestro diario publicó y que han prestado después excelentes

servicios en textos de lectura para niños de las escuelas. Su fantasía y su facultad de asimilación, habían hecho actuar al gran soldado del 79 como debería haber actuado si hubiera tomado en cuenta que estaba entrando en la historia; lo hizo decir frases breves y profundas que hubiera debido pronunciar si hubiera sido menos modesto y silencioso.

El humorismo de Joaquín Díaz Garcés no era el producto de una reflexión o de un propósito literario, sino la irradiación natural de su personalidad. Hablaba como escribía. Decía chistes en su charla aún mejores que los que escribía. Conversaba en forma amena con una burla sin amarguras escépticas, con una visión festiva de las cosas y de los hombres, y sobre todo, con una percepción finísima del contraste que siempre ofrece el fondo de los hechos y las almas con las formas que es posible dar a su interpretación por medio de la palabra escrita o hablada. Desde entonces y con mejores razones en su madurez, la compañía de Díaz Garcés era buscada por todos y se formaba en torno suyo un círculo de admiradores, para quienes su conversación, ese chisporroteo incesante de observaciones ingeniosas, mezcladas con la emoción profunda que le producían todos los dolores, todas las tristezas, y con la revuelta de su alma generosa contra todas las injusticias, era uno de los placeres más nobles.

Vivía dándose todo entero a la vida ardiente de la juventud, a la amistad, al mariposeo juvenil y al servicio de los necesitados.

Por aquel tiempo, Carlos Casanueva, todavía joven estudiante de derecho, había fundado el Patrona-

to de Santa Filomena en la calle de este nombre, donde cada domingo algunos jóvenes universitarios iban a reunirse con muchachos de la clase obrera para organizarles juegos, darles algunas instrucción y establecer una amistad franca y leal. Joaquín Díaz estaba entre ellos. La primera vez que visité la obra en una tarde de invierno en una casa viejísima y ruinosa que les había cedido el Arzobispado, encontré en el patio a Casanueva, a Juan Enrique Concha, a Luis Alberto Cariola, a Joaquín Díaz y otros más, descalzos y con los pantalones remangados hasta la rodilla, barriendo con gran algarazara el agua de las lluvias que habían inundado el patio, para que pudieran jugar libremente sus amigos obreros. Grupos de estos jóvenes a quienes "El Chileno", diario del pueblo, servía de órgano, pasaban en la noche, con bastante inquietud por sus vidas, los oscuros puentes del Mapocho, famosos por sus asaltos, para ir a la nueva casa que el Patronato logró construir en otro sitio de la misma calle, a dar cursos nocturnos a los jóvenes obreros. De ahí nació el Instituto Politécnico que hoy existe y que ha dado desde buenos operarios de distintos oficios hasta directores técnicos de compañías de electricidad y otras industrias.

Para ese Patronato nos pedían a veces comedias que debían representar los socios. Algunas fueron escritas en colaboración. Bajo el viejo parrón de la chacra de Tobalaba, Juan Enrique Concha escribía lo que le íbamos dictando por turnos Joaquín Díaz y yo en una colaboración que se nos había hecho muy fácil, porque más de una vez el artículo comenzado por uno que se aburría de discurrir era terminado por el otro sin

que el público advirtiera el cambio. Uno de esos saines, "Los Zapatos de Charol", nos había sido solicitado sobre medida por los directores del Patronato para ridiculizar cierta tendencia que se advertía en algunos jóvenes obreros a "afutrase", a vestirse con elegancias cursis, costosas e innecesarias. Tener zapatos de charol era entonces una sentida aspiración juvenil.

Díaz Garcés hizo su servicio militar, la guardia nacional como se llamaba entonces, en el Escuadrón Escolta, que mandaba Joaquín Larraín Alcalde y en que era instructor el oficial alemán, conde de Koenigsmark, un gran soldado y caballero, y alférez a cargo del pelotón de aspirantes, don Bartolomé Blanche, terrible disciplinario y uno de los soldados más inteligentes, más justos y caballerosos de su tiempo. Publicó entonces Díaz Garcés una serie de artículos en "El Chileno", con una pintura viva, alegre, realista y simpática de la vida de cuartel. Por muchos conceptos esos cuadros, algunos de los cuales, acaso no los mejores, fueron incluidos en su libro "Páginas Chilenas", pueden soportar la comparación con los célebres de Georges Courteline sobre el mismo tema. Sólo que Díaz Garcés no caía en las crupezas del escritor francés y tenía en el fondo y en la forma una elegancia impecable y cierto calorillo humano, producto de su inmensa bondad y su indulgencia con las debilidades de los demás. Sabía reír y burlarse, pero nunca hería; las mismas víctimas acababan por celebrar la gracia y excusar la sátira.

La popularidad de Angel Pino estaba ya bien establecida al cabo de tres o cuatro años de labor. La historia del seudónimo que será una piedra miliaria en la

historia del humorismo chileno es bien sencilla: era nada más que el nombre de un inspector del tranvía de sangre de Ñuñoa, a quien por razones de simple buen humor Joaquín y sus hermanos y amigos más íntimos consideraban un personaje cómico y hacían víctima de bromas.

Este período juvenil se cierra en 1900. Desde fines del año anterior se habían pronunciado divergencias entre Delpiano, que ya era socio de los fundadores del diario, y sus compañeros encabezados por Joaquín Echeñique. Se acercaba el término de la escritura social y no parecía posible renovar el grupo. Por disposición legal, al liquidarse la sociedad debía rematarse el bien social entre los socios. Delpiano presentó su contrato, según el cual tenía derecho al cincuenta por ciento de las utilidades, lo que él entendía en el sentido de que también comprendía el aumento de valor que bajo su administración había tenido el diario. "El Chileno" no representaba al tomarlo Delpiano más de 30.000 pesos. En 1900 podía ser estimado en \$ 300.000, si se había de juzgar por las utilidades que daba. Los socios fundadores no tenían interés pecuniario en la empresa, sólo les importaba la obra de propaganda social. Sometida la divergencia al arbitraje de don Germán Riesco, Fiscal de la Corte Suprema, dió la razón a Delpiano. En esas condiciones no cabía presentarse al remate. Mientras más subiera el valor, mayor era la cuota que en él tenía Delpiano.

Joaquín Díaz y yo reconocíamos la extraordinaria capacidad de Delpiano y no le hacíamos cargos ni por su austeridad ni porque quisiera defender sus intereses

creados con un esfuerzo gigantesco en que consumía su salud, empeñado en el bienestar de su familia aumentada cada año. Pero no teníamos deseos de continuar en el diario sin los amigos que nos habían llevado a él. Yo obtuve en febrero de 1900 un nombramiento diplomático y Joaquín fué invitado por uno de sus compañeros de colegio, don Agustín Edwards, a colaborar en la fundación de "El Mercurio" en Santiago, poco después de haber heredado los hermanos Edwards la propiedad de este diario en Valparaíso.

A mediados de 1902 recibí en Londres un cablegrama en que se me avisaba que el redactor principal, don Hermógenes Pérez de Arce, estaba gravemente enfermo y urgía mi presencia en Chile. Pedí dos meses para visitar España e Italia, que no conocía, y volví al país en agosto. Desembarqué en Valparaíso el 16 de septiembre y en la mañana del 17 estaba en las oficinas de "El Mercurio", en la calle de la Bandera, parte del edificio que hoy ocupa el Banco Edwards, y escribía mi primer editorial sobre un asunto que causó entonces no poco escándalo: la contratación por agentes inescrupulosos de algunos pescadores de Grimsby, puerto británico, que habían sido enviados a Chiloé y engañados miserablemente. El señor Pérez de Arce había muerto poco antes y lo había reemplazado, provisionalmente y por corto tiempo, don Luis Barros Borgoño, que, retenido por muchas otras ocupaciones, sólo escribió unas cuantas veces.

El alma de esta obra, su motor, su inspirador de

cada instante, y al mismo tiempo el más enérgico de sus obreros, era Agustín Edwards. No es posible dar una idea exacta de la actividad pasmosa desplegada por Edwards, que entonces era muy joven (22 o 23 años), impetuoso, lleno de ardor de progreso, con una imaginación vigorosa y una inteligencia rápida para asimilar y fuerte para concebir.

Edwards vivía día y noche en su diario. Daba temas a los redactores, despachaba con Díaz Garcés, a quien lo unía una íntima amistad, todos los negocios y discutía las reformas. Hacía indicaciones sobre la nueva casa, sus máquinas, sus muebles, su distribución. Planeaba los nuevos diarios, sacudía la lentitud e inercia de muchos viejos empleados que se sentían como aturridos ante aquella avalancha de energía, arrastrados como por un vendaval irresistible. No era un hombre, era un huracán de trabajo.

El problema que aquel grupo de jóvenes encabezados por Agustín Edwards tenía delante de sí, en esos primeros años de la modernización de "El Mercurio", habría arredrado a cualquier hombre de experiencia, con más años, menos fantasía y menos audacia.

Se trataba de hacer algo totalmente diverso de cuanto en Chile se había entendido hasta entonces por un periódico. Todo debía ser diferente: el formato, la disposición del material, el rumbo general, el espíritu de los redactores y administradores, las máquinas con que se debía componer e imprimir, los métodos de propaganda, las secciones en que estaría dividido, las materias de que se ocuparía, los servicios que recibiría del extranjero y del país.

Joaquín Díaz Garcés era el jefe de Estado Mayor de esa campaña, estrechamente unido a Edwards en el pensamiento y en la acción. Desplegó entonces todas las fuerzas de su exuberante naturaleza: talento poderoso, gran imaginación, una actividad desordenada, pero fortísima e infatigable, ingenio agudo y, sobre todo, ese genio de periodista que tan pocos han tenido, aún entre los que han pasado la vida entera en el oficio.

Díaz Garcés tenía entonces el título oficial de Administrador (todavía no se usaba la palabra director), y desempeñaba las dobles funciones del jefe industrial o comercial de la empresa y director de sus rumbos políticos, intelectuales, literarios, noticiosos, etc. Esto lo obligaba a trabajar día y noche sin descanso, a no salir de la imprenta ni aún para sus comidas, a escribir a escape, conversar con los redactores, irse a vigilar el funcionamiento de las máquinas, discutir el precio del papel, idear secciones nuevas, ocuparse de cada detalle pequeño o grande de la vida del diario.

Muchas veces llegué temprano a la imprenta por la mañana y hallé a Edwards y Díaz Garcés en la sala de prensas, luchando con las máquinas nuevas aun mal ajustadas, rabiosos, trasnochados, después de veinte horas de batalla, hundidos en montañas de papel cortado por la endemoniada Goss, que no quería imprimir sin romper a cada momento la larga cinta blanca.

Y solían salir de la imprenta a las nueve de la mañana, para ir a dormir unas pocas horas y volver a la brega.

Uno de los milagros periodísticos a que he asistido en mi vida es el hecho de que Joaquín Díaz Garcés pu-

diera durante años ejercer las funciones múltiples que he dicho y al mismo tiempo escribir sus inimitables, sus deliciosos artículos humorísticos y muchos otros más que por haber aparecido anónimos y ser editoriales políticos o sobre otras cuestiones graves, se pierden en la muchedumbre inmensa de las colecciones.

Y en el espíritu que predominaba en la Imprenta había mucho de la personalidad de Díaz Garcés. Eramos camaradas alegres, embarcados en una empresa que nos parecía divertidísima, con un entusiasmo a prueba de golpes y dificultades, con una fe que desafiaba los ataques a los cuales jamás respondíamos (por cierto, con renovado furor de los críticos y detractores). Se puede decir que vivíamos en la casa del diario, donde ya había comedores. Eramos en gran mayoría solteros, casi con la sola excepción de Edwards que se casó a los 19 años. Juntos pasábamos el día entero y gran parte de la noche, haciendo relevos de guardia como soldados, en una especie de bohemia alegre, de pelo bien peinado y cuello limpio. Nos unía una amistad profunda, como la que se produce en días de peligro o de grandes esfuerzos entre marinos y soldados.

La brillante y simpática personalidad de Díaz Garcés no sólo penetraba en el diario y le daba un alma, sino que le ganaba amigos en el público. Avisadores, suscriptores, políticos, escritores, todos eran conquistados por aquel joven que se daba generosamente para servir, para ayudar, para complacer.

La fundación de "Zig-Zag" con la revista de este nombre y el grupo de publicaciones que la siguieron fué otra empresa atrevida de Agustín Edwards, en la cual

Joaquín Díaz entró como animador y cabeza visible. Fué uno de los esfuerzos mayores que se hayan hecho en Chile para dotar al país de buenas revistas.

“Zig-Zag” tuvo en sus primeros años un carácter artístico y literario, muy superior al nivel intelectual del gran público, y fué una obra de cultura, de educación, de difusión del buen gusto, emprendida por los hermanos Edwards, con sacrificio pecuniario y por sus colaboradores, con un esfuerzo enorme.

“Zig-Zag”, como las demás revistas que entonces se fundaron, en especial, la exquisita publicación mensual titulada “Selecta”, fueron obra de Agustín Edwards y Joaquín Díaz Garcés. Ellos las idearon, las dirigieron, las perfeccionaron, formaron el personal. Ahí se fueron agrupando numerosos escritores, novelistas, poetas, pintores, dibujantes, caricaturistas. Los nombres han sido citados en trabajos que publicó el mismo “Zig-Zag” al celebrar los veinticinco años de su fundación.

Los señores Edwards perdieron en esa empresa mucho dinero. Se hacían revistas demasiado finas para el gran público.

Y aquí se me permitirá llamar de nuevo la atención hacia la prodigiosa actividad de Díaz Garcés, que en aquel tiempo dirigía y administraba “El Mercurio”, dirigía y administraba “Zig-Zag”, escribía en los diarios y las revistas y, además, era Alcalde de Santiago durante algunos meses.

Esa elección de Joaquín Díaz como municipal en Santiago tenía un aspecto irónico. Poco antes había publicado un artículo graciosísimo en que un padre de fa-

milia aconsejaba a su hijo que antes de ser municipal, prefiriera tomar cualquier oficio por vil que fuera. Por cierto que todos entramos en la lucha; algunos que jamás nos habíamos inscrito en los registros electorales, dimos la batalla que entonces había que librar para llegar hasta la mesa inscriptora. Joaquín fué elegido por el personal de "El Mercurio" y todos tomamos esta aventura como lo más humorístico que había hecho nuestro jefe. Ni él se tomaba en serio, ni nosotros creíamos entonces que esto de hacerse elegir municipal mereciera mayor respeto que una broma cualquiera. Estábamos en el secreto. Como los sacristanes que a fuerza de manejar los vasos sagrados y ver a los oficiantes revestirse, pierden la fe, así nosotros la habíamos perdido por completo en la política, sus encrucijadas y sus apariencias. Sabíamos en qué consistía el sufragio universal y la voluntad de los pueblos.

En 1907 Díaz Garcés, rendido al peso de una labor sobrehumana y deseoso de viajar, aceptó un cargo diplomático, sin dejar por esto de continuar moralmente incorporado al diario. Durante su residencia en Europa, escribió para "El Mercurio" una serie de correspondencias lo más notable en este género que se haya publicado entre nosotros. Sus impresiones de Roma, de una gran originalidad y fuerza de emoción artística, deben figurar entre las más bellas páginas que escribió este hombre extraordinario.

Volvió a Chile y a su puesto en la redacción de "El Mercurio" en 1911, cuando yo había partido a Europa, de donde no volvería hasta 1920. En este segundo período de su labor escribió de preferencia editoria-

les. Angel Pino sólo reaparecía de tarde en tarde y entonces era más bien para entrar en campañas de bien público, apoyadas por su ingenio. Es fácil señalar en las colecciones de este diario los editoriales de Díaz Garcés; son siempre elegantes de forma, con alguna huella de su humor burlón cuando el asunto lo permite, fáciles de leer y muchas veces sobre asuntos como el embellecimiento de la ciudad, las obras de asistencia pública, los movimientos de caridad.

Cada día se acentúa más en él una nota tierna y patética. Este hombre que ha reído con risa tan fresca y contagiosa, comienza a tener los ojos llenos de lágrimas ante el dolor humano, ante la miseria, ante los nubarrones que se van acumulando en el horizonte de su patria. La vida ha puesto su garra sobre su alma. De los dos aspectos de su genio, la ironía y el sentimiento, elevado a veces hasta el lirismo, este último predomina. Angel Pino deja pasar largos intervalos sin asomar el rayo de luz de su sonrisa.

Desde algún tiempo, Díaz Garcés siente el desmoronamiento de la organización social chilena y se alarma por la ruina de todo lo que la historia patria, que admira con fervor religioso, le ha mostrado como títulos de orgullo para los chilenos. Los Gobiernos que se suceden en rigurosa rotación constitucional, el sentido clásico del derecho, las libertades públicas, y más que todo, el predominio de una selección de hombres mejor preparados que la masa, todo puede ser envuelto y arrastrado en la tormenta de que va durante la Presidencia de don Juan Luis Sanfuentes había pronósticos inquietantes.

Díaz Garcés lee mucho en esos años, literatura, ciencia política, historia. Lo seduce más que ningún otro

escritor e influye como nadie en su espíritu el pensador francés Charles Maurras. En ese soberbio filósofo de la aristocracia intelectual que es a un tiempo un gran artista literario, autor acaso de la más bella prosa que se escribe en Francia en su tiempo, Díaz Garcés halla la realización de su ideal político y artístico. Se verifica en su espíritu un fenómeno semejante al que algunos biógrafos han señalado en don Francisco de Quevedo, cuando después de vivir la alegre vida de la Corte y seguir la corriente de su siglo, se da cuenta, desde la cumbre de su genio, de la decadencia de España que comienza, y consciente de las responsabilidades que su talento le impone, prorrumpe grave y amenazador en la inmortal Epístola:

No he de callar, por más que con el dedo
silencio avises o amenazas miedo...

Díaz Garcés siente venir la avalancha niveladora y demolidora que en 1920 se encauza en la candidatura presidencial de don Arturo Alessandri. Comprende que es el comienzo del fin de la organización social existente en Chile, desde cerca de un siglo, desde que este país tuvo orden y democracia respetuosa de la libertad y la justicia. Sus amigos de "El Mercurio" también lo entienden, pero consideran estéril una oposición implacable contra el cumplimiento de una ley histórica que nadie podrá detener, y prefieren buscar la canalización del movimiento para salvar lo esencial. Entonces Joaquín Díaz, en desacuerdo, se separa del diario en que ha vivido los veinte años más fecundos de su vida.

Todavía fustiga desde "El Diario Ilustrado" al candidato de las masas, todavía escribe artículos de gran energía doctrinaria y de mucha pasión política. Pero ya está herido. Desde su regreso de Europa la enfermedad lo acecha, lo cerca, lo ahoga entre sus brazos, y su voz maravillosa de artista del periodismo se extingue en un grito desolado de alarma, de dolor, de amor a su patria, voz que clama en defensa de un mundo que muere. . .

Dos grandes fuerzas espirituales lo sostuvieron en esas horas de recogimiento que fueron los últimos meses de su vida: su fe religiosa y el amor a los suyos. Creía con ardor apasionado de cristiano primitivo y con el convencimiento racional de un hombre culto. Se había casado por amor con una mujer en quien se combinaban por raro milagro estos tres elementos: belleza, pasión y talento. Religión y hogar le habían hecho amable la vida. Por los suvos hubiera querido vivir. La fe le permitía afrontar la muerte sin miedo, subiendo hacia un firmamento lleno de esperanzas como una noche de primavera llena de astros.

El estado de su alma en el último período de su vida se adivina en algunas hojas que han quedado inéditas y que tituló "Jornada de peregrinación", emociones íntimas, medio ocultas tras la forma literaria, casi lírica, confesión y soliloquio, cuya interpretación exigiría un conocimiento muy profundo de su corazón. Voy a copiar el final de ese trabajo que para las gentes con una sensibilidad afinada revela más que lo que pudieran mis palabras un aspecto del alma de Joaquín Díaz:

“Las campanas llaman.— El poeta se detuvo sobresaltado. ¿Volvía el eco a turbar la serenidad de su alma, el reposo casi letárgico de su cuerpo? No; no eran voces humanas ni divinas, sino intermedias entre las de la tierra y las del cielo, que rondaban por los campos agonizantes como golondrinas que buscan alero. Unas parecían voces de niños, de mujeres otras y también las había de hombres; isócronas, acompasadas, graves. Aquéllas reían, las otras lloraban, las roncadas clamaban con desesperados lamentos. Esa debía ser tal vez, pensó el poeta, la hora en que los ángeles bajan de nube en nube, los brazos desnudos caídos a lo largo de sus túnicas plateadas, las manos tendidas horizontalmente, aleteando como mariposas en sueño”.

“Ya había encontrado su poema, ya había saciado su sed; no serían sonetos las emanaciones de su alma, sino plegarias; vino escanciado en campanas de oro. El vino de su melancolía se iba a llenar de olor a incienso y a tomar irisaciones de sacrificio.”

“El poeta tras de las huellas trazadas en el camino, entró por la puerta del templo. Se apagaron los cirios que ardían. Dejaron de mecerse los incensarios. Todo quedó en silencio y entonces penetró un extraño orante al través de los cristales, un rayo de luna se arrodilló en las gradas de mármol del altar. El errante fatigado cerró los ojos y se durmió. En ese sueño tan intenso que parecía una muerte, un término, el joven creyó ver también a la figura blanca entrar al tabernáculo como una sombra que se recoge. Al mismo tiempo sintió cada una de sus manos cogida por otra de mujer, tan pequeña y delicada, que temía oprimirla. Una de ellas era indu-

dablemente la que en el mediodía de sol le había amado; la otra desconocida, le miraba con infinita calma”.

“Los cristales del templo pasaron sin gradaciones violentas de la luz plateada que parecía polvo de estrellas hasta la fosforescencia de la primera aurora. Sólo supo el joven que había llegado el nuevo día, porque las puertas se abrieron y entraron los fieles. Los incensarios se batieron, los cirios florecieron de llamas y el sacerdote recamado de oro y con el cáliz en las manos subió al altar. El poeta sintió entonces que ya estaba todo reducido a cenizas. El corazón le palpité violentamente; el mundo dió vueltas aceleradas y una gran cruz de fuego se encendió en el tabernáculo.”

“Avanzó hasta el altar, extendió balbuciente los labios, besó la hostia con anhelo supremo, y, con la sublime agonía de lo infinito, comulgó con Dios. Juntó las manos para guardar la hostia blanca en el corazón, vió que todas las rodillas se doblaban y él mismo se desplomó.”

“Entonces, en esa brevísima hora del tránsito de la vida a la muerte, el peregrino vió que lo recogían las dos mujeres de su sueño, y comprendió que aquella a quien había creído vida, era muerte y que, en cambio, la muerte era vida.” (1).

Y así termina en una melancolía sin amarguras, en una emoción tierna, en una exaltación mística, esta vida que había sembrado la tierra de sonrisas. El sentimiento fué siempre el secreto de su humorismo. Como Dickens y otros de la gran escuela inglesa, Díaz Gar-

(1) Debo el privilegio de haber podido conocer y reproducir este bello trozo, a la bondad y gentileza de la señora Doña María Besa, viuda de Díaz Garcés.

cés tenía en su genio de humorista una mezcla admirable de ironía y de sentimiento, observación amable de la vida, ligera deformación simpática, en que las ridiculeces humanas producen un goce al que las contempla sin herir al que las padece; es una burla que sin transición se muda en una infinita piedad humana y arranca lágrimas de humana conmiseración al que unos instantes antes reía.

Por esa combinación de facultades, por ese carácter de su talento, Díaz Garcés queda único en nuestra literatura humorística y sus escritos, producidos sin pretension de inmortalidad, tienen elementos humanos de sensibilidad y de belleza moral, que los defienden del olvido.

REBECA MATTE

La vida de esta artista extraordinaria, en quien la personalidad acaso supera a las obras, aun siendo éstas admirables, está toda atravesada por relámpagos de tragedia. Pesa sobre ella un destino doloroso, en el cual se puede hallar el secreto de su inspiración. Rebeca Matte ha producido bajo la acción fecundadora del dolor.

Al darla a luz, su madre perdió la razón y nunca más recibió la hija una caricia materna. El hogar del banquero y hombre de Estado, don Augusto Matte, su padre, quedó disuelto al formarse. Rebeca fué a vivir junto a su abuela, la ilustre doña Rosario Reyes de Bello, viuda de don Juan, hijo del gran humanista don Andrés.

La casa de doña Rosario Reyes tuvo el último salón literario que ha habido en Chile. Mujer de ingenio sorprendente, cuyas frases espirituales todavía se repiten y marcaron para siempre algunos escritores y políticos de la época, recibía por las tardes a Lastarria y los Amunátegui, Barros Arana y los Arteaga Alemparte, Lillo y Soffia, Blest Gana y Grez, todos los historiadores, poetas y novelistas de aquel renacimiento de las letras que fué el período romántico en Chile.

Rebeca Matte se formó en ese ambiente de cultura intelectual bajo la dirección de su abuela, espíritu ligero e incisivo, llena de encanto femenino y que, a su vez, había sufrido mucho en silencio y con gran dignidad.

Don Juan Bello, hombre hermoso y seductor, de quien su esposa estuvo siempre enamorada, vivió desde la juventud herido de la peste blanca, que se llevó a muchos descendientes de Bello. Estos Bello han sido fundadores de dinastías intelectuales. Don Juan dejó dos hijas: una fué la madre de la escultora Rebeca Matte, la otra nos dió a Inés Echeverría de Larraín, la eminente escritora. Los hijos de don Andrés Bello no sólo fueron el Código Civil de Chile, la Universidad, la orientación general de la cultura de este país y la dirección de sus relaciones exteriores, sino, además, unos cuantos hombres y mujeres que morían en edad temprana, dejando como un rastro de su paso toda una generación de mujeres de talento, escritores, estadistas.

Era una niña pequeña cuando, a la muerte de su abuela, don Augusto Matte, que ya había hecho una gran carrera política y financiera, se estableció en París para educarla. El Gobierno le confió sucesivamente diversos cargos diplomáticos que debían llevarlo a Berlín, a Londres, a Roma.

Un día le entregaron una de esas cajas de juguete con plasticina para que la chica se entretuviera en modelar. Poco tiempo después había hecho un vaso de forma elegante, con una idea complicada y que revelaba genio de la escultura. En torno del vaso, que el señor Matte guardaba como un tesoro, se esboza un cuerpo de mujer, de cuyas manos salen raíces enroscadas; es la vida que surge trabajosamente de la tierra madre.

Pronto la pusieron bajo la dirección de Puech, escultor eminente de su tiempo y de quien hay varios mo-

numentos en París, y algunos en Santiago de Chile. El arte la absorbió, la devoró; sólo hallaba reposo su naturaleza nerviosa, excitable y ardiente, en el estudio y el esfuerzo para traducir su pensamiento. Recibía al mismo tiempo una alta cultura literaria. Su padre viajaba con ella, y los museos de todas las grandes capitales, los paisajes de los Alpes, las ruinas de Italia, los esplendores imperiales de Londres, las disciplinas militares de la Alemania del kaiser Guillermo, desfilaban ante los ojos curiosos de la muchacha sedienta de emociones y en cuya alma delicadísima había una necesidad de belleza y de verdad.

Sus primeras obras llamaron la atención. Exhibió en los salones de París, pero el chauvinismo francés es resistente a la glorificación de extranjeros. Esta hija de un rico diplomático y banquero de fuerte perfil semita, venida del fondo de la América del Sur, no tenía derecho a recibir las recompensas que se disputaban los necesitados bohemios de Montmartre y Montparnasse. Por fin, un día el talento de Rebeca Matte se impuso y recibió su medalla.

Las obras de esta primera época, de las cuales es un buen ejemplo el Horacio que pronuncia la célebre frase "Qu'il mourut...", se resienten todas de un carácter literario, explicable por la educación de Rebeca Matte, por las influencias recibidas en el hogar y hasta por las tendencias del arte un poco declamador de aquella generación. Pero tienen todas un fuerte acento dramático, una poderosa ejecución que aleja el pensamiento de toda debilidad femenina y hace pensar en un genio viril. Muy impresionada por el teatro, ejecutó varias

obras que están inspiradas en escenas de dramas en boga.

Rebeca Matte luchó entonces y hasta muchos años después, con la dificultad que se interpone entre la gloria y una muchacha joven, rica y de alta posición social a quien nadie está dispuesto a otorgar este exceso de ventajas que constituye el tener además talento y ser capaz de producir obras geniales. Las multitudes y más que ellas, los artistas profesionales, combaten de ordinario a estos productores intelectuales, cargados con el estigma de ser ricos y no tener que ganarse la vida con el arte.

Nada enturbió su alma. Era alegre, ingeniosa, inquieta; vivía su vida ampliamente, amaba la luz, el ruido, la alegría juvenil, las fiestas, el teatro, la naturaleza y el arte. Si un día se recopilan sus cartas, que son obras delicadas de literatura femenina, se descubrirá en ellas una personalidad extraordinaria, mezcla de sensibilidad casi enfermiza, de penetrante agudeza, de ingenio e ironía, de elegancia mental y exuberancia de imaginación.

Se casó muy joven con un hombre de talento que la comprendía, que le dejaba libertad para seguir su arte y la estimulaba a ello. Don Pedro Felipe Iñiguez, un tipo de caballero perfecto, heredero de una vieja tradición de hidalguía, noble y delicado. Tomó parte en la vida política de Chile. Fué Ministro de Estado y diplomático, y representó a Chile en la Liga de las Naciones.

Nació una hija, una criatura hermosa como un rayo de sol. La llamaron Lily, y era un lirio. Desde entonces la vida de Rebeca Matte halló su equilibrio ab-

soluto en este inmenso amor de madre y en la generación de sus ideas artísticas.

Tal vez se podría hacer coincidir la evolución de su arte con este período de su vida, en que surge la maternidad poderosa y arrolladora de la mujer que fué madre de todo lo que la rodeaba por el generoso espíritu de abnegación y caridad ardiente. Rebeca Matte se concentra. Ha elaborado ya con la visión de la vida y las lecciones del arte su propia personalidad creadora. Entonces comienza a producir una serie de obras en que la declamación literaria desaparece y el sentido psicológico es profundo.

Sucesivamente nacen veinte o más esculturas, estatuas, bustos, bocetos. Produce su "Hamlet", revelador de un escepticismo doloroso que se hunde en la nada; sus "Ciegos", símbolo terrible de los que van por la vida sin horizonte ni fe, afirmados el uno en el otro, temblando de terror al vacío; sus cabezas de monjes desencantados que parecen mirar la tumba como único reposo. Su filosofía es escéptica y parece inclinarla a un nihilismo intelectual. Sólo hay para alumbrar el camino de su genio una gran piedad humana, su simpatía con todos los dolores, su comprensión maravillosa de las almas que sufren. Rebeca Matte no había recibido otra influencia espiritual profunda que la de su padre, hombre de talento, de enorme cultura, pero escéptico. Su padre la había comprendido, la había guiado, la había acariciado con las manos y con el alma; su espíritu debía reflejarse en la hija, aunque hallara en ella la resistencia de un alma sedienta de fe, de ilusiones, de creencia, de vida supramaterial.

Se establecieron en Florencia, tras breves períodos en Chile. La artista buscaba ambiente que no podía hallar en su patria. En las colinas de Fiesole hay una casa que hubiera descrito con delectación un renacentista, nido de amor colgado en la altura entre cipreses y laureles. Allí fueron a vivir y allí creció Lily, contemplando el panorama de Florencia, vaso de flores del ingenio humano, sentada al pie de los andamiajes en que su madre, vestida de la blusa del escultor, modelaba en la greda y esculpía en el mármol sus visiones y sus sueños.

Es la etapa serena de la existencia de Rebeca Matte. No le pide más a la vida. Sus obras la entretienen, pero su gran creación es esta hija, cuyo entendimiento se abre espléndidamente al sol. Lily escribe poesías desde una edad muy tierna. Lily sueña y necesita traducir los sueños en palabras y armonías. La madre va poco a poco deslizándose hacia un plano en que ya todo se pierde de vista, menos este despertar prodigioso del alma de su hija en quien adivina la verdadera inmortalidad de su propio genio.

En tanto, la madre de la artista había muerto en Chile sin despertar jamás a la razón. Bella hasta el último día, hundida en una melancolía serena y un silencio trágico, doña Rebeca Bello paseaba por el jardín de la quinta en que había vivido tantos años solitaria, sin que nadie supiera si aún recordaba la tragedia de su vida, sin dar señales de reconocer a los que llegaban hasta ella.

Rebeca Matte tuvo, al saber la muerte de su madre, un momento largo de concentración de su alma. Repasó aquella existencia dolorosa y siniestra. Hizo para la

tumba de la madre la escultura admirable que los visitantes del cementerio de Santiago se detienen cada día a contemplar asombrados. Una mujer se apoya en la piedra sepulcral; viene de muy lejos, está cansada bajo el fardo de dolores, y su expresión es la de un ansia de reposo infinito.

Por ese tiempo el Gobierno le encarga el monumento a los héroes del combate de la Concepción, episodio casi épico de la guerra del Pacífico. Unos sesenta chilenos de guarnición en un pueblo de la fragosa sierra peruana, lejos de todo recurso, son asaltados por algunos miles de indígenas armados como montoneras; se batieron durante dos días; mueren todos quemados en el incendio de la casa que les servía de cuartel y con ellos arde la bandera que no habían querido arriar.

Rebeca Matte concibió este monumento como un altar. Los cuerpos de los jóvenes son llamas del sacrificio que suben a lo alto en una aspiración suprema de darse por la patria, de quemarse como incienso, como víctimas reales, en el altar del amor a la bandera y del sentimiento del honor militar.

Súbitamente la nube se interpone. La niña está enferma. El dulce calor de la primavera florentina no la repone. Sigue alegre, continúa sus ejercicios literarios y escribe versos hermosísimos; pero su físico está herido y los médicos se alarman. Entonces los padres suben con Lily a los Alpes y allí, en Davos, comienzan la lucha con la muerte.

Es un largo calvario de seis años. Rebeca Matte ha abandonado su arte, sus aficiones, sus amistades. Hace creer a todos que es ella la enferma. Tiene esperanzas

en que la juventud extrema de la niña triunfe del mal, y nadie debe saber que estuvo bajo la garra de la terrible dolencia.

Rebeca Matte crece en esos años, se agiganta, es un semidiós que pelea con las fuerzas de la naturaleza, que desafía a la muerte misma, que cree más fuerte que la muerte su amor materno. La niña dulce, amorosa, también lucha; la ciencia se asocia a ellas para buscar el triunfo contra la intrusa que las ronda de día y de noche; pero el mal avanza.

Lily escribe de cuando en cuando algunos de los dolientes poemas, de tan hondo sentido psicológico, reunidos más tarde con el título de "Breve canción". Y la espiritualidad intensa de la hija se va transmitiendo a la madre. Rebeca Matte abre los grandes ojos de su alma a un mundo ultraterreno que su hija entrevé, en que su hija cree, al cual su hija va caminando con resignada alegría. Y las dos suben por este monte de amargura que termina en una cumbre de iluminación interior y de suprema felicidad.

Un día la bella niña se quedó rígida en los brazos de la madre después de entregarle sus últimos anhelos, sus amores marchitos, sus ilusiones tronchadas, su pobre vida de flor, y de invitarla para un festín que no tendrá término, en que todo, amor y dicha, belleza y verdad, será eterno.

La vida de la artista había terminado. La de la madre no tenía ya otro fin que honrar la memoria de la dulce criatura ausente e ir a reunirse con ella. †

Rebeca Matte había fundado en Santiago unos asilos de niños indigentes que llamaba "Nidos" y que lo

son. En ellos los pequeños hallan tibieza de hogar y manos amorosas que reemplazan a las maternas para siempre ausentes, y una dulce indisciplina que aleja toda idea de establecimiento de beneficencia fiscal.

De regreso a Chile, ya enferma, de pie por un milagro de su potente energía, vive sólo porque su voluntad no era todavía morir, la grande artista se consagra a velar por estos Nidos que llevan el nombre de su madre y de su hija. Uno de ellos está en la quinta en que doña Rebeca Bello pasó más de cincuenta años de su sombría existencia.

Pero ya nada la retiene en este mundo. Ha hecho la edición de las poesías de Lily, ha asistido a la glorificación de su hija en actos académicos, ha asegurado la supervivencia de los Nidos, ha sembrado en torno suyo bondades infinitas, caridades generosas, amor y piedad humana derramados a torrentes sobre pobres criaturas de todas las condiciones.

Vuelve a Europa casi moribunda. Hasta el último día escribe cartas admirables en que se despide, porque sabe que no ha de volver. Alcanza a llegar a la tumba de la niña adorada y se extingue dulcemente con el alma llena de esperanzas en una vida interior que no tiene fin, segura de encontrar allá a su hija, invocando la fe de sus abuelos, de su madre, de su hija.

Deja Rebeca Matte un grupo de obras que bastan para declararla uno de los más grandes escultores de América, y seguramente el artista más fuerte, más original y más inspirado que Chile ha producido en estos últimos años. Después de Nicanor Plaza, puestos a un lado los trabajos encantadores de Simón González, no

hay en nuestra escultura una personalidad tan vigorosa como la de esta mujer.

El cuerpo frágil de Rebeca Matte, que parecía siempre expuesto a romperse de repente, encerraba un alma enorme, una inteligencia viril por la fuerza y femenina por la delicadeza del ingenio, un corazón materno en que cabían todos los dolores humanos para consolarlos y todos los seres de la creación para ser comprendidos y amados, una imaginación viva y ardiente, una profunda penetración de la realidad y un mundo de ensueños.

LILY IÑIGUEZ Y SU "BREVE CANCION"

No es el caso de decir con el poeta francés:

"Sans doute, il est trop tard pour parler encore d'elle".

Alfred de Musset podía creer que el canto prodigioso de la Malibrán se había desvanecido en el espacio como el de un ave que saluda la mañana, y supe, y se aleja de la tierra, y se pierde en el deslumbramiento del sol, y está olvidado al mediodía por aquellos mismos a quienes llenó el alma de poesía y de ilusiones.

Porque el canto de Lily Iñiguez quedó con nosotros, fué un mensaje de dolor y de piedad, de angustia y de esperanzas, entregado a una madre, y que en el calor de su seno tomó vida nueva, adquirió otra inmortalidad aún mayor que la de su propia belleza y sus ideales imperecederos.

Quedó ese canto fugitivo en un volumen recogido piadosamente, envuelto más que en el pergamino de su cubierta en las ternuras maternas; quedó para pocos, pero no era posible aprisionarlo, porque tenía alas y tenía, como Eloa de Vigny, la misión de consolar con su dolor otros dolores, de inspirar con sus anhelos de eternidad aspiraciones al ideal. Y los que lo escuchamos y lo sentimos penetrar hasta el fondo de las almas, salimos a decir a las gentes que pasaban cuánto había de bello y de consolador, de amargo y de reconfortante, de triste y de alegre, con alegría que no puede morir, en este

mensaje de la dulce criatura que había rozado un día la tierra con sus alas y se había perdido en el espacio.

Nada pudo impedir que el canto de Lily, la "Breve Canción" (1), como se titula el volumen que encierra sus versos, se desbordara de su hogar y resonara en nuestras almas. Un velo se interponía entre la Canción y nosotros: está escrita en una lengua que no es la nuestra, que entendemos, pero cuyos matices de color y de sentimiento a veces se nos escapan, lengua que fué la de su cultura, porque es forma clara y precisa, toda llena de luz y capaz de sugerir con delicadeza aquello para lo cual el lenguaje humano, estropeado por la falsía y la impureza, apenas tiene medios de expresión adecuada.

Nada pudo impedir que este canto nos llegara. La obra de arte tiene el don de lenguas, y se puede decir de ella, cuando el espíritu la ha vivificado, lo que Alejandro Manzoni de la facultad concedida a los Apóstoles: "como la luz que llueve sobre todas las cosas y suscita los diversos colores", así la voz del artista, inspirado resuena múltiple y cada pueblo la entiende en su lengua, y esta "Breve Canción" de Lily Iñiguez resuena en todos los corazones y hace meditar a todas las inteligencias por el poder de su inspiración, por el Espíritu soberano que le dió vida.

¿Pero qué haré yo de esta "Breve Canción" puesta en mis manos encallecidas, como si hubiera dejado en ellas unas alas de mariposas? ¿Qué no parecerá rudo y vulgar al margen de este libro de una inteligencia que

(1) LILY IÑIGUEZ. — BREVE CHANSON. — Edition Imprimée par le maître Raffaello Bertini á Milan. (Ejemplares numerados).

no tuvo época ni estilo, que no cabe en los moldes de la crítica y sus rígidos preceptos, espontáneo como el canto de un pájaro, hondo como el lamento de un herido en la noche, tierno como el llanto de un niño que llama a su madre, delicado como flor prematura abierta el día de la nevada, y de tan luminoso concepto que nadie puede leerlo sin quedarse pensativo y con el alma invadida por aspiraciones espirituales del más alto origen?

Qué puedo hacer sino abrir el libro, desatar los cordones que lo cierran como celosos de que no sean manos cualesquiera las que lo abran; pasar delante del bello prólogo en que otro espíritu de noble raza dejó unas líneas admirables a la memoria de la poetisa ausente; mirar el retrato de Vittorio Corcos que nos muestra a Lily en toda la espléndida belleza de su adolescencia, con una honda idealidad y ternura en los grandes ojos, con una afirmación de voluntad apasionada en la boca de exquisito dibujo; y llegar hasta la página primera en que la artista despierta a la conciencia de su necesidad de cantar.

“Me despierto; ha escrito en esa primera página, en mi extraña alborada, porque necesito cantar mi canción fugaz, la canción de armonía que un Arcángel luminoso dió a mi corazón en el fondo de su cárcel”. Quiere cantar su juventud, su emoción, mezclar en su canto lejanas imágenes, cantar en su extraña alborada y luego callar, dejando tras sí “un cántico de queja y alabanza que sea en su fervor como un acto de fe”.

Rara vez ha ocurrido en la historia de la poesía un caso de tan fuerte conciencia de un destino como el de esta niña. Esas primeras estrofas encierran su bio-

grafía escrita años antes de que fuera llamada. Debía cantar y partir, dejando como huella de su paso y como resumen de su fe, este canto fervoroso.

Una invocación a la luz primaveral que la inunda y la deslumbra: quiere que la luz la lleve en sus ondas, luz ardiente de amplia alegría; quiere saber el secreto de la vibración de esperanzas que hay en la luz; y tiene prisa, porque las primaveras son cortas, las rosas pasan: "Luz inmensa, claridad rubia, lléname de tu recuerdo, porque después de ti siempre está pronta para volver la noche profunda".

Un sentimiento pleno de la naturaleza la invade y sube por su alma como una savia rica y fecunda. "Ven, vamos a pasear en la sombra del jardín. ¿No percibes el aroma de las rosas que para nosotros embalsaman este lugar amado?... Es una mañana de primavera, de sol; se olvida el otoño y la noche; todo habla de juventud y de esperanzas. Mira cómo las flores suben hacia el sol..."

Pero esta aspiración virginal y magnífica hacia la luz y la vida ardiente se turba ante la conciencia de su destino. Se siente como una pequeña cigarra ebria de vida y sol, cántico de pasión en medio de la fiesta universal del verano; pero un día su voz se apaga y parece ya una queja y la pequeña cigarra queda en silencio al caer la tarde.

Casi todas sus poesías de esta época primaveral, en que palpitan aspiraciones juveniles en el seno de una naturaleza generosa, llevan, junto a las alegrías y expansiones de la bella estación de la vida, una visión premonitoria del dolor que viene, de la noche que llega, del

fin. Invita a los amigos a danzar en la luz, a correr de flor en flor, a huir siempre riendo; pero al terminar recuerda lo que sabe, lo que le han contado: que a lo largo de las praderas floridas hay quien ama y llora, porque ama.

Un presentimiento extraordinario la ha hecho conocer desde la niñez esta fugacidad de la vida suya. A través de las imágenes de sus versos se advierte que ella sabía más de lo que decía sobre ese triste destino que la condenaba a pasar rápida, como un relámpago deslumbrador, como rayo de sol que se extingue antes de alcanzar el mediodía.

La tarde la atrae y su tristeza no la aplasta y acongoja, sino que la hace reflexiva y profunda. "La sombra descende sobre la colina; he aquí la noche; en la luz azulada se dibuja un ciprés negro", dice una estrofa de asombrosa fuerza descriptiva en su sobriedad. "Y la selva, poco ha tan llena de cantos y vuelos, se calla al escuchar la pena del ruiseñor, la pena amada, la pena fina de este instante que la sombra azul sueña y adivina tan dulcemente. Doliente llega hasta nosotros la nostalgia de un sueño antiguo, cuya belleza fué infinita".

Desde esa página la sombra camina por la falda del monte de su alma y la llena toda. El niño dormido bajo el follaje de las enredaderas ha soñado con el Pájaro Azul y al despertar supo que no existía. Cae la nieve y todo lo borra. Ella piensa en lo que aísla y hiel a el astuto invierno, en los follajes rojizos, en los vientos glaciales, en los jóvenes muertos tan solitarios bajo sus tumbas grises. . . "Y las esperanzas caídas a la tie-

rra, abandonadas, espectros errantes en el misterio de los días marchitos”.

En otra poesía se lamenta de que la primavera la hace esperar mucho; las rosas mismas se han marchitado en la espera; su corazón también. Pero todo le habla ya de un cielo dulce que habrá de desplegarse para otras rosas, y también para su corazón. En la armonía prodigiosa de su alma con la naturaleza circundante, de todo su ser con el universo, surge ya, tras la melancolía de los primeros años, tras el despertar en que las alegrías estaban siempre turbadas por un temblor de presentimiento, tras la desesperanza, este fulgor, pálido todavía, de un horizonte que no es el de este mundo.

El viejo jardín que ha descrito maravillosamente en estrofas bellísimas es el de su infancia y primeros días juveniles. Estaba lleno de encantos y prometía felicidad. No cumplió su promesa. Es el jardín que todos llevamos dentro del alma, y siempre que lo evocamos, sentimos acudir la pregunta de Lily que no sabemos formular en tan bella forma: “¿Volveré a encontrar en el fondo de un camino gris el encanto mágico y noble del jardín que soñaba conmigo y contaba a la brisa un cuento maravilloso, sin digresiones y sin fin?”

¡Nunca más, nunca más! En vano se mezclará a la ronda de su edad y sus sueños. Llegará siempre la hora temprana en que, mirando sus manos, pensará en su destino: “¿Se darán a otras manos fuertes para ser besadas y amadas; se ofrecerán a una cuna portadora de vivientes mañanas; o deberán estas finas manos de virgen marchitarse en la paz de un sepulcro cercano?”...

¿Quién se lo dirá? No importa; ella lo sabe, lo ha sabido siempre: “sobre esas manos inciertas, conmovidas, altivas y solitarias, pasea ya la errante palidez de los destinos”.

Entonces su alma se rebela, y desde la nave de un templo lanza un grito que no acierto a comparar, sino con los del Salmista, cuando David, encarándose con la Divinidad, le pide desde lo profundo de su abismo de dolor que no descargue sobre él su cólera, que no haga el escrutinio de sus iniquidades, porque si el Todopoderoso lo abandona, ¿quién lo sostendrá?: “Te traigo, Señor, dice la joven inspirada, en vez de una oración que ya no sé decir, la imagen de la felicidad que tú me negaste, te traigo la llaga de una primera angustia y el abatimiento de un corazón amargo y en revuelta”.

Y Dios la escucha. Una obra de su madre titulada “El Mensaje”, inspiración espiritual y elevadora, es el instrumento por el cual la gracia va a inundarla. Ha leído el Mensaje que surgió victorioso del horizonte de su dolor. Vibraba de esperanzas el Ángel del Día que lo había traído hasta su corazón. Es un mensaje para la Fe que guarda la voz del Más Allá, es el apaciguamiento para la joven angustia de un impulso orgulloso cuyos sueños cayeron. Y acaso nunca su alma se nos ha revelado como en este momento, cuando al recibir este Mensaje supremo, nos dice que es “una palabra de piedad para el que buscó por largo tiempo sobre la vida dolorosa...”, “es palabra de esperanza para los que hallaron antes de tiempo a la Enemiga tenebrosa”. El Mensaje manda ayudarse en la árida cuesta de la vida: “que los que han visto ayuden a sus jóvenes hermanas”.

Y termina en esta espléndida imprecación: "Aparta, Humanidad doliente, el largo velo que te oculta el rostro. Almas todas, venid, porque ya sé el secreto, mi marcha es triunfal y el secreto es sólo éste: "Aceptad y dad".

Ha hallado la paz en la abnegación, en la renuncia, en la caridad. Aceptación de la voluntad suprema y don de sí misma serán en adelante las normas de su vida. Está toda llena de esta sed de sacrificio y bebe la amargura de sus últimos años, serena y convencida, dándose para recibir.

En las noches sin sueño la visión del Infinito la inunda de tranquila y majestuosa calma. Los años pasan, y ella con los años. "¿Qué importa, dice a su madre, que la tierra esté cubierta de nieve y el viento rompa el árbol sin hojas? ¿Es por eso menos ardiente el brillo de oro de las antorchas bajo el techo que protege? ¿Qué importa si todavía soñamos en silencio el florecimiento sepultado en nuestros corazones temblorosos? ¿Es por eso menos vivo el amor que nos une en su potente abrazo?"

Y un ensueño de amor, casi impalpable y, sin embargo, profundamente real y humano, pasa por su vida en la hora en que la esperanza de otra existencia mejor brilla a lo lejos como una promesa cierta. Recuerda que una tarde, sobre la árida montaña, sobre la cima helada de todos los males humanos, se atrevió a acercarse a aquella alma orgullosa, plegó ante la soberbia agonía del amado su alma solitaria y le ofreció como un ramo de flores sus ensueños, murmurando: "¡Sois el primero!..." Y aquel ser privilegiado, que recibió la

confidencia amorosa de la criatura excelsa por su alcurnia espiritual, ya casi desprendida de la tierra, vive en su corazón largo tiempo después. En el silencio de la noche el recuerdo se le presenta y la llena de luz: aquel héroe vencedor del amor y de la muerte, le cuenta una dulce historia en la sombra nocturna, y su corazón sube hacia él. Es el ritmo que él le enseñó, es la armonía infinita de la resignación y del amor triunfante por la renuncia misma.

Cuando vuelve la primavera, Lily la invoca. A ella, a la primavera triunfal, que se impone a toda la naturaleza, le pide que vaya a florecer en su nombre, allá lejos, la sepultura del que la amaba.

Otros seres pasan por el libro en forma de pequeños poemas dedicados a amigas. Una gran ternura, una piedad inmensa, una sencilla y anticipada experiencia de la vida le hace hablarles del futuro, de las desilusiones que les aguardan, y señalarles el camino de la esperanza que no muere.

Hay una aspiración, entre muchas, que no ha satisfecho. Ha soñado largo tiempo con su patria lejana, y de este sueño, que nunca se realizaría, queda en el libro una huella encantadora. "He soñado con el suelo generoso del terruño que fué cuna de mi raza libre y altiva y que guarda piadoso en su seno a la familia entera". Oigámosla evocar a los que la precedieron: "Antepasados de otros tiempos, abuelas de frente angelical, se entregaron allá unos a otros la antorcha victoriosa. ¿De dónde vienes, qué quieres, oh, extraña nostalgia que llevas mis sueños hacia la tierra de mis abuelos? Porque yo, Patria mía, no soy más que una liana que nació ba-

jo otros cielos, que brotó lejos de ti; pero he sentido esta tarde en mi piedad más viva, que unas manos muertas se tienden hacia mí”.

Pero hay que darse prisa. El Tiempo vela y aguarda. La Muerte ha hecho una señal imperceptible para los demás, visible para ella. Ya no es la enemiga de antes. Su proximidad marca para Lily la Hora Santa: “Ha venido para mí la hora triste y serena, infinitamente dulce, en que acepto mis penas”. Y más adelante, en la misma poesía: “Mis penas sonreirán, que he aquí que ha venido a mi sendero la Hora Santa, y las miro al fin sin miedo y junto mis dos manos. Y bendigo sobre todo mis lágrimas que forzaron a mi corazón maravillado a ponerse de rodillas. . .”

Ya de esta tierra donde ha soñado, sufrido y esperado, sólo mira a su madre. La existencia restringe su horizonte y sólo la ve a ella. “El tiempo pasa, llevándose alegrías y tristezas; nuestros pasos se alejan hacia quién sabe qué destino. . . Dejemos que nuestro amor irradie ternuras, nuestro amor bendito que debe durar sin fin”.

La continua evocación de su fe en Dios, en la inmortalidad de un cielo prometido, en la reunión de las almas más allá del valle de lágrimas, en la misericordia infinita y el infinito amor, impregnan sus últimas poesías de un alto concepto espiritualista y de una gran paz.

La hora ha llegado. Mira desde lo alto de la suprema renuncia, en la calma de su fe y su amor, la obra inconclusa. Por todas partes elementos dispersos que debieron formar un gran conjunto. Y escribe entonces el

simbólico poema que titula "La Catedral Inconclusa": "El sol cae sobre la Catedral abierta todavía al cielo y por las brechas penetran rayos de sol que hacen manchas de oro sobre las losas. El verano pesa sobre la floresta de piedra en ascensión que eleva lentamente sus muros en una altiva aspiración... Hay que sufrir todavía, hay que construir obstinadamente para que se impregne la vida y la obra quede toda hecha de palpitaciones. Hay que entregarla toda a nobles gestos de santos orgullos y obscuro enjambre de artesanos modestos vestidos de duelo. A fin de que sobre el campanario se alce, todavía más alto hacia el cielo ardiente de un día de fiesta, la aguja más perfecta, portadora de la Cruz".

Y así como en este poema que firmaría el más exigente de nuestros simbolistas, y en que Claudel hallaría un alma hermana de la suya, está toda su Fe sana, limpia, serena, llena de humanidad doliente y de visión divina; y así como en sus ternuras la Caridad palpita como el ritmo natural de su corazón; así en su último canto, en el que cierra el libro, saluda a la Esperanza y le pide que la arrebate en su abrazo inmortal. "Háblame, dice a la Esperanza, de la Vida y de la joven aurora, cuyos resplandores sueño en esas lejanías doradas, y de los jardines nuevos que mañana abrirán sus ofrendas de flores bajo mis pies liberados. Aligerada me lanzo contigo en el espacio donde te oigo gritar que no existe la noche... Y sale el sol... y la tierra se borra... y yo me doy a ti para siempre, Esperanza".

Este místico ensueño termina el volumen y el lector siente que la obra no es más que una ascensión co-

mo la de los muros de la Catedral Inconclusa, un vuelo que viene del fondo de una infancia luminosa, que atraviesa las tormentas del dolor sostenido por el amor, que por fin descansa en la liberación infinita, perdiéndose en la luz increada.

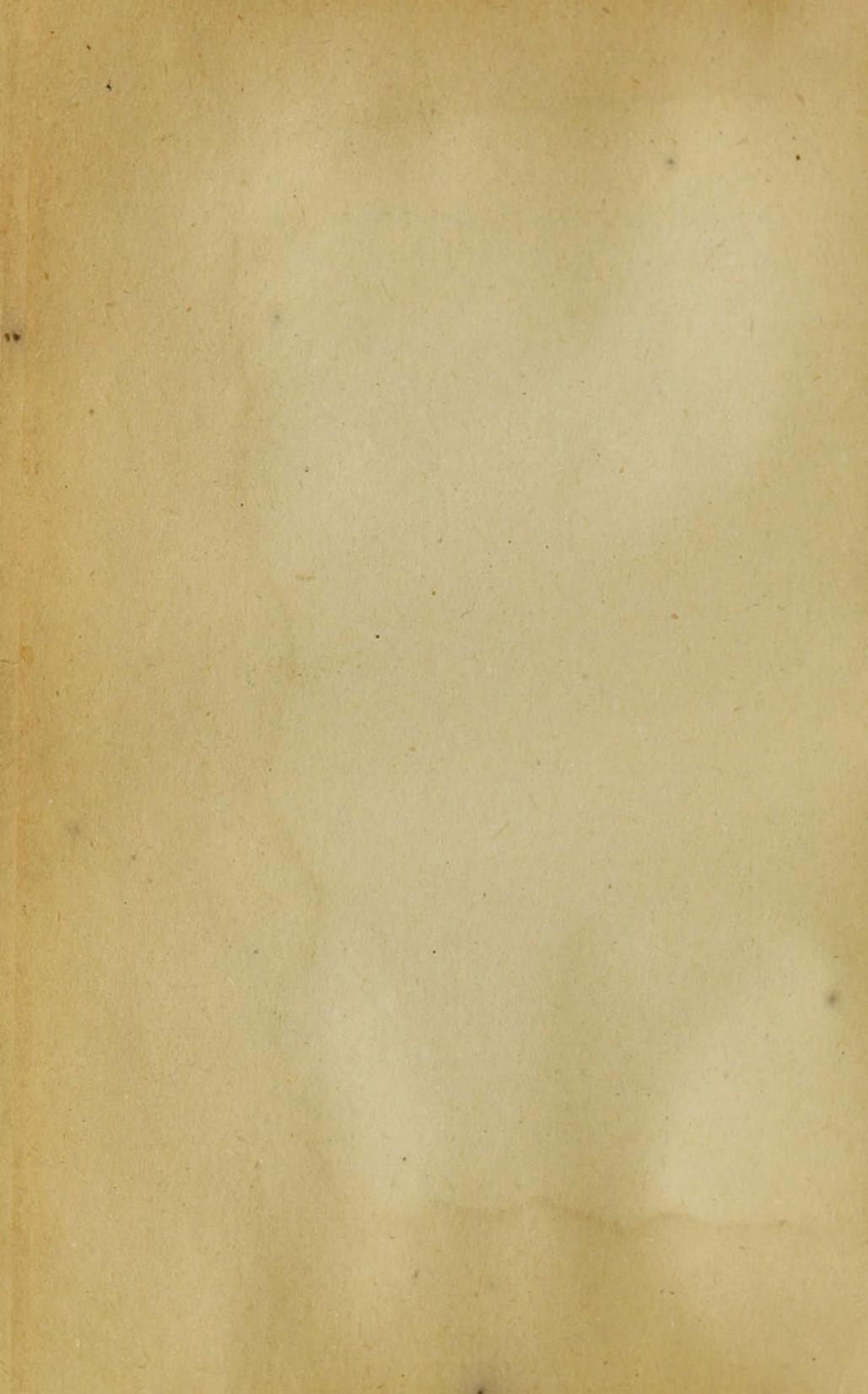
Cuando me contaron que había muerto, pensé en un cuadro viejo en que el Judío Errante de la leyenda contempla el cadáver de un niño: él no puede morir y arrastra por los caminos de la tierra su sed de paz, y su hambre de perdón; y ha muerto esa criatura sobre cuyos labios yertos vaga todavía la sonrisa angelical. Ella, capaz de sentir y pensar, de ser feliz y de irradiar venturas en torno suyo, se ha ido; y quedamos nosotros caminando con el saco de amarguras y miserias a la espalda.

Cuando leí su libro sentí que de su corazón maltratado, de sus manos puras, de su noble frente, de todo su ser había nacido para nosotros una luz, una inmensa esperanza, una certidumbre de inmortalidad.

Y la hemos sentido de nuevo viva, hermosa, sonriente, liberada, como ella quería, de las limitaciones humanas, espíritu consolador que ya no puede abandonarnos.

Para evocarla, nos bastará leer una cuantas de esas líneas en que dejó las huellas de su inteligencia bendecida por el Creador. Y ella vendrá siempre, amiga, compañera y maestra, para ayudar en la lucha del espíritu con la materia, para consolar en los grandes dolores, para enseñarnos a amar y a sufrir, a elevarnos por el dolor hasta la cima de lo sobrenatural, y a

poner un poco de nuestra vida sobre los muros de la Catedral Inconclusa de la cual todos deberíamos ser artesanos modestos, ansiosos de contemplar un día la alta flecha que llevará la Cruz.



RAMÓN A. LAVAL

Sucedí en la Academia Chilena correspondiente de la Española de la Lengua a don Ramón A. Laval, antiguo funcionario de correos, filatelista, gran investigador del folklore chileno, gramático y purista. Obligado a examinar su personalidad y su obra, que sólo conocía de lejos y vagamente, salí de mi pequeño estudio con una sincera admiración por este hombre modesto y gran trabajador intelectual.

La del señor Laval es personalidad sencilla en apariencia, pero compleja y difícil de definir si se la estudia con atención. Predomina en su espíritu un fuerte instinto de medida, de proporción, de orden lógico en las ideas, de todo eso que sus antepasados franceses llamaron "la belle ordonnance". Siente el aguijón de una viva curiosidad por conocer las relaciones entre las cosas y al mismo tiempo una modestia y desconocimiento de sus propias fuerzas que lo inducen a buscar de preferencia lo pequeño, consciente acaso de que en el mundo microscópico están los orígenes del universo, mejor manifestados que en los seres de grueso volumen. Laval ha pasado su vida, serena y plácida en la apariencia, seguramente agradable en el reino interior de su alma preocupada de investigaciones desinteresadas, observando en células sociales, en manifestaciones semiocultas y pequeñas el secreto del alma de su pueblo.

La extraña distribución que la Providencia suele hacer de los hombres en el casillero social, o si se quiere

la fuerza implacable de necesidades que desvían a los hombres de sus vocaciones negándoles campo adecuado, lo hizo desde la primera juventud funcionario de correos. Pero un hombre como Laval no podía limitarse a un simple ejercicio burocrático. Dondequiera que fuese, debía ceder a su pasión de estudiar, de comparar, de clasificar. Y en todas partes tenía que sentir la vibración, ininteligible para la multitud, de ese romance de las cosas perceptibles para un espíritu delicado y con entusiasmo de artista, aun en lo que parece más pedestre y mecánico.

Laval, funcionario de correos, estudia el ramo en medio del cual vive, comprende su importancia, lo ve como una red misteriosa que une almas humanas a través de las distancias, que liga a los pueblos, que crea su comercio, que acarrea por encima de las cordilleras y los mares amores e intereses, puros ensueños y sórdidas transacciones, esperanzas de riquezas y desilusiones mortales, noticias dolorosas y anuncios de ventura. Por eso lo quiere perfecto y trabaja sin cesar para ensanchar y mejorar sus servicios. Los estudios de Laval sobre correos adelantan muchos años sobre su época y si los hubiera acompañado de esa ambición que a un tiempo estudia y empuja hacia arriba para alcanzar puestos de autoridad, desde donde se pueda realizar lo soñado, hubiera hecho reformas, anticipándose a sus contemporáneos. Pero Laval carecía de toda ambición. Había en él un desinterés perfecto. Su espíritu sólo le pedía ver la verdad, entenderla, analizarla y luego dejar que otros, si querían, la aprovecharan.

Y nunca deja de percibir y de buscar con amor de

artista lo que de belleza pura hay en cada actividad humana y en cada objeto ofrecido a nuestra mente. Con un sentido profundo de la realidad, extrae de ella elementos esenciales. El sello de correos, convertido poco a poco en objeto de pasión de coleccionistas en la cual se mezclan gustos de artistas, interés de geógrafos, instintos de fraternidades internacionales, afición a mejorar los servicios postales, llega a ser para don Ramón Laval una fuente de goces como los deportes para el que a ellos se consagra. Pero en esto, como en todo, no puede quedarse en la superficie de las cosas, ni puede menos de aportar algo de su refinamiento espiritual.

Es un émulo de aquel Pardo de Figueroa, escritor ameno y de extraña distinción que firmaba con el seudónimo de Dr. Thebussem y ponía bajo su firma el título arcaico y simpático de "Cartero Mayor de España y sus Indias". Como Thebussem, nuestro gran filatélico lleva a éste, que no sé si es arte o ciencia o simple pasatiempo, que de todo tiene, una contribución enorme de investigaciones pacientes, de ingeniosas deducciones, de descubrimientos curiosos y más aún de gran elegancia. Lo que este hombre toca se embellece y adquiere nobleza al contacto con su espíritu desprendido de todo interés material, enamorado de ideales simples, y todo recibe una especie de gracia ingenua que es el soplo íntimo de su alma bondadosa.

Sus estudios postales deberían ser juzgados por un entendido. De seguro, se hallará en ellos la fuente de muchas reformas que han logrado mejorar nuestros correos. En aquellos años los servicios postales de Chile no habían sido penetrados aún por el sentido social y

moral de la responsabilidad. Que una carta llegara un día o dos o tres más tarde o más temprano, que la carta se perdiera, no eran problemas que afectaran a los plácidos burócratas que ocupaban cargos en esa rama de la administración como hubieran podido ocuparlo en cualquier otra. Pero había entonces hombres con grandísimo celo y conocimientos técnicos. Los había muy capaces de organizar un buen servicio. Y entre ellos hizo sus amigos don Ramón A. Laval que nunca se contaminó, a pesar de sus 40 años de empleado fiscal, con la pereza, la rutina y el desdén por el público contribuyente, cualidades ilustres del burócrata clásico.

Laval penetró con entendimiento claro en los detalles de los correos. Estudió, investigó, por conciencia delicada de su deber y por necesidad de su espíritu incapaz de permanecer en la rutina y en la superficie de las cosas. Su historia del correo en Chile es un trabajo original y ameno, parte interesante de la historia de la civilización en este país.

Laval tenía un sentido artístico de la vida y en el correo buscó en la filatelia, la colección y estudio de esa pequeña obra de arte que es el sello o estampilla, un campo donde hallar entretenimiento y provecho para sus estudios postales.

Su entendimiento se me figura comparable con el de un entomólogo, un cultivador de estudios microscópicos. Halla grandeza en la pequeñez, eleva a la categoría de fenómenos portentosos los hechos pequeñísimos que el vulgo no percibe, se asoma con una visión capaz de magnificar lo infinitamente pequeño a un mun-

do que, investigado en sus relaciones, sus causas y efectos, resulta enorme.

Ese sello de 20 centavos parece falsificado. Laval se prepara como un experimentador a caza de bacterios. El empleado de correos y el filatélico se unen en la pesquisa implacable. El papel es más delgado; la tinta diferente de la que emplea la casa proveedora del correo chileno; el color es negro sucio, en vez de gris; hay algo en el grabado, en la impresión. Ese otro sello de 10 centavos también presenta caracteres inquietantes, sin embargo..., Laval duda: "puede haber ocurrido que al colocar la plancha en la prensa, dice en una carta, estuvieran los rodillos con tinta roja de la de los sellos de 2 centavos u otra, tal vez el de 25, que olvidarían de limpiar y esa tinta mezclada con el anaranjado daría el color bistre que tiene el sello en cuestión". Porque el grabado, el papel, todo lo demás le parece irreprochable. Y en efecto, Laval triunfa y se siente feliz: el sello de 20 es falsificado y se descubre el fraude y se averigua que el Correo ha sido estafado en considerables sumas. Y el pobre sello de 10, con su color bistre, era legítimo, sólo que había vivido un tiempo cuando aun formaba parte de un pliego, en una vidriera que contenía cigarros y las emanaciones del tabaco lo habían teñido de es tono sospechoso. El inocente sello de 10 centavos se salva.

Ignoro si el señor Laval escribió versos; pero era poeta más que muchos autores de volúmenes de renglones más o menos medidos y más o menos rítmicos.

La poesía infinita de todas las cosas, y de preferencia de las cosas humildes, habla a su alma y canta dentro de ella una canción apenas perceptible para los demás.

Así vuelve como un rumor que trae el viento del fondo de un paisaje que se va borrando, el poema de su niñez. Los cuentos que oyó a la Mama Antuca junto al brasero, en el hogar provinciano, mientras afuera caía la lluvia y zumbaba el viento norte en torno de las paredes de adobes, al compás de las goteras del techo de tejas enmohecidas y musgosas, reaparecen en su memoria. Lo provocan a investigar de dónde vienen, de qué oscuros orígenes raciales, de qué noches de la humanidad salieron estas fantasías del soldadillo y los deliciosos "cuentos de nunca acabar".

Así va entrando en sus estudios de folklore, aun antes de que el término sajón sea adoptado en todo el mundo, antes de que el mismo conozca la calidad de ciencia que a estas investigaciones se ha dado en los últimos cincuenta años.

Don Ramón Laval procede en sus estudios de folklore con método científico riguroso, aun cuando parece creer en sus comienzos que está haciendo sólo obra de propia diversión y homenaje al espíritu popular y tierno recuerdo de su niñez. La Mama Antuca es inseparable de esta iniciación. Es como la musa inspiradora. Se me figura que ella se le aparece, ella le pena, como diría uno de sus cuentos, y vuelve a narrarle las historias fantásticas o picarescas, de amores y aventuras, en que entran duendes y viejas brujas, gallardos mancebos vencedores de monstruos para lograr la mano de una princesa encantada y el viento devorador de car-

ne humana, mágicos conjuros, capas que hacen invisible, burlas grotescas y ensueños angélicos, todo el mundo ideal de la niñez individual y de la infancia de los pueblos. La Mama Antuca vive inmortalmente como creación de un poeta: es vieja, arrugada, con boca desdentada, escasos cabellos grises, la nariz curva acercándose a los labios delgados. Se envuelve en un pañolón negro y tiende sobre el brasero las manos huesudas, manchadas de pecas, mientras cuenta en voz monótona y que parece acentuar los misterios y subrayar las picardías, los cuentos que comienzan por encantar a los niños, que luego los adormecen y más tarde les dan pesadillas.

De este recuerdo infantil Laval sube a la investigación amplia. Recoge los cuentos populares de las versiones orales, directas, de muchachos del pueblo, de viejos, muy viejos, guardadores de tradiciones que el tiempo va borrando. Compara los de una región de Chile con los de otras y advierte las variantes hechas por las migraciones de razas, por el ambiente geográfico, por el clima y las costumbres. Luego rastrea el mismo cuento en otros pueblos y en épocas remotas para seguir el camino de la leyenda siempre antigua y siempre renovada. Desde el fondo del Asia han venido a veces los cuentos que ahora están anidados en la tradición chilena. Pasaron los mares y las montañas escondidos en el calor de almas españolas y aquí fueron cambiando de color y de formas, haciéndose chilenos sin perder su antiquísimo sabor. Y así, este hombre que no pretendía, tal vez, sino gozar él mismo con la contemplación de su propio recuerdo de infancia y con un tributo de amor al alma

de su pueblo que amaba y entendía prodigiosamente, iba llegando a los orígenes de la humanidad y estableciendo por maravilloso modo, la unidad de la especie humana.

¡Oh, misteriosa necesidad de que nos cuenten un cuento! Nacemos con ella y el primer canto materno nos hace dormir con la historia musical de la *rurrapata* en que parió la gata cinco borriquitos y una garrapata. Pedimos después cuentos y cuentos a la madre, a la nodriza, al viejo campesino que nos enseñó a montar a caballo. Buscamos después en libros nuevas historias y nunca dejan de encantarnos, aunque a veces ni a nosotros mismos queremos confesárnoslo en la edad madura; se los pedimos a la novela, la poesía, el teatro, los periódicos con sus relatos de emocionantes hechos reales, de catástrofes y crímenes, de pesquisas y descubrimientos, de viajes peligrosos y aventuras de toda especie.

De esta necesidad humana de oír un cuento nace toda la literatura con sus géneros más admirables desde el teatro a la novela, desde el poema épico a la canción de amor. Y don Ramón Laval, poeta ante todo, enamorado de estos orígenes sencillos y profundos de la poesía universal, escarba en el alma del pueblo chileno. acusado tantas veces de falta de imaginación y de sequedad realista, y halla en ella elementos preciosos. No es un erudito frío el autor de "los cuentos de nunca acabar", sino un artista que anda en busca de las fuentes de la poesía, que remonta la corriente hacia la altura donde el agua limpia de la infancia de la humanidad se golpea en las rocas de una vida primitiva y corre saltando dividida en cien riachuelos hasta llegar a veces

superficial, otras oculta bajo los sedimentos que va acumulando la civilización, a los llanos poblados por el hombre de nuestros días.

Y a medida que ahonda en sus estudios y más analiza y más comprende, el señor Laval quiere conocer el proceso de deformación de la lengua en que halla estos relatos populares, el origen de los vocablos peculiares de nuestros pueblos, el sentido íntimo de expresiones irremplazables, el valor filológico y al mismo tiempo la inspiración psicológica de ciertos términos y frases. El cuento popular no le basta. Recoge adivinanzas, refranes, consejas, romances, cantos, historias versificadas por el instinto primitivo que necesita del ritmo y la rima para embellecer y para facilitar la retención.

Entonces entra Laval a la ciencia del folklore completa. Ha comenzado por un sentimiento de ternura y acaba en una meditación grave y de alcance humano. La filología le debe investigaciones utilísimas, la poesía elementos preciosos salvados del naufragio incesante de la leyenda en este país de renovación continua; la historia afirmaciones valiosas para determinar los caracteres de la raza a que pertenecemos y las huellas que en su espíritu han dejado los sucesos humanos muchos antes de que existiera el nombre de Chile.

Y llega a una conclusión que parece sorprenderlo, tan libre de prejuicios estaba cuando comenzó su labor: todo el fondo del alma chilena, toda esa íntima naturaleza revelada en el cuento, en la poesía popular, en las consejas y en los romances, en las adivinanzas y en los refranes, todo es español, todo vino dentro de las armaduras de acero y los corazones atrevidos y nobles de

los conquistadores y colonizadores que salieron de la península a engendrar pueblos y derramar civilización y marcar con el sello de su grandeza mundos enteros.

Todo es español en el folklore chileno, sólo que todo eso español fué vertido en un vaso que le dió su forma y, como ha dicho nuestro crítico Omer Emeth al juzgar una de las obras de don Ramón Laval, es el caso de recordar el axioma aristotélico según el cual "todo cuanto es recibido en un recipiente, toma la forma del recipiente". De España vinieron los cuentos, las consejas, los conjuros, las adivinanzas que Laval recogía a lo largo del territorio de Chile, desde su tierra natal de Colchagua hasta las orillas del río Imperial en Carahue, por donde pasó sembrando ciudades Pedro de Valdivia. "Ninguno de ellos es chileno, dice el crítico, pero todos ellos se han chilenuizado".

Sólo con esa preciosa alianza que en el alma de Laval existía entre el entusiasmo del artista y la paciencia del investigador, pudo realizar la obra folklorista que alcanzó a dejar. ¿A qué horas tuvo tiempo este empleado de correos y más tarde laboriosísimo funcionario de la Biblioteca Nacional, modelo de trabajadores, tan celoso para cumplir sus obligaciones, para sacrificarse en obsequio de amigos y del público que reclamaba a veces más de lo que había derecho para exigir, cuándo tuvo tiempo para esta obra maravillosamente prolija y de una tan pura conciencia científica?

Don Ramón A. Laval fué por varios años una especie de catálogo viviente de la Biblioteca Nacional, por aquellos tiempos uno de los establecimientos más desordenados, más revueltos, más oscuros, material y mo-

ralmente, que había en Chile. En la humedad y el frío del viejo caserón destartado de la calle de la Compañía, donde seguramente contrajo la enfermedad que le llevó a la muerte, Laval era lo único seguro, el guía, la esperanza de todo el que buscaba algo más allá de lo manoseado. "Pregúnteselo Ud. a Laval" era el consejo de un investigador a otro. "Váy a preguntárselo a don Ramón" era la respuesta que los empleados daban al que deseaba un libro o documento. Era Laval tan gran bibliotecario que nunca llegó a Director de la Biblioteca. Ignoraba los pasillos ministeriales. Se habría perdido en los vericuetos parlamentarios que entonces conducían a los altos empleos nacionales. Era incapaz de procurarse la amistad de los poderosos. Y no la necesitaba. Sin la arrogancia del caballero de la Triste Figura, pero con igual conciencia de su propio valer y de la alteza de su vocación, pudo decir don Ramón Laval que unos iban por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, pocos por el de la verdadera religión, y él iba por la angosta senda de sus estudios, en cuyo ejercicio despreciaba la hacienda, pero no la honra.

Honra le dieron en retribución de lo mucho que sirvió al adelanto de las letras, a la investigación de los orígenes de la psicología de su pueblo, al rescate de tanta hermosa leyenda popular que sin él hubiera sido arrastrada en el curso implacable del tiempo destructor y renovador.

Doctas asociaciones de diversos países del mundo lo distinguieron y buscaron su colaboración y acogieron sus trabajos con elogio. En Francia su nombre llegó a

ser familiar entre los investigadores del folklore. De Alemania y España y la República Argentina y los Estados Unidos y todos los países iberoamericanos llegaban al señor Laval cartas, solicitudes, consultas, aplausos.

A nosotros, sus compatriotas, nos queda la colección de su libros y de sus numerosísimos trabajos insertos en periódicos y revistas, de los cuales, por suerte, se ha hecho ya una bibliografía razonada. Comprende sus estudios sobre la historia del Correo, ensayos sobre cuestiones postales, disertaciones de filatelia, las admirables Memorias de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía de que fué secretario diligente y laborioso, sus publicaciones sobre folklore y una larga serie de trabajos sobre arqueología, etnología, filología, crítica literaria y otras varias materias.

De su labor en el folklore de nuestro país, sin duda lo más original y vigoroso de su obra literaria, hay que señalar los *Cuentos Populares en Chile*, *Cuentos Chilenos de Nunca Acabar*, *Del Latín en el Folklore Chileno*, *Oraciones*, *Ensalmos* y *Conjurios*, y su magistral *Contribución al Folklore de Carahue*. Es el mejor grupo de trabajos de este género que se haya emprendido en nuestra lengua, sea en América o en España. Y sería justicia y conveniencia para las letras que se hiciera una edición de estas obras, la mayor parte dispersas en revistas y folletos. Pudiera precederlas a manera de introducción el discurso erudito, galano, de bella forma y nobilísimo concepto que pronunció al incorporarse a la Academia Chilena y que lleva el título de *Paremiología Chilena*. No se olvide que el señor Laval

era cuidadosísimo en su lenguaje y no dejaba jamás en sus escritos una palabra que no fuera de castizo origen y no estuviera consagrada en su diccionario por la Academia Española de la Lengua. Uno de sus deportes intelectuales era salir, como él decía, "a caza de gazarpos", a coger en periódicos y aún en libros respetables expresiones incorrectas, galicismos, neologismos, palabras impuestas por el uso vulgar, pero horribles para su oído de purista.

EN LA MUERTE DE SALVADOR NICOSIA

Ha caído, por fin, el viejo león herido. Por largos años resonó con sus rugidos la selva "donde apenas si cabía", la selva oscura de las injusticias y las insolencias, perseguidor de alimañas reales y de fantásticos endriagos, combatiendo siempre, hasta los días postremos en que lo vimos "arrastrar por los caminos su lanza, medio apoyado en la muerte".

Y cuando su espíritu traspase los umbrales de algunos Campos Elíseos destinados a los aventureros sin miedo, deberán salir a recibirlo sus hermanos de la raza latina de que fué ejemplar maravillosamente genuino: Orlando el Furioso, Cyrano de Bergerac y Don Quijote de la Mancha.

De los tres caballeros tuvo herencias. Del uno la pasión violenta e implacable; el penacho del gascón, y la estéril combatividad contra enemigos más soñados que reales con que el de la Triste Figura defendía sus ideales.

¿Cuál fué en realidad su historia? ¿Cuál el curso tormentoso de su vida de aventuras en dos continentes? Ni aun los que por muchos años le oímos contar temerarias hazañas lo sabemos de cierto. En su imaginación habían llegado a fundirse lo real y lo imaginable, lo que fué y lo que pudo ser o debió ser.

Venía, en línea recta, de señores feudales que debieron vivir encaramados en algún castillo roquero y dominar los contornos con desaforada violencia. Se

llamaba el Barón de Lidestri y San Jaime del Pozo, y había visto la luz primera en Nápoles. Le sobrevive su hermana Donna Bianca, viuda del filósofo Giovanni Bovio, uno de los creadores de la ideología revolucionaria italiana, amigo de Mazzini, republicano romántico.

Recibió educación universitaria interrumpida por las luchas políticas de la unidad italiana. Se mezcló en revueltas de estudiantes, y apenas lograba la influencia del cuñado librarlo de sus frecuentes visitas a la cárcel. Hacía versos, escribía artículos incendiarios, pronunciaba arengas con aquel trueno de voz de que lo había dotado la naturaleza y conseguía siempre despertar a la policía por dormida que estuviera.

La insurrección de la Bosnia y la Herzegovina contra el Austria lo hizo soldado y peleó en las campañas de guerrillas. Decía que entonces había sido gobernador de una provincia. Contaba sus grados militares obtenidos en el campo de la revuelta. Refería con detalles su duelo en Atenas, "frente a la tribuna de Demóstenes", con un adicto militar austríaco a quien dejó en el campo, mientras él se refugiaba en un barco de guerra británico.

A veces sus relatos tomaban aspectos suntuosos de orientalismo. Se le podía imaginar señor de un harén en Turquía, orador en Grecia, afiliado en sociedades secretas que preparaban la unidad y la República mazziniana. De cuando en cuando, algún viejo compañero recordaba en sus memorias, en artículos retrospectivos, la silueta de Totó Nicosía, como entonces se le llamaba con el diminutivo napolitano. Y aparecían confirma-

das las guerras, las prisiones, los esplendores orientales, los amores con grandes duquesas de Rusia, los duelos y los altibajos de fortuna.

Así llegó al Brasil, donde fué periodista y realizó negocios que le dieron dinero y otros en que lo perdió. Allí se hizo amigo de los ministros de Chile, como Vial Solar y Walker Martínez. Sirvió a Chile con simpatía desde las columnas de algunos periódicos. Un día salió para Chile, de donde nunca más se alejaría.

¿En qué época estuvo en el Uruguay envuelto en las peleas de blancos y colorados? ¿Cuándo fué al Perú, según decía, como cónsul y más tarde encargado de negocios del Uruguay? Sus recuerdos no eran precisos, tenían la vaguedad grandiosa de lo que parte de la realidad y se pierde en las nieblas de la fantasía.

Lo oí por primera vez en 1902. Desde los balcones del palacio municipal de Santiago, donde se festejaba a un grupo de marinos brasileños, un orador hablaba en una lengua mezcla de italiano, portugués y español, pero con tal brío y tan poderosa elocuencia, que la multitud se había sosegado para oírlo, y la voz enorme llenaba la plaza. Me lo señalaron en la calle. Iba vestido de blanco, con un gran sombrero de jipijapa. Evocaba una plantación de caña o un campo de tabaco.

La prensa le atraía como el único terreno en que aun se podía pelear en este mundo reducido a la serenidad burguesa, que achata y nivela. Trabajó en "La Tarde", de los Galos, como se llamó siempre a esos hermanos Irrarrázaval, los últimos que hicieron en Chile el periodismo romántico, agresivo e ingenioso, a punta de frases y de estocadas, con duelos y escándalos. Es-

taba en su elemento y mostraba una maravillosa facultad para informarse. Desde entonces, y hasta sus últimos días de periodista, Nicosía fué el mejor reportero de este país. Lo que él no sabía, no valía la pena de saberse.

Pero "La Tarde" cayó de las manos de los Irrarázaval en otras más industrializadas. Nicosía vino a pedir a "El Mercurio" un hogar acomodado con sus gustos. Cuando le dimos un asiento en esta casa, contó su despedida del otro diario y de las gentes a quienes miraba con gran desprecio. "Los he llamado a todos, decía, y bajaron por las escaleras mugrientas, y vinieron a mí. Entonces les dije: "Forzado por circunstancias extraordinarias de mi vida, he estado obligado a llamarme su amigo; pero ahora soy otra vez Salvatore Nicosia, Barone de Lidestri, y le *proibisco de salutarme en la calle...*" Y cubriendo con el chambergo el penacho que ya blanqueaba, salió de la Imprenta. Cyrano de Bergerac lo hubiera dicho en verso y no hubiera sido mejor.

Su silueta pasó a ser una parte de la vida santiaguina. Nadie ignoraba quién era este hombre pequeño, que con los años se iba haciendo grueso, siempre vestido de colores vivos y corbatas que chillaban furiosas sus rojos y amarillos, verdes y morados, cubierto de un gran sombrero de fieltro de anchas alas, con las barbas canosas, marco de un rostro moruno; la nariz y los labios anchos y sensuales, los ojos muy vivos, y aun más tarde, cuando la sordera parecía aislarlo, capaz de oír todo lo que le interesaba.

Fué reportero, traductor de telegramas, pero sobre todo, reportero y corresponsal, buscador de noticias, má-

quina prodigiosa para extraer de un ministro o un embajador lo que parecía más recóndito, siempre afanado por tener la primicia periodística.

Sirvió a "La Prensa" de Buenos Aires y fué amigo de don Estanislao S. Zeballos. Dejó esa correspondencia para aceptar un cargo de Cónsul de la República Argentina en Santiago, y comenzó el único período relativamente tranquilo de su vida. Trajo a Chile a su anciana madre, la señora Nicosía, que había peleado campañas de la unidad italiana y tenía una pequeña pensión por una herida recibida en aquellas luchas. Con ella vinieron los hijos de Nicosía y el bohemio inició una vida burguesa, serena y holgada en la casa que había comprado y de la cual decía con malignidad: "Soy el único italiano que teniendo una casa esquina no ha puesto almacén".

Uno de los episodios más curiosos de su vida fué la organización de la Colonia Nueva Italia, en Malleco. Hablaba con orgullo de la ciudad Capitán Pastene, que había fundado, y pedía que allí se le erigiera más tarde un monumento. El negocio fracasó, y Nicosía salió de él, maldiciendo a sus socios, sin dinero, pero con un nuevo tema para sus relatos maravillosos.

En 1920 fué víctima de una injusticia o de un error que lo hirió hondamente. Se le acusó de ser el autor de una correspondencia enviada a "La Prensa" de Buenos Aires que molestaba al Gobierno del señor Sanfuentes. Nicosía había dejado de ser corresponsal de ese diario desde varios años, y sólo continuaba tareas periodísticas en "El Mercurio". Sin embargo, el Ministro de Relaciones Exteriores de ese momento, a pesar

de los datos que se le dieron para probar que Nicosía no había tenido conocimiento del telegrama incriminado, le canceló sus letras patentes y lo privó de sus medios de subsistir con holgura.

Volvió a la actividad plena de su profesión de corresponsal y durante una larga serie de años ha servido a "La Nación" de Buenos Aires. No hay exageración alguna en decir que jamás ha habido en Chile un corresponsal mejor informado, más activo, más abnegado. Jamás hubo tampoco otro alguno que con sus telegramas y sus noticias privadas al director sirviera mejor la amistad chileno-argentina y, en general, la política de nuestro país. Cuando el Gobierno le concedió la Orden al Mérito, no hizo más que justicia a un buen amigo de Chile.

Perdía rápidamente la vista. Su cuerpo demolido por muchos males le causaba dolores continuos. Las piernas lo llevaban con dificultad. Pero se erguía repitiendo siempre: "¡Soy de una raza fuerte!" Y seguía trabajando y dando voces y sembrando en todas partes animación, alegría, mordacidad ingeniosa, sátira implacable.

Lo vimos tantas veces salir de su oficina de "El Mercurio" en las horas del amanecer, arrastrando su cuerpo viejo y enfermo bajo la lluvia, por el lodo de la calle, e ir hasta el cable para dejar su último telegrama. Y el secreto de su triunfo, de sus noticias exclusivas, de su conocimiento portentoso de la política exterior, estaba, después de su talento, en su laboriosidad formidable y su energía. El día entero, de la mañana a la noche, rastreaba sus noticias, detenía a hombres públicos,

conversaba con periodistas, sorprendía fragmentos de diálogos, obtenía declaraciones, aclaraba todo aquello en su cerebro y a la noche escribía sus telegramas siempre discretos, en que los más graves asuntos estaban envueltos en una forma florentina. Y eso que se servía de una lengua en que entraban todas las que había aprendido en su asendereada vida.

Un día no pudo más y pidió su jubilación. Desde ese día comenzó a morir. Rodaba por la imprenta amargado, dolorido, quejándose de todo, rabioso por haber tenido que quitarse el arnés guerrero. Se sentía como humillado y una inmensa tristeza le roía el alma. Y entonces se volvía contra el actual Gobierno de Italia, con el cual jamás pudo reconciliarse. Ya desde antiguo sostenía que había habido cuestiones de familia entre la casa de Saboya y los barones de Lidestri. Después, su republicanismo lírico (“amo la democracia, decía, pero vestida de limpio y con espíritu elegante y revolucionario”) lo hizo maldecir en todos los tonos, a grandes voces y con una pasión ciega, el régimen fascista.

Pero era un patriota italiano ardiente, tenía un grande orgullo de su raza y amaba a Chile como a su propio país.

Se ha ido con él una de las personalidades más interesantes que las olas europeas hayan arrojado sobre las costas de América. Era un caballero y tenía rasgos geniales como periodista. Por largos años sus anécdotas circularán entre la gente de prensa. En “El Mercurio”, que fué su hogar de tantos años, quedará de él memoria alegre y amable. Oiremos su voz resonando en el hall, lo veremos apoyado en la baranda de la galería,

murmurando de todo y de todos, clavando el acero de su burla en la necesidad, en la pretensión, en las huecas solemnidades de ciertos escritores y políticos. Lo contemplaremos de nuevo siguiendo con los ojos acerados y ardientes a toda muchacha bonita que pasaba cerca de él. Y muchas veces diremos, la más bella forma del recuerdo: "Si estuviera aquí Nicosía..."

Su decadencia física no doblegó la fuerza de su cerebro ni las energías de su alma indomable. Rendido por la ceguera, por la gota, por los reumatismos, se acogió al lecho cuando ya no pudo más; pero, moralmente, Nicosía ha muerto de pie con todas sus convicciones, con sus prejuicios, con su robusta ansia de pelear, viéndose en los últimos momentos a legiones de enemigos imaginarios o reales que no tuvo tiempo de derribar en tierra.

Y el primer instante de paz de este agitado, este combativo, este inquieto trabajador de la prensa, ha sido ese en que hace pocas horas su espléndida cabeza coronada por el penacho blanco que parecía erizarse en los momentos de pasión, cayó sobre la almohada para no levantarse.

VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Había en el carácter de Blasco Ibañez una sinceridad fundamental y un infinito anhelo de verdad. Nunca fingió, aunque la franqueza le costara muy caro. Nunca adoptó actitudes teatrales o quiso darse en espectáculo a la muchedumbre. No hay en toda su existencia un solo rasgo de eso que los franceses llaman el "cabotinismo literario" y practican aún sus mayores genios. Tenía el orgullo de su talento, sabía quién era, pero carecía del exhibicionismo tan común en los grandes literatos. Ni aun en los días en que su nombre alcanzó la más grande divulgación en el mundo, ni aun cuando ganaba millones con la venta, traducción y adaptación cinematográfica de sus novelas, dejó de ser en sus relaciones con toda clase de gente, sencillo, natural, igual a sí mismo, con las nobles cualidades y los defectos de su raza y de su clase, pequeño burgués valenciano, contento de ser lo que habían sido sus mayores, aunque consciente de que había recibido al nacer una marca genial y una luz interior capaz de brillar para toda la humanidad.

Así lo vi por primera vez en Santiago, el año en que vino para dar unas conferencias. Salimos del único y modesto hotel de Santiago en que por entonces era posible que se hospedara un huésped habituado a un mediano agrado de la vida. Mañana primaveral santiaguina de una transparencia deliciosa, luz y temperatura de país de montañas. A un paso de allí estaba la Plaza

de Armas. Blasco Ibáñez, venía de la República Argentina mal dispuesto contra la ciudad fundada por españoles y en que gente de lengua y raza españolas se empeñaba en probarle, y creía agradarlo con eso, que Buenos Aires era "un segundo París" y lo sería más cada día.

— ¡Plaza de Armas! — repitió reflexivo. — ¡Qué bonito nombre! ¡Cómo hace historia!... Aquí llegaron... Traían debajo de las armaduras una espiritualidad romana y repetían la aventura de las legiones de César en media Europa. ¡Y decir que el castrum romano se trasladaría a América después de dos mil años...!

Luego dió en torno suyo una de aquellas miradas que parecían inquietas, mirada ardiente de artista, que se diría de conjunto, y, sin embargo, ve infinitos detalles y los retiene y más adelante los describirá. Y dijo:

— ¿En qué provincia de España estamos? Porque aquél es el Gobierno Civil — (y señaló lo que era entonces la Intendencia) — aquí está el Obispado con su catedral, y esos otros son los soportales para el comercio... Esto es muy simpático, tiene carácter, tiene raza...

Y respiraba el aire con delectación sensual y se llenaba los ojos de la visión española que se la había presentado evocándole recuerdos, despertando en su alma quién sabe qué nostalgias y amores y entusiasmos de patriota y orgullos históricos. Tengo el convencimiento de que ese día, más que por los relatos de sus numerosos amigos chilenos de Europa, Chile se entró en el alma de Blasco Ibáñez, y amó a esta tierra lejana con el afecto leal de que más tarde daría tantas muestras.

Esa noche, u otra de las primeras de su visita, Alberto Mackenna, especie de gran chambelán de la República, encargado de los huéspedes ilustres, lo invitó a comer en su casa en compañía de veinte o más escritores. Descontados unos cuantos jóvenes, como Díaz Garcés, Carlos Luis Hübner y algunos otros, los demás eran venerables historiadores o comentadores del Código Civil, o sabios pedagogos o insignes gramáticos. Allí estaban don José Toribio Medina y don Valentín Letelier. Blasco sólo sabía que eran escritores y había imaginado una reunión de novelistas, de autores de cuentos, de gente libre de espíritu y suelta de lengua, como suelen ser los de ese oficio por allá, por tierras de España o de Francia. Y como era un charlador maravilloso, comenzó luego a contar cuentos verdes, llenos de ingenio, relatados con un colorido y un arte endiablados, capaces de hacer reír a la Cordillera de los Andes, que es lo más serio que hay en América, "el continente triste". Reían los más jóvenes y alguno que otro buen catador de fábulas ingeniosas, como el doctor Orrego Luco; pero los graves y sesudos varones no podían descender fácilmente del alto lugar que cada uno ocupaba en la fauna chilena y apenas mostraban una discreta deferencia, y salieron de allí diciendo: "¡Qué español tan grosero!" Sí, como es probable, Blasco se dió cuenta del efecto producido por sus historias, dignas algunas del Decamerón, y mejor aun del Arcipreste de Hita, ¡cuánto debió gozar!

Otro día comimos en su compañía en el palacio de la Moneda, bajo la hospitalidad tan simpática, tan natural y acogedora del Presidente don Pedro Montt y la

encantadora doña Sara. Blasco conocía ya un poco mejor el terreno y estuvo admirable de discreción, aunque, como siempre, no ocultó su pensamiento y dijo su opinión con libertad, y deslizó preguntas sobre vida chilena que tenían el fondo de una ironía simpática.

Salimos de la Moneda para acompañarlo a su hotel con Ricardo Cox Méndez. Tardamos mucho tiempo en recorrer las pocas cuadras. Blasco hablaba, se detenía para accionar con mayor énfasis, avanzaba cuatro pasos, volvía a pararse y nos llevaba así en una marcha lenta que hubiéramos deseado aún más larga.

Se hablaba de la aristocracia chilena. Sabiéndolo español, y esto era lo más que muchas gentes importantes sabían de él, creían halagarlo dándole informaciones prolijas sobre sus antepasados peninsulares. Tal Ministro le advertía que los suyos fueron de Vizcaya y tenían título nobiliario. Ese otro señor venía de navarros más ilustres que el Cid. Y así habían ido desfilando abuelengos, títulos de Castilla, nombres vascos con muchas erres, descripciones de escudos, memorias de servicios prestados a la corona. Y todo esto para uso del republicano revolucionario, gran despreciador de toda la utilería aristocrática transportada a América, el viajero que había llegado a estas tierras con la ilusión de unas repúblicas ideales, unas democracias perfectas, una venganza de la raza contra la vetusta monarquía ibérica que él hubiera querido destruir.

Y decía Blasco a sus acompañantes de esa noche:

—Esta de Chile es la más grande aristocracia del mundo y la más original. En todas partes los reyes concedían títulos de nobleza por servicios en las guerras,

por dinero, por simples favores y caprichos. Pero aquí llegaron unos vascos muy laboriosos, muy sobrios, muy enérgicos; pronto adquirieron las tierras que los extremeños andaluces y otros del sur no habían sabido conservar; y entonces dijeron: "Nosotros somos los de Vasconia, los del árbol de Guernica; nosotros somos la aristocracia". Y se constituyeron en aristocracia. Es la única aristocracia de voluntad que se ha fundado en el mundo.

No he de repetir la historia del primer contacto que Blasco tuvo con esta República de Chile, a la que después había de quedar ligado por tantos vínculos. Ya lo hizo en forma inimitable Joaquín Díaz Garcés, que recogió el relato del propio Blasco. Era entonces un joven escritor español de poco más de 20 años, desterrado por revolucionario y se encontró en 1891 en París con unos chilenos, también revolucionarios y entre ellos algunos estudiantes del Barrio Latino, como el futuro Dr. Puyó. Con ellos asistía a reuniones en que se hablaba de derribar al tirano Balmaceda, y Blasco se sentía hermano de aquellos conspiradores y se interesaba como en cosa propia en los preparativos para ayudar desde Europa a la causa del Congreso contra el Ejecutivo. El mismo le decía: "Como se trataba de derrocar a un Gobierno, aquello me parecía muy simpático. Y además, eran muchachos inteligentes, entusiastas, con mucha fe en su revolución."

Cuando vino a Chile, ya había cruzado la vida de Blasco Ibáñez una figura de mujer que nunca más saldría de ella, gran dama chilena a la cual consagró el mayor afecto de su vida. Años después, libres ya am-

bos, se unieron en matrimonio y esa mujer iluminó la vida del novelista y le dió en los últimos años de su vida, que terminaría antes de la vejez, toda la dicha que él había podido soñar.

Me lo contó una noche. Entraba Blasco al estudio de su amigo el gran pintor valenciano, Joaquín Sorolla, en Madrid. Estaban unidos como artistas y como conterráneos. Tenían mucho de semejantes. Alzó la cortina y vió sobre la tarima a una mujer vestida suntuosamente, con una capa de pieles blancas que retenía con ambas manos sobre el pecho, erguida la cabeza de cabellos muy rubios, una mujer como hecha de luz, con reflejos de oro en la cabellera, reflejos de nácar en la piel blanquísima, reflejos de cielo en los ojos azules. Y toda ella exuberante de vida, magnífica como una dogaresa visión del Tiziano que se había aparecido a Sorolla.

Blasco decía que fué un deslumbramiento y apenas si oyó el nombre de la dama repetido por el pintor que hacía su retrato, y entró en el taller turbado y confundido. Así debió verla todavía, en el grande amor que le tuvo, cuando en la Villa de Mentone ella, la esposa, lo sostuvo en sus brazos en las últimas horas de su vida.

Tuvo siempre Blasco un alto concepto de Chile, estimó a sus hombres eminentes, estimuló a sus jóvenes escritores, siguió con interés su política y manifestó la más grande admiración por sus mujeres. En sus novelas suelen pasar siluetas de sudamericanas y las chilenas se apartan del grupo, tienen nobleza de raza, majestad de porte, una reserva aristocrática, algo de selección, y gran belleza de líneas en el rostro.

Un día conoció en la Riviera a un dama de origen

extranjero, pero nacida en Chile. Había en ella hermosura, pero mucho de excesivo en los adornos, las joyas, la exhibición de dinero. Cuando se lo dijeron no podía creer que fuese chilena. Y preguntaba asombrado: "¿Chilena, la cursi ésa?". Blasco había asociado a la mujer chilena, aun la más modesta, algo de distinción ingénita.

La simpatía de Blasco por el pueblo de Chile, por el roto, era entusiasta y se fundaba en el conocimiento del tipo popular chileno que había adquirido en sus viajes por otros países del continente. En todas partes encontraba chilenos aventureros, en los puertos y en las minas, a bordo de los barcos y en las mesetas bolivianas, en la selva de gomaes y en las pampas argentinas.

Contaba que un día, al llegar a un desolado paraje en la frontera, entre Bolivia y la Argentina, donde construían un ferrocarril, se dirigió al único sitio en que podía hallar algún descanso. Era un bodegón con honores de almacén, donde además, alquilaban camas y daban de comer. A la puerta estaba sentado un hombre joven, cuyo tipo no le pareció ni boliviano ni argentino. Cuando el joven supo que el huésped era Blasco Ibáñez, se deshizo en amabilidades y procuró instalarlo lo mejor posible. En la noche, conversaron y se hicieron amigos. Era un chileno y le contó su historia que Blasco repetía con un colorido, animación y humor deliciosos.

El chileno había "tenido una desgracia" en su país y debió huir atravesando la cordillera a pie, sin dinero ni equipaje, por allá, frente a Copiapó. Blasco pedía detalles de este viaje heroico. El joven chileno lo contaba

con sencillez, sin darle importancia. "No traje, le decía, sino un chaqué y un bastoncito. Cuando llegaba a un río que había que pasar a nado, me sacaba el chaqué y los zapatos, los amarraba con el bastoncito y con una piedra adentro los boleaba para el otro lado". Y así llegó a aquella meseta, a más de 4.000 metros de altura y la señora dueña del almacén se compadeció de él y hasta parece que el chileno le cayó en gracia, porque se casó con él. Era, decía Blasco, una hembra entrada en carnes, de mucha pechuga, ancha de caderas y prominente de senos, con restos de buena moza. Y allí estaba el joven con casa y comida, bien cuidado, sin más ocupación que atender al raro huésped que se aventuraba por esas regiones tostadas de día por un sol implacable y heladas en la noche con temperaturas de 10 grados bajo cero.

"Yo tengo que escribir, decía Blasco, la novela del chileno vagabundo. Eso es lo único que queda del soldado español de la conquista. Son los mismos. Tienen el mismo temple, la misma desvergüenza, valor, resistencia a los sufrimientos, generosidad y crueldad a la vez, ingenio pícaro y comezón de correr mundos. Yo escribiré la novela del chileno vagabundo, repetía. Será una gran novela".

En algunos de sus cuentos hay rastros de estos tipos y en más de un pasaje de las novelas que tocan a la América ha introducido visiones incidentales de ese pequeño mundo que había descubierto. Es lástima que, arrastrado por el torbellino de su vida literaria después de la guerra, no nos dejara ese que hubiera sido acaso el romance de nuestro pueblo.

Durante los primeros meses de la Gran Guerra, a fines de 1914 y 1915, Blasco Ibáñez vivía en París en un pequeño departamento de dos o tres piezas muy modesto y en una calle retirada. Su situación pecuniaria había sufrido serio quebranto por la aventura colonizadora y agrícola de la República Argentina, fantasía de artista que le costó todas sus economías.

Volvía de nuevo su actividad literaria. Necesitaba ganarse el pan, no sólo para sí mismo, sino además para su familia de Valencia. Todavía la editorial Prometeo no había comenzado a darle una renta razonable.

Me había citado para una hora de la mañana y me parecía singular que tan temprano estuviera ya en pie. Me recibió en un cuarto estrecho, donde apenas si cabían una mesa, montones de libros y alguna silla para el visitante. Estaba sentado a la mesa y trabajaba. Vestía una chaqueta y pantalón de franela muy gruesa, de color pardo (siempre fué víctima del frío en los climas del norte), especie de pijama para andar por casa. Había pasado toda la noche escribiendo, acumulando cuartilla tras cuartilla de su escritura clásica, muy española, elegante y con algo de anticuada. Le rogué que no interrumpiera su trabajo y continuó hasta terminar un período.

Lo observé con atención. Tenía las huellas de la noche afiebrada de exaltación artística, el negro cabello revuelto, que sus dedos habían escarbado en los momentos de interrupción del chorro de relatos e imágenes que iba vertiendo sobre el papel. De cuando en cuando, la pluma se atascaba y él la limpiaba con un movimiento rápido, pasándola por el lado izquierdo de su chaqueta

parda, en la cual se veían los rastros oscuros de la tinta.

Escribía los "Cuatro Jinetes del Apocalipsis", la obra suya que había de tener mayor resonancia universal. Explicó el origen de este libro. Había concebido una serie de novelas sudamericanas. La primera sería argentina y como figura central había creado el carácter de Madariaga que aparece en los primeros capítulos de los Cuatro Jinetes. Apenas iniciado este trabajo, sobrevino la guerra.

—En adelante, decía, nadie querrá leer sino de la guerra. Hay que escribir sobre la guerra. Y no he tenido más remedio que traerme a toda mi gente de América y meterlos en la guerra. Que peleen por uno y otro lado. Para eso conseguí que me dejaran ir al frente y he visto mucho y me he documentado. Creo que saldrá un libro interesante.

Me leyó el capítulo en que describe a los Cuatro Jinetes. Gran lector de la Biblia, Blasco tenía la concepción clara de las posibilidades artísticas que ofrecía el asombroso pasaje de las revelaciones de San Juan. Mientras leía, se exaltaba, se interrumpía para agregar detalles de su propia visión. Quería convencerme de que todo aquello tenía una realidad fuerte y precisa, que no había exageración, y entraba en comentarios y agregaba experiencias suyas del frente de batalla, aunque poco lo necesitaba su oyente dominado por el vuelo poderoso de la imaginación del novelista.

Blasco Ibáñez concebía y realizaba con una rapidez de improvisador. Puesto en presencia de la realidad que fecundaba su imaginación, veía desde el primer mo-

mento la obra de arte. Los personajes centrales aparecían a sus ojos como vivos, fueran retratos de la vida real, o creaciones de su fantasía basadas siempre en la verdad, resúmenes o síntesis de varios hombres que fundidos formaban un tipo. No creo que apuntara planes, sino únicamente detalles complementarios que pudieran escapar a su prodigiosa memoria en el momento de escribir.

Solía documentarse especialmente para ciertas obras como *Mare Nostrum*, pero de ordinario se servía de sus lecturas anteriores y de la memoria que guardaba, muy precisa y exacta, de lo que había leído. Era un gran devorador de libros. Leía mucho de historia, de viajes, de geografía, de filosofía y religión, de mitos antiguos, y cuanta grande obra de imaginación ha producido el mundo. Y había leído así, sin mucho orden, febrilmente, horas y horas de la noche y del día, en viaje y en su casa, mientras conspiraba o trabajaba, en los tiempos de abundancia y jolgorio o en los de pobreza y estrechez, cuando se aislaba de todos o cuando hacía ruidosa vida de sociedad o de café.

En aquel momento estaba ya lanzado con prisa y nerviosa excitación en sus "Cuatro Jinetes". Quería entregar eso a la imprenta sin demora. No fuera cosa que se acabara la guerra y pasara el interés por estas materias. Sus manuscritos no tenían sino escasas correcciones. A trozos disminuía la velocidad de su pluma crujiente sobre el papel; era que el pasaje le interesaba y quería cuidar un poco más la forma. Luego continuaba como si escribiera una carta íntima, a escape, acaso rabioso, porque la mano no alcanzaba a seguir al pen-

samiento. En esa y en otras ocasiones en que lo vi trabajar, tuve la impresión de que, guardadas las debidas proporciones, así debió escribir Cervantes el Quijote, libro en que, sobre el fondo de una inspiración genial, alternan pasajes de una suprema elegancia, con otros hasta incorrectos que debieron ser escritos muy de prisa.

Uno de los secretos del éxito de Blasco era su portentosa laboriosidad. Puesto a un trabajo, no sabía soltarlo, le urgía terminar. Y ya estaba comenzando otro en su imaginación. Mientras escribía los "Cuatro Jinetes" hablaba de Mare Nostrum y de la serie histórica en que figuran "El Papa del Mar" y "En busca del Gran Kan".

Desencantado de la empresa colonizadora de las pampas argentinas, había ideado en 1916 la producción de películas cinematográficas por cuenta propia, en que él haría el argumento y realizaría la obra para la pantalla. Por el lado de Auteuil tenía arrendado un local y con una *troupe* que él mismo enseñaba, estaba filmando algunos de sus cuentos. Tomaba este trabajo con el mismo ardor apasionado que ponía en todo. Pasaba en el estudio cinematográfico de la mañana a la noche y dirigía la empresa de hacer interpretar su propia creación dentro de la técnica del cine que creía haber llegado a dominar.

Mientras veíamos filmar un cuento suyo en que una abuela ve, en una exhibición cinematográfica tomada en las trincheras, a su nieto muerto en la guerra, hablaba contra el cine americano, predecía su encanallamiento, prometía que él iba a restaurar este arte rebajado antes de alcanzar toda su grandeza.

Tenía una fe entusiasta en el éxito de la empresa. "Esto es la América en casa", decía aludiendo a sus muertas ilusiones de ganar una fortuna en las tierras del nuevo mundo.

Resistió largo tiempo la adaptación de sus novelas al cine por los industriales de Hollywood. Tenía prejuicios invencibles contra los Estados Unidos y cuanto venía de ese país. Don Federico Santa María, el célebre hombre de negocios chileno, a quien visitaba y por cuyo talento sentía respeto, aunque le profesaba una antipatía cordial, fué quien le aconsejó con su habitual energía que aceptara las proposiciones americanas. No tuvo que arrepentirse Blasco de haber seguido el consejo. Los "Cuatro Jinetes" dieron a su autor en el cine más de un millón de francos. Y poco menos cada una de las otras obras, algunas, por desgracia, mutiladas y falseadas, como Blasco lo había previsto y solía lamentar.

Por aquellos años, Blasco Ibáñez llegó a ser una de las personalidades que todo París quería conocer. Se defendía contra las invitaciones de gente aristocrática que deseaba pagar su tributo a la celebridad y lo buscaba sólo por snobismo. Prefería la frecuentación de amigos chilenos, algunos muy modestos, de políticos franceses, a quienes lo unía una amistad de juventud. Entre éstos figuraba Aristide Briand. Un día almorcé con el novelista y el célebre político en un café del barrio de la Magdalena. Recordaron tiempos antiguos, cuando ambos eran revolucionarios y preparaban una vasta huelga que llamaban "la greve perlé" y debía terminar haciendo volar por medio de un collar de explosiones es-

tratégicamente ideadas, más o menos la mitad de París.

Solíamos comer en un restaurante italiano del barrio de la Bolsa. En el techo habían pintado los escudos de muchas naciones y Blasco se sentaba bajo el escudo de Chile. Era el charlador más brillante, más ameno, más incansable. Pero sabía escuchar y cualquiera de sus amigos pudo darse cuenta de que aprovechaba anécdotas, datos, informaciones, oídas en una conversación, y las transformaba e incluía en sus relatos novelescos. Hablaba en el mismo estilo colorido oriental, con prolijidades de descripción en que están escritas novelas. Tenía un arte encantador de referir los cuentos más escabrosos sin decir una palabra grosera, una especie de naturalidad desvergonzada y que llegaba a ser limpia de puro franca, en que el chiste resultaba del contraste entre el fondo y la forma.

A medida que lo conocí, más y más asocié su personalidad con el Oriente. Como escritor descendía de los que escribieron los cuentos de Mil y Una Noches, que tanto admiraba y que leía sin cesar en la traducción de Mardrus. El mismo recordaba a menudo que era, ante todo, un hijo del Mediterráneo y de aquella costa de Valencia por donde pasaron fenicios, griegos y árabes. La exuberancia de su imaginación y la forma de su realismo bañado de luz poética, lo acercaban mucho a los escritores orientales, sin exceptuar a los de la Biblia en ciertos libros de que también era lector entusiasta.

Admiraba a los grandes navegantes y solía decir que, si hubiera vivido en otros tiempos, hubiera querido ser pirata y correr aventuras por las costas del Mediterráneo, el Mare Nostrum.

Pero más que todo se sentía historiador. Lamentaba que la necesidad de ganarse la vida desde la primera juventud, desde los tiempos en que, secretario de don Manuel Fernández y González, tomaba parte en la confección de algunos de los novelones de aquel fecundo escritor, lo hubiera empujado a la novela. "Yo he debido consagrarme a estudios históricos, me decía. Tengo el sentido de la historia y esa era mi verdadera vocación. Toda la historia de España está por escribir, como lo está la de América. Más tarde, cuando pueda darme ese lujo, escribiré sólo historia, pero en una forma nueva". Sobre este punto de sus dotes de historiador no había manera de oponerle la menor objeción. La historia era su "violín de Ingres". Y acaso un poco también su convencimiento de que, cuando llegara la República en España, mostraría su capacidad de gobernante.

Una de las últimas veces que lo vi fué en Suiza. Llegaba a Lausana con su hijo enfermo. Tal vez no tan enfermo como Blasco lo creía en su ansiedad paterna, sino delicado, con una de esas crisis de crecimiento de los adolescentes. Entonces le conocí sus ternuras de padre, sus cuidados casi femeninos para el muchacho, su angustia exagerada, sus recomendaciones al bondadoso médico suizo que yo le había presentado, admirador del gran novelista y conmovido al darse cuenta de la infinita delicadeza de los afectos que revelaba.

A orillas del lago conversamos entonces como otras veces sobre religión. Pude convencerme de que Blasco Ibáñez, con todos sus arrestos de incredulidad y su rabia contra los clérigos, conservaba un fondo cristiano imborrable. "Cuando era joven, me decía, yo era mis-

tico. Había llegado en la contemplación de Dios hasta tener visiones. No comprendo la religión, sino con la renuncia a todo, la entrega absoluta, para fundirse en el Ser Supremo. Lo demás son fórmulas vacías". Hablaba de San Vicente Ferrer, el santo valenciano, con una comprensión admirable, de esta noble figura española. Se proponía hacerlo entrar en algún libro suyo. ¿Cómo expresar mi impresión íntima sobre este aspecto del alma de Blasco? Se me ocurre una frase tal vez absurda: Blasco Ibáñez era místico sin religión. La imagen de un Dios personal, creador y conservador del universo, estaba grabada en el fondo de su espíritu. Esta imagen y su amor a España parecían formar una sola cosa dentro de su mente y su corazón. Y este prodigio de actividad que fué toda su vida, soñaba con un día en que pudiera sentarse sereno a estudiar historia y contemplar el Espíritu animador del universo.

SANTIAGO RAMON Y CAJAL

El nombre de Madre Patria, dado por los americanos a España, es la expresión de un sentimiento sincero y es a un tiempo, confesión de una deuda histórica y de una justicia secular. Madre fué España más que otra nación cualquiera de las que crearon naciones. Prófica como ninguna, no sólo engendró a los pueblos nuevos, sino que les dió, como madre, lo mejor que tenía: su civilización y su cultura, su alma heroica y la sangre de sus propias venas. Fué madre latina, apasionada y violenta en sus instintos maternos, madre que no quería reconocer el crecimiento de los hijos y soñaba con tenerlos siempre allegados a su regazo, hasta que, vaciadas las energías potentes con que los había dado a luz y alimentado y hecho crecer, quedó como seca y mustia, solitaria en la grandeza de un hogar, del cual habían partido las fuerzas juveniles.

La nación desangrada por el río de hombres que venían a América, en la gigante aventura de los siglos XVI y XVII, ansiosos de ilimitados espacios y de tesoros escondidos, que sólo podían ser premio de los fuertes y audaces, vió llegar el siglo XIX en una postración que ya apenas disimulaban las formas majestuosas. El vencido caballero de Flandes del drama de Marquina quería que pintaran su retrato con el brazo tendido, "que es gesto de dominar", en torno "un aire de inmóvil eternidad", y abajo, a su pies, el polvo que levantó su potro al trotar por un mundo que había dominado y que

sentía evaporarse. Así quedó España con el gesto magnífico, la inmortalidad de sus hazañas y la soledad de su decadencia.

Invasión extranjera, revueltas intestinas, guerras que mataban a los hombres mejores, pérdidas de las colonias, desorientación política, miseria económica, pusieron sobre el alma española, lo que se ha llamado un sentimiento trágico de la vida que esteriliza y aísla. Su producción intelectual, desbordada sobre la Europa hasta el siglo XVII, cuando las letras y las artes plásticas le pedían prestadas formas de belleza y las ciencias escuchaban sus lecciones, se detuvo como fuente que se agota. Toda la primera mitad del siglo XIX y aún pudiera decirse los tres primeros cuartos de esa centuria, España se recogió en sí misma y ni aun pareció despertar del sueño de su grandeza evaporada, en la sombra de su desgracia, cuando de todas partes los pueblos dominados en otro tiempo y que habían sentido sobre el pecho la punta de los aceros toledanos y la arrogancia de los vencedores, le prodigaban desprecio y falseaban su historia en esos tejidos de injusticias que la crítica de nuestro tiempo está rehaciendo para devolver al pasado español su verdad esencial.

“Si viene el invierno, ¿puede estar muy lejos tras él la primavera?”, preguntaba Shelley al viento en su célebre oda. No estaba lejos el fin de esa estación muerta de la vida española y se sentían los primeros anuncios de un réverdecir del pensamiento cuando nació en 1852 don Santiago Ramón y Cajal, destinado a ser la flor suprema del resurgimiento intelectual de España del último cuarto del siglo pasado y primero del

presente. En el mapa de España, el pueblo en que nació está dentro de Navarra, pero tan cerca de la frontera de Aragón y son tan claras las ascendencias aragonesas del futuro sabio que se puede afirmar que Ramón y Cajal era aragonés. Tiene de esa raza la perseverancia, la tenacidad en los propósitos y el sentido del ritmo. Su padre era un espíritu atrevido y con grandísimo afán de progreso. De mancebo de botica, se hizo cirujano por su esfuerzo y paciencia. Había en él ambición investigadora, curiosidad científica, admiración del progreso.

Es una de las fuerzas y una de las debilidades de España la variedad de sus regiones, a veces antiguas razas con historia, lengua, tradiciones y aspiraciones propias. Aun fundidas todas en la nacionalidad española, sobreviven elementos poderosos que dan a la vida de la inteligencia en España su pasmosa originalidad, su diferencia en el conjunto de las culturas de otros países europeos. Ramón y Cajal pasa por las escuelas de las aldeas aragonesas guiado por su padre. A los seis años sabe leer y escribir, conoce la aritmética y la geometría. Por suerte, su raza es ruda y vigorosa y el niño resiste esta carga. Tenía apenas cinco años cuando una larga gestación difícil y todavía incompleta produjo la primera ley orgánica de la educación pública en España. Esa ley de 1857, más tarde cien veces modificada, es sin disputa uno de los impulsos del movimiento de ascensión. Desde entonces, las estadísticas del analfabetismo, antes vergonzosas, comienza a revelar que en España hay escuelas y que el pueblo se interesa por aprovecharlas. La coincidencia es curiosa: el más grande de los sabios es-

pañoles tiene la edad de la educación pública organizada.

Todos sus recuerdos muestran a Ramón y Cajal como un niño y un joven que ama la soledad y busca manera de quedarse frente a sí mismo con sus pensamientos y sus fantasías. La vida de laboratorio debía serle más tarde gratísima y como soñada por él para la plenitud de su actividad y de sus goces intelectuales. Las disciplinas del estudio, todavía reminiscentes de siglos anteriores, no lo hallan dócil. Los padres escolapios entonces, con los jesuítas, los mejores educadores de España, fracasan en lamentable forma al esforzarse por educar al hijo del estimable médico, don Justo Ramón, y de doña Antonia Cajal. La personalidad aparece en Santiago con fuerza prematura. A los diez años, es ya un revoltoso y tiende el vuelo lejos de los rigores escolásticos hacia las artes. El dibujo lo apasiona, su imaginación se enciende en el trato con los poetas. El instituto de Huesca, uno de los liceos reformados por la ley del 57, recibe al estudiante y logra llevarlo hasta el bachillerato. Tiene fama de indómito y de agitador. El mismo ha contado sus batallas a pedradas en las calles y campos de Huesca, su "estrategia lapidaria" como la llama con ese sentido del humor que hace deliciosas muchas de sus páginas. Un día inventa un aparato pirotécnico que hace explosión en su pueblo de Ayerbe durante las vacaciones y cae a la cárcel. Su pésima conducta en el Instituto de Huesca obliga al padre severísimo a castigarlo, haciéndolo aprender sucesivamente oficio de barbero y luego de zapatero. Tiene 16 años en 1868, año de revoluciones, y su adolescencia se encabrita con la pasión política y el deseo de verse en las barricadas

peleando por la libertad. El sosiego llega para Santiago Ramón y Cajal, alborotador de Ayerbe, escandalizador de Huesca, que gasta los dineros paternos en pistolones de rebelde en vez de comprar libros, cuando su padre traslada su domicilio a Zaragoza y lo hace entrar en la Universidad para seguir los cursos de medicina.

Toda España está despertando ya de su largo sueño. La cultura española ha sido en siglos de oro, exportadora de ideas y de formas. Ahora se hace importadora. Pierde mucho de su originalidad antigua, pero gana en universalidad y comienza a entrar en la comunidad europea. La filosofía, que ha sido casi exclusivamente escolástica, ha iniciado antes una evolución con Jaime Balmes que introduce elementos tomados de otras escuelas. Es cierto que la escolástica ha sido el sistema propio del genio español, maravillosamente acomodado a su carácter y tan suyo que inspira no sólo la filosofía, sino aun la literatura dramática y lírica de los tiempos gloriosos. Pero ha llegado la hora de la divulgación de otras tendencias. El pensamiento español se ventila, abre ventanas hacia Europa y en especial se comunica con el alemán. Cuando Ramón y Cajal estudia medicina en Zaragoza, circula entre los estudiantes un libro extraño, escrito en un jerga especial que ya no es alemán, pero no ha llegado todavía a ser buen español; es la traducción que Julián Sanz del Río ha hecho pocos años antes del "Sistema de Filosofía" de Krause. De aquí deriva un movimiento krausista, que llega hasta el siglo presente y que tuvo discípulos en las más grandes universidades de España. No sería difícil, pero nos sacaría de los límites de este trabajo, trazar la evolución

que va desde aquellos confusos ensayos de Sanz del Río, de González Serrano y Canalejas hasta el dogmatismo idealista, la filosofía de Bergson y otras corrientes de ideas que exponen con brillo Ortega y Gasset, García Morente y otros.

Las ciencias exactas, profundamente descuidadas en España, durante gran parte del siglo XIX, renacen en el último tercio. La obra de Echegaray sobre las teorías matemáticas más modernas, los trabajos de Rey Heredia, la fundación por García Caldeano de la revista científica, titulada "El Progreso Matemático", la renovación total de las cátedras universitarias sobre estas ciencias y, por último, el envío frecuente de profesores españoles a universidades extranjeras, ponen a España al nivel de los países más adelantados en el cultivo de las ciencias exactas.

Es demasiado conocido el progreso alcanzado por los árabes de España en la astronomía, y hasta el siglo XV la ciencia astronómica española, la misma meteorología, aunque rudimentaria, y, sobre todo, la geofísica tenían representantes ilustres, cuyas obras eran traducidas a todas las lenguas. Gran parte de esa actividad intelectual, fué detenida por las persecuciones en que se confundía la astrología, origen de la astronomía, con la naciente ciencia moderna. Otro tanto debe decirse de la náutica que los descubrimientos y grandes empresas de navegación habían llevado en España a un grado de progreso superior a la de casi todos los pueblos europeos. Todo fué apagándose como la grandeza del imperio español, y el siglo XIX con sus convulsiones de todo orden y el empobrecimiento general, pareció extinguir

esos poderosos focos de ciencia. Pero desde 1851 se reorganizó el observatorio de Madrid, se iniciaron publicaciones astronómicas y meteorológicas, comenzó el Instituto Geográfico sus grandes trabajos que, bajo la dirección del ilustre General Ibáñez, lograron luego reputación mundial, especialmente por la organización de la gran red geodésica española, y tanto en Cuba y Filipinas como en la península los jesuitas instalaron sus famosos observatorios que eran centros de investigación y entraban en el consorcio científico mundial.

Aun la Física, que tiene pobre historia en el pasado, adquirió desde el fin del siglo XIX un vuelo extraordinario. Se publicaron revistas en que físicos eminentes, como el ingeniero militar Verdú y don Francisco de Paula Rojas, daban cuenta de experiencias originales sobre la electricidad que era la preocupación del mundo en esos instantes; la reforma de la enseñanza atribuía a esta ciencia una importancia fundamental; la Academia de Ciencias entraba en actividades inteligentes; se creaba en nuestro siglo XX el notable Laboratorio de Investigaciones Físicas en Madrid y el del Profesor Rocasolano en Zaragoza; y aparecían los trabajos de Blas Cabrera, de Moles y de Palacios.

Otro tanto debe decirse de la Química que en el presente siglo ha tenido y tiene en España investigadores admirables. Baste citar los laboratorios de los jesuitas en el Ebro y Tortosa, y el Instituto Químico de Sarriá, cerca de Barcelona, donde se hizo un nombre europeo el Padre Eduardo Vitoria. Por otra parte, las cátedras de Química de las grandes universidades han sido dotadas de laboratorios completos y en cada una de ellas

hay algún centro de estudios prácticos y algún trabajo de investigación puramente científica.

Las ciencias naturales tienen en España tres periodos bien determinados: progresan hasta el siglo XVI, decaen hasta fines del XIX y experimentan una reacción de progreso desde entonces hasta nuestros días. Es especialmente original la investigación española en la geología y paleontología. El estudio de su propio territorio ha sido llevado por los españoles en los últimos cincuenta años a un grado de perfección envidiable. La prehistoria europea, cuyos vestigios en el suelo de España son maravillosos, ha sido estudiada allí por hombres ilustres. La antropología moderna no puede prescindir ya de las investigaciones españolas. Los trabajos iniciados desde 1870 por Juan Vilanova y Piera, dieron un impulso que ha continuado con gran vigor.

En los mismos días en que la filosofía krausista hacía su aparición en España y provocaba una renovación de los estudios filosóficos, se rehacían las ciencias jurídicas, al principio con postizas copias de las doctrinas de Ahrens y luego con investigaciones propias fundadas en la esplendorosa tradición de los siglos de oro, con los trabajos de Mendizábal y de Rodríguez Cepeda, a los cuales sigue toda la pléyade de los escritores de nuestro tiempo que llevan la ciencia del derecho penal, del civil, del procesal, del internacional a la altura de los países más adelantados. Ocurre igual cosa con la sociología y la economía política, ciencias que tenían una gran tradición española y cuyas orientaciones más liberales hallaron allí precedentes en la psicología popular y en la difusión de escritos tan antiguos como las

obras de Luis Vives y del Padre Mariana, donde ya se encuentra la noción del comunismo de los bienes del suelo.

La transformación de la pedagogía española comienza con las escuelas al aire libre, fundadas en diversas ciudades, por Andrés Manjón, un hombre algo olvidado, pero que es precursor de muchas ideas modernísimas. Desde ese tiempo, mediados del siglo anterior, España se abre a todos los métodos, investigaciones, teorías y prácticas de la pedagogía más avanzada y sabe adaptarlas bien a sus necesidades.

La historia y la crítica histórica fueron disciplinas que nunca se perdieron en España. Los peores tiempos tienen escritores notables en estos ramos. Las obras de Altamira, de Menéndez Pidal, de Azcárate, dan testimonio entre centenares de la predilección con que se cultivan en España las ciencias históricas.

La literatura sacude su letargo en el período que hemos señalado como el despertar de la intelectualidad española. Pérez Galdós da a las letras una conciencia nacional; desde entonces, los novelistas abandonan la imitación y, sin renegar de las corrientes estéticas de otros pueblos, ahondan en su propia gloriosa tradición literaria y rehacen la literatura patria. ¿A qué citar nombres que están en los labios de todos, ya que esa literatura española es en parte la nuestra y sus mejores representantes nos son familiares?

El mismo esfuerzo espontáneo y magnífico de nacionalismo bien entendido y de regreso al espíritu, ya que no a las formas arcaicas del pasado, siguen las artes plásticas. Desde los días en que Velázquez y el Gre-

co, Murillo y Ribera, Zurbarán y su cortejo soberbio, asombraron al mundo, la pintura española no había sido tan fuerte, tan española, tan magistral, tan digna de servir de ejemplo a las demás escuelas, como lo es en nuestro tiempo, como lo ha sido durante los treinta y cuatro años que van corridos de este siglo. Asistimos hoy al espectáculo de todas las naciones europeas y americanas empeñadas en enviar a España sus estudiantes y artistas. Nunca hubo tal inmigración artística en la península. Nunca se impuso como ahora el arte español. Y cuanto se dice de la pintura, debe con mayor fundamento aún decirse de la música. Las producciones de Granados y de Albéniz, de Falla y otros menores, resuenan por todo el globo y son heraldos vigorosos de la gran revolución artística de nuestro tiempo.

Así entra Santiago Ramón y Cajal en un movimiento del cual habrá de ser el más ilustre exponente en las ciencias; es una sacudida de la raza que se endereza sobre su lecho de laureles muy viejos, cura sus heridas recientes y se pone en marcha hacia destinos nuevos, animada de un soplo de inmortalidad. A los 21 años es médico. Hace su servicio militar como cirujano del ejército. Es enviado a Cuba, donde los horrores de la guerra civil permanente, sublevan su noble espíritu y engendran su horror a todo régimen de opresión. Allí contrae la anemia palúdica y vuelve a España. Poco después obtiene una cátedra, realiza el sueño de poseer un laboratorio y empieza el medio siglo de su carrera de investigador.

El comienzo de los estudios médicos de Ramón y Cajal, es contemporáneo de la evolución de la medicina

española. Si fuera posible fijar fechas exactas, se podría dar la del año 1870 como el principio de la reacción doctrinaria y práctica de todas las ciencias médicas en España. En cada uno de los diversos ramos, se pueden citar desde entonces, diez o doce nombres de reputación europea, tanto en la investigación pura, como en la aplicación. La medicina interna, la obstetricia, la otología, la patología general, la dermatología, la anatomía patológica, la misma historia de la medicina, tienen representantes ilustres desde aquellos tiempos, y hoy podríamos presentar una lista no inferior a la de cualquier país europeo muy avanzado. Nos baste recordar el número de revistas profesionales que actualmente se publican en España y la abundante literatura médica de lengua y origen españoles.

Pero si en las otras ciencias halló Cajal iniciado ya el movimiento ascendente que coincidía más o menos con su nacimiento, en la Biología y la Histología debía crearlo todo, y, al mismo tiempo, alumbrar horizontes de otros países con su potente investigación. Apenas es posible citar nombres de contemporáneos que lo hayan acompañado en este orden de estudios, sino el del Padre Antonio Vicent, autor de una buena obra sobre los estados psicofisiológicos y psicopatológicos que en 1892 fué una revelación, y los trabajos de su propio hermano Pedro Ramón y Cajal, que es más bien su colaborador.

En el resurgimiento intelectual de España, Ramón y Cajal es por sí mismo un gran capítulo; su obra enorme constituye la espina dorsal del organismo científico español y cuanto hoy se emprende y cuanto se emprenda en largo tiempo, tendrá que apoyarse en su construcción

gigantesca. Y como su labor ha reflejado sobre el mundo entero, no es hiperbólico decir que éste es más que un hombre, es un período de la historia de las ciencias y de la investigación.

La difusión del pensamiento de Ramón y Cajal ha sido facilitada por ciertas condiciones puramente latinas de su temperamento. No sólo pensaba hondo, no sólo investigaba con un desinterés y una humildad de sabio, como un monje antiguo, sino que además sabía exponer con claridad, elegancia y una cualidad humana de calor, de vida, de amable y blanda persuasión.

El sabio, cuyas obras científicas no sabría juzgar, se completa en Ramón y Cajal con un escritor admirable, ensayista brillante, hombre de letras que rehuyó siempre por instinto de artista la obscuridad de la expresión, que dominó el instrumento precioso del lenguaje y tradujo en sus más originales escritos la sensibilidad de un alma enamorada de la belleza infinita y del misterio de la investigación. Sus "Recuerdos de mi vida", son una bella obra literaria con estilo lleno de color, movido, "adusto sin sequedad y sentencioso sin énfasis", ha dicho un crítico. Su alma de poeta se asoma en esas páginas con timidez, y hay casi ternura y algo como una amorosa delectación en los recuerdos de las noches y los días del laboratorio. "Una vez me pasé, dice, sobre el microscopio, veinte horas seguidas, avizorando los gestos de un leucocito moroso, en su laborioso forcejeo para evadirse de un capilar sanguíneo. ..." Se piensa en Fabre observando a sus insectos, pero se tiene, además, la sensación de una grandeza humana incomparable, bañada en la luz de una poesía altísima.

Nada lo distrae. El Premio Nobel, los homenajes de todas las academias del mundo, las estatuas en vida, nada le interesa, nada turba la soledad espléndida de su espíritu aislado en la torre de la investigación, desde la cual divisa mundos ocultos para los demás. Un día le ofrecen una cartera ministerial. La rechaza casi indignado y explica a sus amigos: "No puedo distraerme en semejantes tonterías". Es como aquel Rey de la Biblia que edificaba con sus manos un templo en lo alto de la montaña, y cuando lo invitaban a bajar a la ciudad ruidosa y alegre para gozar de su realeza y su poder, contestaba: "Estoy haciendo una grande obra, no puedo descender". Ejemplo prodigioso de cultor de la ciencia que a sus amantes quiere exclusivos, absortos, ajenos a cuanto no sea este amor inmenso a la verdad, esta pasión del conocimiento, esta ambición insaciable y nobilísima de avanzar en las sombras de lo desconocido, para arrojar luz sobre las tinieblas y luego agregar nuevas piedras al templo secular del pensamiento humano.

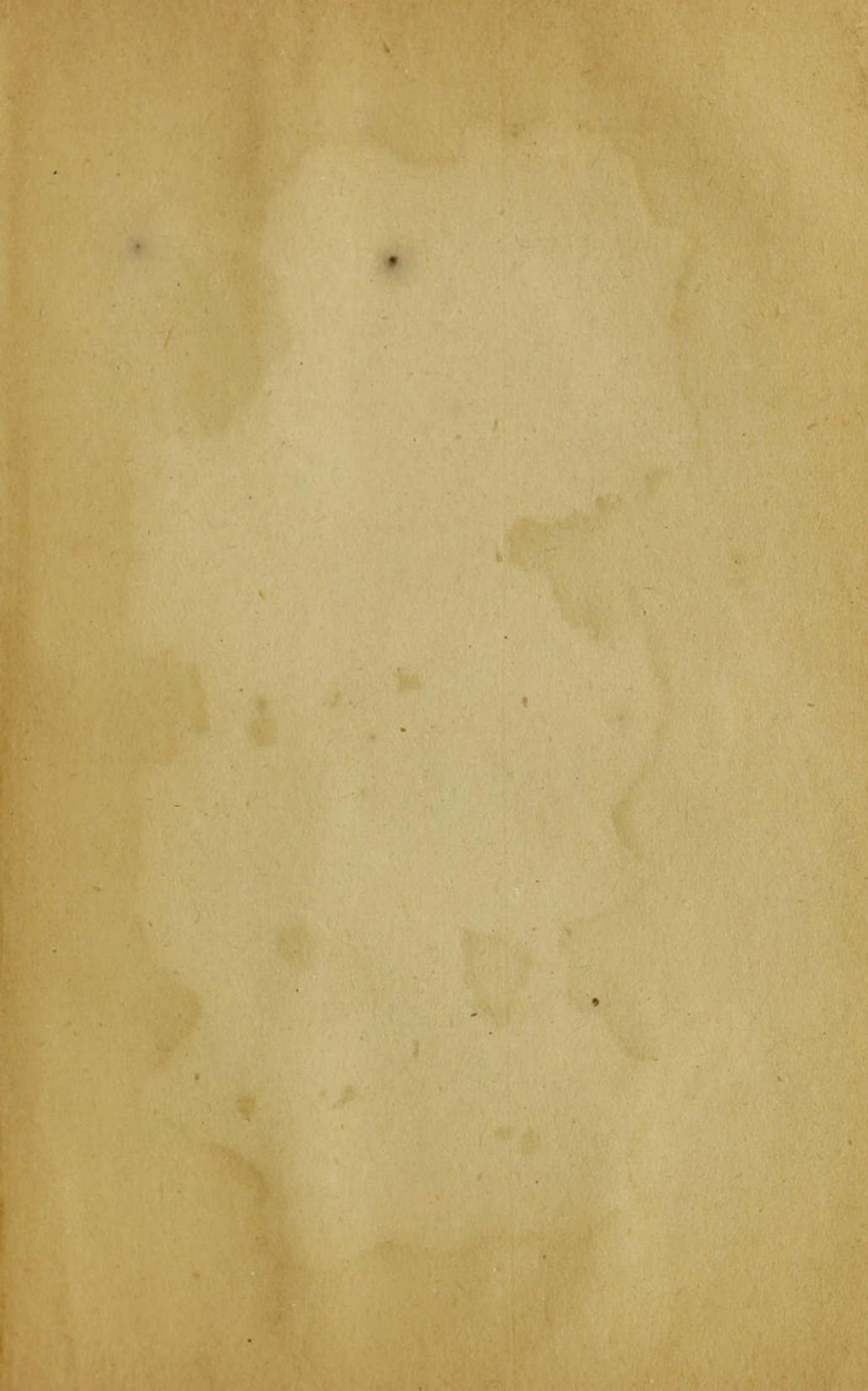
Majestuosa existencia, acaso melancólica para los que la vieron desde afuera y asistieron al paso grave y sereno de este hombre que se abstraía, que rechazaba toda frivolidad y se encerraba en su laboratorio. Existencia fecunda y feliz, toda llena por dentro de emociones, de gozos íntimos, de claridades sorprendentes, de adivinaciones y ensueños, de una especie de trato incesante con la Divinidad, cuyos secretos se le comunicaban.

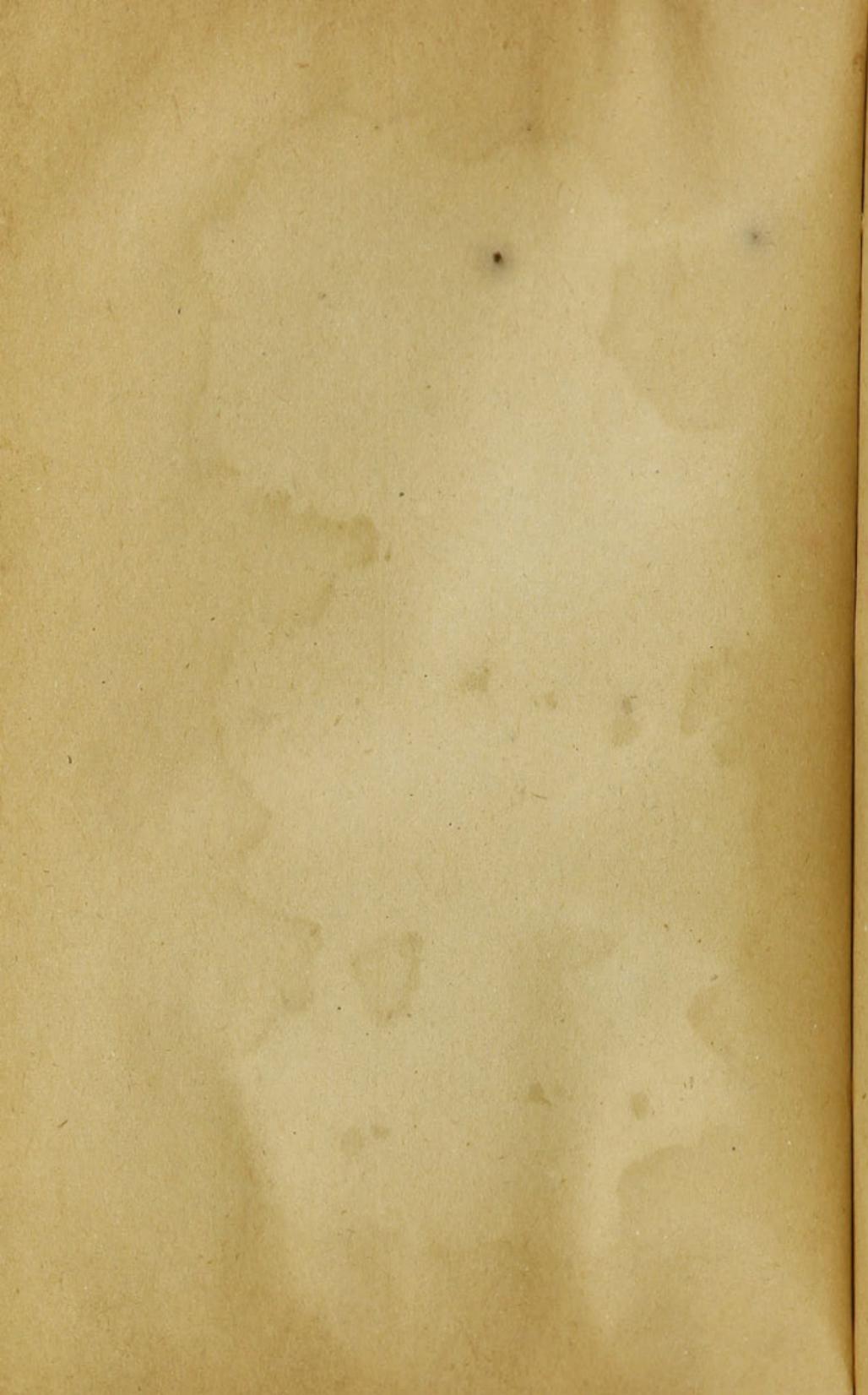
Y si alguno dudara del resurgimiento intelectual de España y la poderosa reacción nacional que vuelve a poner a nuestra Madre Patria en la vanguardia de la civilización y en el primer plano de la cultura de este

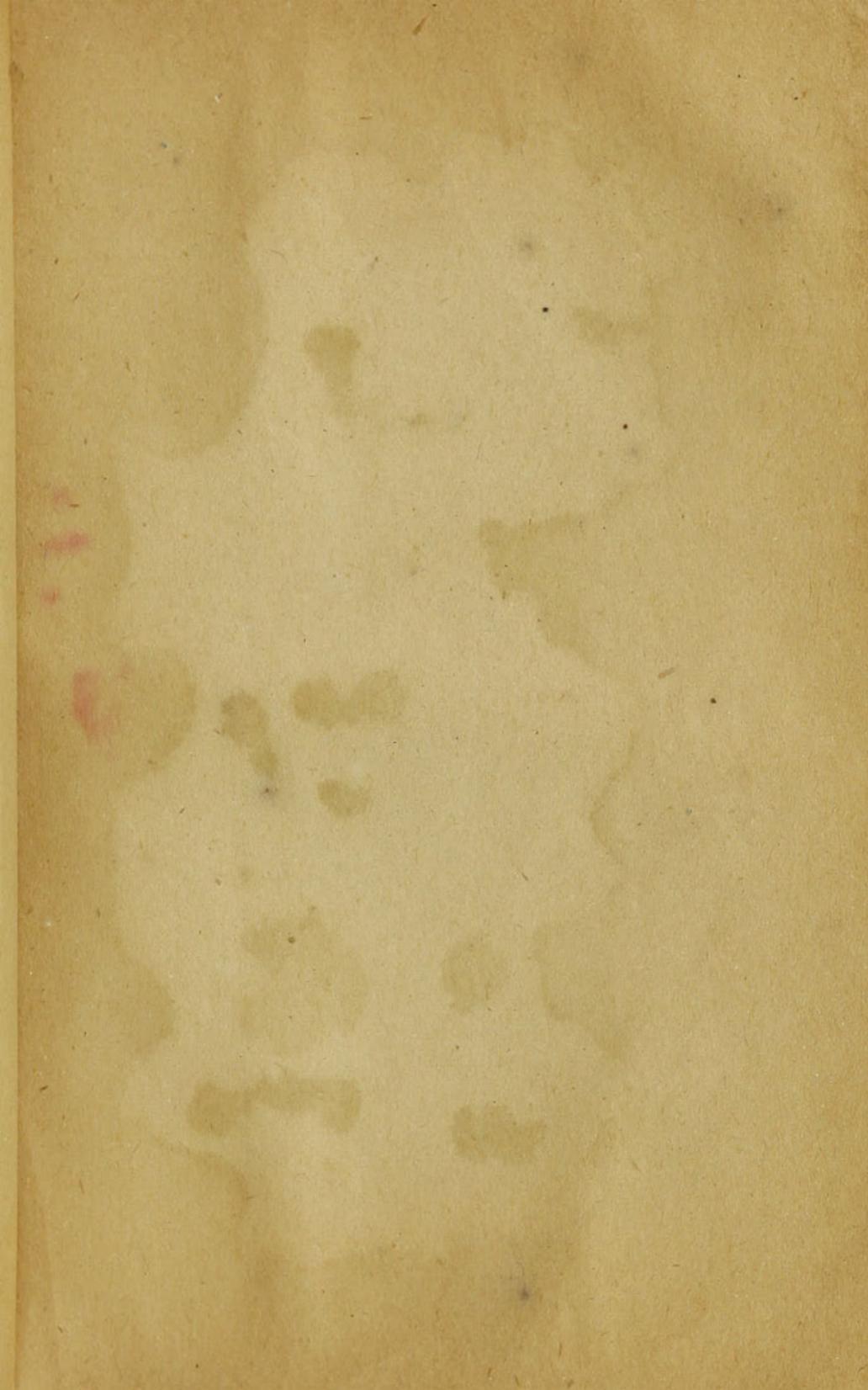
tiempo, los ochenta años de la vida de don Santiago Ramón y Cajal serían una demostración suprema. Este nombre, esta personalidad, esta masa de trabajos no superados por otro contemporáneo en ciencias tan genuinamente modernas, bastarían para decir que la cultura española de hoy, la cultura que tiene como instrumento la lengua nuestra, es uno de los orgullos del mundo contemporáneo.

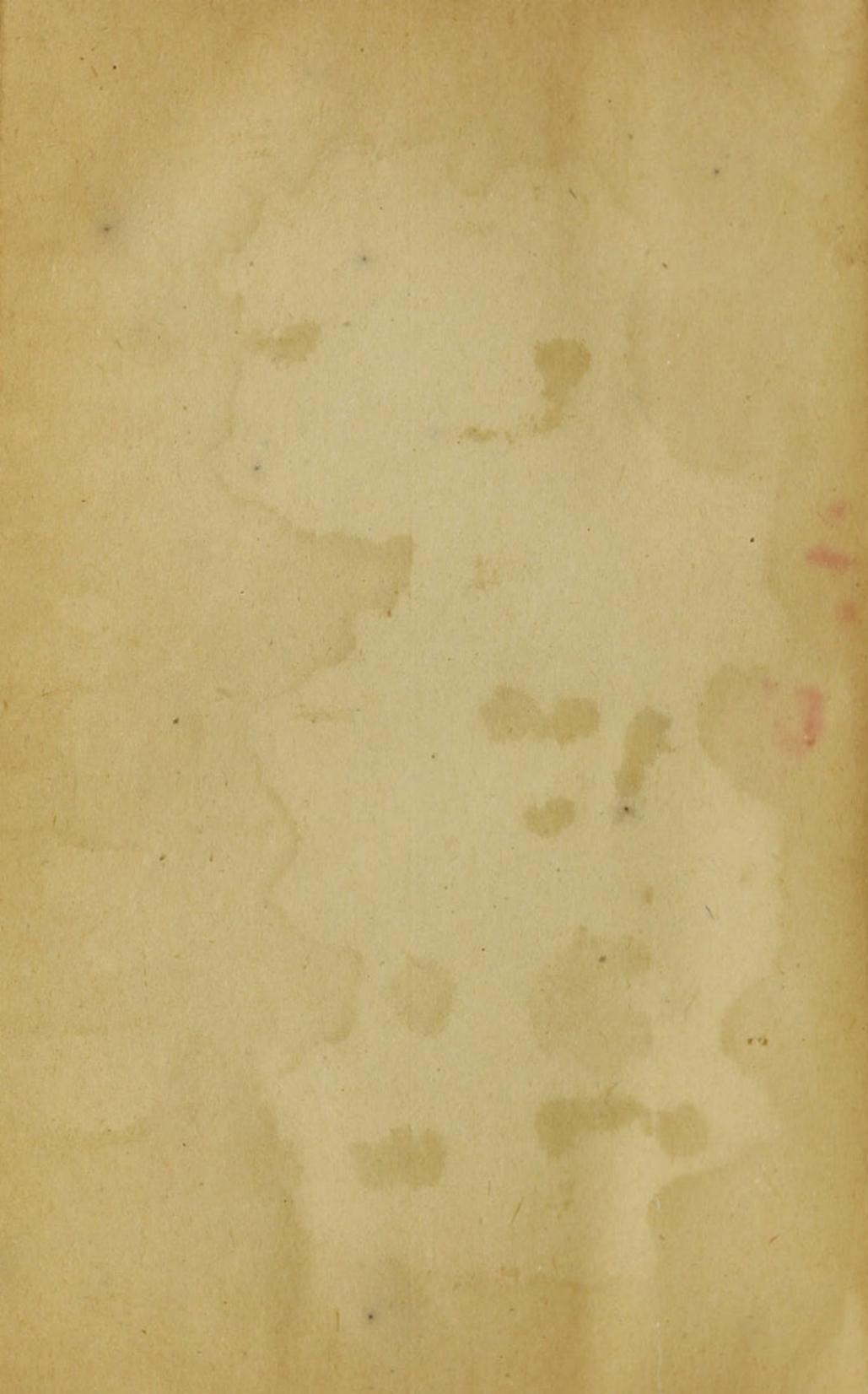
F I N

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA











Los libros Zig-Zag han sido hechos para ensanchar la cultura del público chileno y son escogidos escrupulosamente para formar un panorama imparcial y completo de la vida contemporánea y de las letras universales.

Entre las ediciones que forman el catálogo de Zig-Zag figuran los siguientes títulos que tienen relación con los temas tratados en *Retratos* y *Recuerdos*, por C. Silva Vildósola:

La vuelta al mundo
de un novelista,
por V. Blasco Ibáñez (tres vols.) \$ 24.—

Estudios sobre Gabriela Mistral,
por Raúl Silva Castro, \$ 10.—

Las cien
mejores poesías chilenas,
selección de Alone, \$ 6.—

El loco Estero,
novela, por Alberto Blest Gana, . . . \$ 8.—

El mestizo Alejo y La criollita,
por Víctor D. Silva (novelas), el 1º
\$ 5.— y la 2ª \$ 7.—

Antología poética
de Rubén Darío,
. \$ 10.—

Los libros publicados por la Empresa Editora Zig-Zag se recomiendan por una bella presentación y son los más apropiados para formar una biblioteca. Los lectores de buen gusto los prefieren.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

BELLAVISTA 069. — CASILLA 84-D

SANTIAGO (S. A.)